

Don Perfecto

Carlos María Ocantos

Índice

I.....	1
II.....	27
III.....	53
IV.....	77
V.....	102
VI.....	126
VII.....	152
VIII.....	178
IX.....	205
X.....	231

Empiezo por declarar que yo no me llamo don Perfecto. Este es mote que de burlas me pusieron cuando andaba en el mundo, antes que los desengaños, la melancolía y la gota irremediable me confinaran en un rincón de esta quinta de Belgrano, la antigua y hermosa quinta de los Ríquez, heredada de mis padres, y del que ya no saldré sino para ocupar el hondo y oscuro del cementerio. Mi verdadero nombre, como todos saben, es Juan de Dios Ríquez, figurando entre mis ascendientes y colaterales muchos apellidos ilustres de la aristocracia bonaerense. La famosa misia Transitito Ríquez era tía abuela mía, y en los salones de su nuera Sandalia Esquendo, allá por el 55, salones que fueron el centro de cultura de la época, reflejo y compendio de aquella sociedad, tan distinta de la turbia de hoy, aprendí a bailar, a hablar con las damas y a ser cortés con todo el mundo, lo que ya muy pocos saben y muchos han olvidado.

Debo declarar también que estos apuntes, o memorias, o recuerdos o lo que fueren, que yo escribo a salga lo que saliere, tan sólo por distraer la gota y mi humor de solterón ya septuagenario, no están destinados a la publicidad. Si alguna vez, y a mi muerte, aparecen en letras de molde, conste que no son míos, que son falsificados, compuestos a hurto y por capricho de algún escritorzuelo de estos hambrientos que se alimentan de ideas ajenas y en todos los vedados literarios andan de merodeo.

Porque yo pienso que para escribir, así como el escultor ha de buscar la mejor piedra y el mármol más inmaculado, debe saberse mucho de letras humanas y conocer a fondo la lengua y tener la gramática en la punta de los dedos, amén de la chispa ingeniosa, y de otras dotes que a mí, ¡in- feliz!, me faltan en absoluto, como que jamás la di de letrado ni he escrito más que planas, de niño, y las cartas corrientes de amistad y parentela. No quiero yo que los que han murmurado de la bondad de don Perfecto le tilden luego de presuntuoso y le corten sayos porque sin saber latín se metió a fraile y sin hablar más lengua que el criollo materno quiso echárselas de escritor, y de escritor ameno, la más difícil de las empresas literarias.

Otras dos razones me impulsan a mantener en el secreto y condenar a encierro perpetuo este cuaderno: la primera es que, teniendo por causa única, a mi entender, las desdichas de mi vida mi cualidad de bondadoso, por fuerza ha de sugerir lo que yo escriba que para ser feliz más vale ser pillo que honrado, y de esta amarga deducción se seguirá un mal ejemplo y peor consejo, que libreme Dios del escándalo de darlos. La segunda razón es que, debiendo hablar de mí mismo y citar y probar a cada paso mi ausencia de vicios, así grandes como pequeños, la claridad de mis propósitos, la excelencia de mis intenciones, la pureza, en suma, de mi corazón, rara en quien no está ligado por votos ni vínculos religiosos, humano es, entre humanos anda y no tuvo vocación de santo, ni mucho menos, motivos todos que autorizan el mote de don Perfecto

que me dieron, quizá pareciera inmodesto queriendo ser sincero. Quédese, pues, sepultado en lo más profundo de mi papelería este cuaderno. Nadie más que mi celestial enfermera, Sor Angélica del Corazón de Jesús, la que en el mundo dicen unos que se llamó Pantaleona Pérez Orza y otros Pantaleona Monreal, corriendo a su respecto una extraña historia que aseguran hállese estampada, nadie más que ella, digo, conoce la existencia de estas páginas borroneadas con trabajo y en los cortos momentos que mi sobrino Arturito Ríquez, el más próximo y pegadizo de mis parientes, mi criado *Bullebulle* y el dolor de mis piernas me dejan libres.

Por cierto que cada vez que Arturito entra y me ve con la pluma en la mano, cree que estoy escribiendo mi testamento. Es lo único que preocupa a Arturito, la salud (¡muchas gracias!) y el testamento del tío. Es tan vulgar, tan natural y humano esto, que no le guardo yo rencor, ni me atrevo a censurarlo. Arturito es el hijo de un sobrino carnal mío ya difunto; no tiene padres, ni hacienda, ni carrera, ni ganas de trabajar, ni voluntad que no sea para el placer y el derroche de sus tesoros juveniles: ¿cómo no han de preocuparle, pues, la salud y el testamento del tío, de quien desea heredar la quinta esta para comérsela, la casa de la calle de Balcarce para bebérsela y el fuerte depósito del Banco para jugárselo, como tiró su patrimonio único, el campito del Trigo? ¡Pobre Arturito! Viene todos los días y a distintas horas, me hace la rueda, abusa de mi debilidad para negarle el sablazo inevitable y se marcha alegremente. Viene todos los días, pero cada día más pálido; ya tiene

arrugas y se va quedando pelón por las sienes y la coronilla. Más joven parezco yo, que pudiera ser su abuelo.

Pues, cuando entra y no escondo a tiempo los papelotes, se escama, sonrío, tose, pregunta y molesta a Sor Angélica, que no lejos de mí zurce bajo las alas blancas de su toca almidonada, en este salón donde paso el día mirando, por la ventana del jardín, el cielo gris del invierno más crudo de que tengo memoria. La hermanita se excusa y yo le tranquilizo diciendo:

— Son cuentas que llevo, hijo. No vayas a creer que es mi testamento. El testamento del tío ya está hecho y en casa del escribano.

Arturito sigue sonriendo, pero no me cree el muy tuno. ¡Pobre Arturito!

Salvo esta visita cotidiana, nadie me molesta. Yo no tengo amigos. He sido demasiado severo para tenerlos. Como no me he doblegado nunca a la maldad y no he cultivado la adulación, ni pagado diezmos al vicio, ni anduve nunca por los oscuros vericuetos donde los amigos pululan y a millares se pescan, me encuentro solo al final de mi camino. Unos me motejaban de raro, otros de mandria, otros de tonto, otros de soberbio y los más de insoportable o ridículo.

Hacían mofa de cuanto hablaba, befa de mis acciones, e íbanse despegando de mí o yo de ellos.

Estoy solo. Hasta he conseguido, y no es poco conseguir, que el mismo *Bullebulle*, apodo que he puesto a mi criado viejo por su manía alarmista, que todo lo convierte en catástrofes y terremotos, se abstenga de entrar sin el permiso de Sor Angélica.

Puedo, pues, cerrar los ojos y sumergirme en los recuerdos del pasado. Veo a mi padre, a mi madre, a mis dos hermanas, Clara y Laurentina... La casa baja de la esquina de Balcarce, próximo a Santo Domingo, donde vivíamos, porque entonces no había tranvías ni ferrocarril y no pasábamos aquí sino el verano. La negra Marica, mi ama de leche, es sólo una mancha oscura; no la distingo bien. No retengo de su persona más detalles que sus labios pulposos y achocolatados y sus pezones gordos como una mora, a los que me prendía con delicia y de los que sacaba la savia generosa que me daba vida. Quizá no la recuerde bien, porque la pobrecita se murió, andando yo de faldilla todavía, es decir, ¡ayer! Pero a mi padre y a los demás. . .

Mi padre era médico. Fue compañero del célebre doctor Brown. Hacía sus visitas montado en un caballito *picazo*, al que no había manera de limpiarle bien las corvas por causa de aquellos barrizales en que andaba metido de la mañana a la noche. Tenía mi padre carácter muy manso y era tal cual le presenta la miniatura que está en mi alcoba. Sabía mucho, más por lo que le había enseñado la práctica que por lo que le enseñaron los libros. Lo que puedo asegurar es que Brown le consultaba y otros también, y que en el despachito junto al

zaguán tenían sus conferencias, muy largas, en que chupaban sendos mates de leche con canela.

Mi madre era hermosa, y hasta la tachaban de presumida. A ninguno de nosotros nos crió ella. Verdad es que parecía delicada, y por indolencia o fatiga real, echada en el sofá se pasaba la horas. A pesar de que el retrato suyo que conservo es bueno y me la representa en actitud señorial, ataviada con joyas y flores y sonriendo a la rosa que sostiene en la mano, a mí se me aparece siempre echada en aquel sofá de crin negra y tallada caoba, quejándose de la cabeza, de los nervios o del tiempo y despidiéndome cada vez que intentaba acercarme para besarla.

De mis hermanas no tengo retratos. Uno que guardaba de Clara, malísimo daguerrotipo, se traspapeló en la mudanza última de la calle de Maipú. Pero no necesito de ellos para recordarlas : a Clara bonita y esbelta, coquetuela, irascible y pendenciera, y a Laurentina, más bonita que Clara, con aquella verruga en el párpado que constituyó su eterna preocupación, amargó su vida y aceleró su muerte.

Muchas veces oí decir en casa que cuando yo nací parecía un gato mal parido. Nací tan encanijado, pellejudo y menesterozo, que mi padre no daba un real por mi vida. Envuelto en bayetas amarillas me mantenían al calor de un brasero, y por gotas tenía la negra Marica que darme a gustar la riqueza de sus ubres, reventonas de puro repletas y bastantes a criar cuatro mostrencos. Pero, enfermizo y raquítico, no era llorón como todos los que así salen, sino que apuntó en mí desde el nacer la cualidad fatal

de bondadoso, y aunque me zarandeasen, me molieran y estrujaran, no chistaba; por dejar de llorar, dejaba de mamar muchas horas, y lo mismo en el regazo que en la cuna me estaba tan quietecito, ya durmiendo, ya mirando al espacio, embebecido.

Creo yo que el exceso de buenas cualidades, sin mezcla de humana arcilla en la proporción suficiente para que guarde equilibrio el espíritu, es perjudicial para andar codeándose con la caterva de Adán. Los santos bien están en los altares; los don Perfectos que no llegan a santos y son poco más que hombres, que no tocan al cielo ni a la tierra y están como suspendidos entre la tierra y el cielo, rechazados de arriba por lo que les queda de hombre y de abajo por lo que les sobra de santo, no son carne ni pescado, son seres desgraciadísimos como todos los que no encajan dentro de los límites de una clasificación cerrada. No sé si me explico, pero ya he dicho que carezco de letras, y la filosofía que de mi relato se desprenda ha de ser la propia y natural de los hechos mismos, no la que yo intentare exprimir por mano propia.

Mi mansedumbre nativa fue motivo de graves accidentes. Como donde me dejaban, allí me estaba, una vez me mordió un perro; prendiéronme fuego a la cuna, donde me achicharrara si no me sacan, que yo por mí mismo no saliera, y pasáronme lances semejantes innumerables por la falta de listeza y picardía. Ya emancipado del ama, mis hermanas abusaban de mi paciencia, se burlaban de mi candor y aprovechábanse de mí para sus menesteres, intrigas y trapisondas. Ambas eran mayores que yo

de diez años a doce, y sabían muy bien ser déspotas que yo sólo toleraba. Traíanme como zarandillo, yo las servía, las enhebraba la aguja, las sostenía la madeja para que ellas devanaran el estambre y eran mis espaldas el escudo de sus travesuras. Además, de mis juguetes y mis dulces cogían la mejor parte. Mis padres se ocupaban tan poco de mí, como si no existiera aquel paliducho infante que era como niño mecánico o muñeco articulado, que no llora ni molesta, y en un rincón se deja o sobre un mueble, con la seguridad de que allí ha de encontrársele luego, tan sensible, sin embargo, por dentro, y de nerviecillos tan vibrantes, que el simple contacto producía el placer o el dolor intensamente: una palabra áspera, un gesto brusco, una sonrisa, una caricia, la fuga del canario, la muerte del gato y demás motivos para otros insignificantes.

Cuando tuve edad de ir a la escuela, me zamparon primero en una de ambos sexos, de que era directora doña Asunción, ¡qué fea y qué hosca y qué ordinaria era esta doña Asunción!, y luego en otra, de varones, que regentaba un alemán en la calle de Chacabuco, en una casa que todavía existe y ante la cual no pasaba yo sin emoción, cuando pasar podía aún. Pues, lo mismo en la escuela de doña Asunción que en la del alemán bajito, rosado y manso, para quien era yo el modelo vivo de la aplicación y de la buena conducta, sufrí de las bromas y maldades de los compañeros al igual que en casa con mis hermanas. Yo había de pagar siempre el pato de las travesuras ajenas, mis lecciones y *deberes* servían para los desaplicados, de mi merienda comían muchos y yo

la menor porción, y en tocando a repartir golpes me caía encima la peor parte. Como no trato de darme lustre y sí únicamente decir la verdad, aunque sea en contra mía, confesaré que yo no tenía talento; mi inteligencia ha sido siempre medianeja, pero con la mecánica del estudio suplía lo que me faltaba de cacumen, de modo que no es maravilla sacara en todas las asignaturas la calificación de *bueno*, adjetivo que he llevado perdurablemente de sambenito.

Por bueno me odiaban mis compañeros y apartábanme de sus juegos, como apestado. Era yo el pollo intruso en el corral, que la turba gallinácea mira con desconfianza, acosa al primer descuido y maltrata cobardemente. Como no me prestaba a decir mentiras, ni a cometer actos de indisciplina, y guardaba compostura y medía las palabras y en todo era irreprochable, me tenían grande aborrecimiento. Yo me consumía de tristeza viéndome aislado, y he llorado más por ser bueno que si hubiera nacido malo y mis maldades me acarrearán el merecido castigo. Porque de haber sido malo como los demás, o menos bueno de lo que era, habría compartido sus alegrías infantiles y no lo hubiera pasado en las horas de recreo sentadito en el umbral de aquel patio lóbrego contemplando melancólico cómo retozaban y cuan felices parecían los diablillos, sólo por el privilegio de serlo.

Dormía yo en una alcoba contigua a la de mis hermanas, y recuerdo que frente a mi camita de bambú había en la pared colgada una estampa grande de San Miguel con el legendario Satanás

a sus plantas, a medio reventar por el peso del arcángel y soltando por la negra boca, erizada de dientes como la del cocodrilo, rojas y miedosas llamaradas. No me acostaba yo ni me levantaba sin rezar mi oración al santo, las manitas juntas. Pues, una noche, herido y lloroso por las injusticias del día, me pareció que era ocioso pedir al cielo lo que con tanta prodigalidad me había concedido y que más valía rogara al diablo alguna dádiva de las suyas para que en la escuela y en casa, me considerasen y mimaran; así, poniendo los ojos en la espantosa figura luciferina, dije con mucho fervor:

— Señor Satanás, hágame usted el favor de hacerme malo como a los otros, porque yo quiero ser como los demás y no un fenómeno, que como fenómeno me tratan, me rechazan, me agobian y martirizan. Si no me hace usted malo, señor Satanás, no podré defenderme de mis hermanas, ni de mis condiscípulos y mañana de la gente malévola que puebla el mundo. Así estoy como si desnudo anduviera, ¡Acuérdese usted de mí, señor Satanás!

Por supuesto que el maldito demonio no me hizo caso y seguí siendo un pedazo de pan, que todos mordisqueaban y hacían de él papilla a su antojo. De esta guisa pasé mis años menores, sin alegrías, niño triste y reconcentrado que escondía su almita de la vieta de los demás, como pajarillo que llevara en la mano y temiera que se le arrebatasen.

Si hubiera yo vivido en un ambiente místico, seguramente habría salido cura. Pero mi padre era un descreído, mi madre una indiferente y las

prácticas religiosas de mis hermanas se reducían a la misa de una en Santo Domingo, cargadas de perifollos y de polvos de arroz. A mí no me llevaban, porque no las descubriera sus gatuperios amorosos. Las veces que yo entraba en la iglesia era por curiosidad, distracción, aflicción o pena muy honda; nunca porque lo creyera deber que ni en mi casa ni en la escuela me impusieran. Es cierto que en alguna ocasión, aspirando ya vagamente a la paz y al retiro, me parecía que en ninguna parte como en la iglesia estaría yo mejor, revestido con mi casulla dorada y repartiendo bendiciones entre nubes de incienso. Pero o no me tiraba en realidad la vocación, o no estaba de Dios.

Mi padre quería hacer de mí un medicazo como él, mas se convenció que mis nervios no podrían resistir tamaña prueba. Ninguna otra carrera liberal me seducía, no me inflamaba ambición alguna, ni ser rico, ni sabio, ni grande, ni célebre, ni poderoso. Lo que yo quería era ser feliz, ¡feliz!, precisamente lo que no era ni sería jamás. Así contesté a mi padre un día que me apuraba por la respuesta, y mi padre se rió de mi salida extravagante.

— ¡Si se creerá este chico que la felicidad es una carrera reglamentada por la facultad respectiva! Este, o se pasa de tonto, o es muy agudo.

Teníanme por tonto, naturalmente, y desde aquel día me diputaron por incapaz rematado, condenándome a apacentar los rebaños de la *estancia* del Trigal, cuando tuviera la edad, ya que para otra cosa no servía.

Los quince cumplidos habría yo y a punto estaba de dejar el colegio de la calle de Chacabuco, cuando ocurrió en mi casa una tragedia espantosa: la muerte de mis padres, en el mismo día, casi a la misma hora y en circunstancias tan raras como seguramente el destino no volverá a combinarlas. Regresaba mi padre una tarde en su *pícazo*, terminadas sus visitas, y al desmontar, no se sabe cómo, dio una gran caída, partiéndose la sien en el filo de la acera. Mi hermana Laurentina, que estaba a la puerta de ojeo con sus galanes, según mala costumbre en aquellos tiempos muy corriente, se asustó y chillando se metió dentro, corrió a la habitación de mi madre, la contó sin prudencia cuanto acababa de ver y suponía realizado, púsose amarilla mi madre, que debía de tener dañado el corazón, y como entrara con mayores gritos Clara y las dos chinas de nuestra servidumbre, en el mismo sofá, aquel sofá de caoba tallada y crin negra que guardo como una reliquia, se quedó muerta la pobrecita sin decir ¡ay!, a tiempo que de la acera recogían el cadáver de mi padre, ¡Dios mío! Han pasado cincuenta y cinco años y el sacudimiento del recuerdo es tan intenso como la impresión que recibí aquella horrible tarde. ¡Qué cuadro, qué dolor, qué confusión!

La forma brutal de mi orfandad marcó huella profunda en mi espíritu, de suyo apocado y melancólico. Lloré tanto, tan de continuo y por tanto tiempo, que me vino una fluxión a los ojos, de la que padecí meses enteros y a poco más me dejara ciego. Tan intensamente sufría, que para mí el mundo se había acabado, y en la casa tendida

de merino negro no se oía más suspirar y más sollozar que el mío, porque mis hermanas, aunque no he de hacerlas la ofensa de creer que no sintieran la desgracia, eran menos sensibles que yo y se ocupaban más de recibir en la sala el pésame de las visitas compungidas, con el mantón por la cabeza como obligaba la moda y quitándose la vez la una a la otra para contar a mi tía Sandalia cómo había sucedido eso, a mi tía que fue la primera que acudió en su volanta revolucionando todo el barrio, y a las de Tejera, las de Paso, Esquendo, Sangil, Mártir, Guerra, Prisco, Vargas, Zaldívar, y todas las Ríquez de los cuatro costados.

Gravísima perturbación nos trajo esta catástrofe. Mis hermanas eran jóvenes (Clara no había cumplido los veintisiete), yo un niño, presentándose el problema si los miramientos sociales consentían que viviéramos en casa sin un vejestorio de respeto, o aconsejaban que nos distribuyeran entre la parentela, como repartija de indios. Mi tío Tejera quería llevarme consigo y todos a quien preferían para el caso era a Juanito de Dios, «que no tenía boca ni oídos, no parecía niño, con todo se contentaba y a todo se avenía»; pero yo, agradeciéndolo mucho, supe resistir, que firmeza de voluntad para ejecutar lo que he creído razonable o justo nunca me ha faltado, así menoscabara ello mi fama de bondadoso entre los que consideran a la bondad y la debilidad gemelas. Excuso decir que mis hermanas resistieron también a marcharse con unas y con otras, desenterrando de no sé dónde a la

Ríquez más indigente que teníamos y vistiéndola de tía respetable para que las diera lado.

Mis pobres hermanas han muerto hace tiempo: Clara, de la fiebre amarilla del 71, y Laurentina, de la pesadumbre de sus desdichas y de su verruga. Yo las quise bien siempre, como hermanas y como no podía menos de quererlas. El hecho de nuestro apartamiento ni quita ni pone a este cariño sincero mío y, por decirlo así, obligatorio. Protesto, pues, de que haya de insinuarse que cuanto voy a decir de ambas sea residuo de imaginados rencores, de sospechadas injusticias, de calculadas ofensas. ¡Ah! No sería don Perfecto, el quijote de la bondad y de la corrección, el impecable maníaco, quien esto escribiera a la sombra de la blanca cofia de Sor Angélica, su amistad postrera y la única.

Yo no he de asegurar que mis hermanas fueran malas, ¡pobrecitas!, ¡Dios las haya perdonado!; pero no puedo ocultar, porque si no mi conducta parecería inexplicable, que, aparte de su carácter independiente y ligero, estaban malísimamente educadas, modelos clásicos de la detestable escuela criolla, que no reconoce principio de autoridad, ni jerarquías, ni diferencias, y en la que todos somos unos y no hay palabra familiar que lleve el sello augusto del respeto. Aun en vida de mis padres, las trifulcas entre Clara y Laurentina eran frecuentes: ¿qué sería cuando, dueñas absolutas de la casa, se disputaban el mando supremo?, guerra de palabras venenosas, de injurias soeces, de manos airadas, no cesaba sino con el sopor del sueño.

A mí me mandaron desalojar la habitación que ocupaba y diéronme de alcoba un *altillo* del fondo, que más bien parecía gatera y donde no podía moverme. Ellas se instalaron en la mejor parte de la casa, cambiaron los muebles e hicieron mangas y capirotos con la renta y cuanto caía bajo su despótica jurisdicción. Cada caso resuelto, ya en favor de Clara o de Laurentina, costaba a ambas muchos gritos, lágrimas, arañazos y mechones de pelo; siendo, generalmente, la perdidosa Laurentina, como más pequeña y ofrecer de blanco aquella maldita verruga adonde iban a clavarse todas las saetas de la iracunda Clara.

Esta vida salvaje, que no doméstica, causábame grandísima pesadumbre. Apenas si salía de mi *altillo*; y en mis raros paseos del lado del río, por aquella ciudad muerta que no daba aún señales de la mágica transformación que hoy nos asombra, y que temblaba miedosa bajo la garra de la tiranía, ocurríanseme pensamientos tétricos, criminales ideas de suicidio. El retorno a casa y las comidas eran para mí suplicios que soportaba en silencio, como todo lo que en ella se hacía, desbarajuste sin medida. Había dejado ya la escuela y esperaba la solución de mi porvenir, pues aun cuando la herencia era sobrada para los tres, en algo tenía yo que trabajar, siquiera por entretenimiento, que mi padre trabajó toda su vida, y ha sido siempre aquí, a Dios gracias, fuerza, ley y costumbre de todos, altos y bajos, trabajar y trabajar, de modo que por aristocrática que sea la mano, en algo más se ocupa que en llevar el bastón.

Digo que en silencio atendía yo a la conducta de mis hermanas. Pero pronto observé cosas incompatibles con el recato de la doncellez y nuestro buen nombre: cartitas que llegaban a todas horas, galanes que esperaban al pie de la ventana o en la esquina, señas y guiños de lejos, citas en la iglesia y otros excesos de la imprudencia más graves todavía, visitas en la propia sala de jóvenes conocidos, Pepe Sangil, entre ellos, que no iban allí a perder el tiempo seguramente, porque tantos novios habían tenido mis hermanas, que ya fuera difícil que cayera uno en serio.

Hablé a Clara y me chilló, a Laurentina y me sacó por puertas, llamándome zonzo, santurrón y marica. El terremoto de la escandalera me confinó en mi *atillo*, de donde no salí ya sino con las precauciones de rigor en país enemigo, más por dejar de ver la aborrecible ligereza de mis hermanas que por temor pueril. Pero la severidad de mis principios, mi rectitud inquebrantable no consentían que de aquello que con tanta energía censuraba fuese espectador cobarde. Y resolví o romper con ellas, abandonando la caña, o que rompieran ellas sus equívocas relaciones.

Aunque todavía guardaban luto, acudían todas las tardes al *tambo* del barrio, o vaquería, que era entonces punto de reunión muy elegante de verano, y allí sentadas en los toscos bancos del patio, junto a los pesebres, gustando la leche recién ordeñada que desbordaba de los vasos de vidrio, charlaban con las amigas y discreteaban con los donceles hasta entrada la noche. Yo no iba nunca,

por no presenciar lo que sacaba de quicio mi poca paciencia de hermano quisquilloso, una noche volvieron muy tarde, con Pepe Sangil y otro que no conocía; entráronse ellas, y ellos quedaron a la ventana como esperando una señal convenida; pasaron luego a la acera de enfrente, se fueron hacia Santo Domingo y tomaron a quedar apostados en la puerta misteriosamente. Atisbaba yo desde la azotea estas maniobras, expulsado de mi cuarto por el calor y el insomnio; y adivinando cuanto pasaba y lo peor que se preparaba, me eché de cabeza por la escalerilla, en el momento que salía Clara al patio de puntillas y los pasadores de la ventana de la sala gruñían bajo la mano nerviosa de Laurentina. Al descubrirme, Clara se vino encima de mí y me alargó un guantazo, alborotóse Laurentina con el ruido y dio la voz de alarma a los sitiadores, que huyeron, saltándome luego hecha una fiera para arañarme, que era yo mansa oveja que, aunque con un dedo a las dos derribara sin mucho trabajo, de las dos dejé que me golpearan y sobaran a capricho y que a rastras me llevasen a la sala, donde me increparon por entrometido, fisgador y polizonte insoportable. Desahogáronse cuanto quisieron por boca y manos, y cuando las vi jadeantes, compuse el desorden de mi aporreada persona y les dije con enérgico acento, que no sentaba en verdad a mi mansedumbre, que no teniendo ni edad ni influencia para evitar lo que jamás consentiría, el día siguiente me marchaba de su lado, porque no se tomara mi presencia como encubridora de sus extravíos.

— Adiós, *che* — me contestó Clara: — Don Perfecto de baratillo, santo de palo, babioca celestial.

— Escribir en llegando — dijo Laurentina — y que te alivies, Juan Lanás de Dios, Cuanto menos bulto, mayor claridad.

Ahogábanme la indignación y las lágrimas. Me preguntaron burlones si necesitaba algo para el camino, y les dije que no, que con las manos vacías saldría de la casa y sabría ganarme mi pan, como los demás. Me refugié luego en mí *altillo*, y pasé la noche llorando, porque en realidad ignoraba yo qué haría al día siguiente, ni adonde iría.

Esperaba que con las luces del alba se despertaría el remordimiento en mis hermanas, y hostigadas por el cariño fraternal, que si dormita a veces, nunca se extingue, alguna de ellas vendría a buscarme o mandaría recado; pero salió el sol y llegó a bañar la mitad del patio, medida que llenaba al punto de las doce, y nadie se ocupó de mí. Lo que veía por la ventanilla de mi jaula era pasar a la china menor con las fuentes del almuerzo. Entonces, convencido de que no tenía más remedio que desalojar la plaza, me puse mi mejor ropa, y sin paquete ostensible ni nada que me embargara, salí con el corazón encogido y los ojos llorosos: cuando ponía el pie en la calle, sentí reír a mis hermanas en el comedor.

Lo primero que se me ocurrió fue arrojarme al río. Confieso que en las horas dolorosas de mi vida la idea del suicidio se me ha presentado como el mejor medio de arreglarlo todo, aunque contrario

a la ley de Dios; pero aquella vez, no sólo no lo arreglaba, puesto que mis hermanas hubieran continuado siendo ligeras, sino que me estropeaba la ropa, y para eso yo no me la había vestido. Muy cabizbajo tomé el rumbo que solía, y era por la calle Defensa al Norte, en busca de luz y relativo movimiento, hallando en el segundo tramo el consuelo que buscaba, y fue dirigirme a la tienda de mi tutor, don Aquilea Vargas, en la entonces llamada calle de Mendocinos: don Aquiles me daría consejo y asilo, que a ello le obligaba su cargo; también me daría de almorzar, que ayuno estaba y desfallecido. Secáronseme los ojos, se me ensanchó el corazón, apreté el paso... y a ver a don Aquiles.

Tendría don Aquiles por aquel tiempo unos treinta años y bien ganada ya su fama de mal genio y avaricioso, que ha consagrado la voz de la historia, y era chiquito, regordetón, sin las arrugas y las canas que echó después de millonario. Yo le trataba poco; no así a su mujer, que era visita de casa, y a sus niños, aunque mucho menores que yo, pues lo menos que llevo a Pablo Aquiles (¿qué será de Pablo Aquiles?, ¿habrá muerto?), lo menos son ocho años. La tienda era grande y toda ella aparecía ocupada por géneros de las provincias, en que traficaba con lucro evidente: aquí los tercios de yerba, allá las cajas y latas, los dulces y *tabletas* de Mendoza, quesos, alfajores, miel, mates, encajes, *quillangos*, ¡qué sé yo!, todo revuelto, en los estantes, en las paredes, en el techo y en el suelo, y presidiendo la industriosa exposición don Aquiles con su chaleco rojo de federal y el entrecejo cruzado de rayos y centellas.

Sabía yo que en aquella hora le encontraba infaliblemente, pues por reloj salía de su casa a las ocho a abrir la tienda y no volvía hasta la oración. Le encontré, en efecto, y regañando, como de costumbre, a Salustianito Pozuelo, que estaba con él de dependiente... Sí, Salustiano Pozuelo, el mismo, marido hoy, no sé si afortunado, de la hermosa Graciana Sangil, hija de Pepe. Pues, señor, el pobre Salustiano, que fue siempre muy bruto y ordinario, acababa de hacer cisco una docena de *tabletas* y con las torpes manos recoger quería la escarchada pasta del santo suelo, bajo el chaparrón de dicterios de don Aquiles, cuando yo me presenté en la puerta. Calmóse don Aquiles; trajo Salustiano una escoba, sí, señor, el gran Pozuelo de hoy, y con ella barrió las baldosas, y don Aquiles y yo nos metimos en la trastienda y nos sentamos cada uno en un tercio de yerba, no sé si paraguaya o correntina.

Al principio lloré y no pude contestar más que con sollozos al señor Vargas; pero luego, alentado por su indulgencia, referí lo sucedido con especial cuidado de que la honra de mis hermanas saliera lo mejor librada. Como no precisaba el motivo y dejaba las íes sin los puntos correspondientes, mi tutor no acababa de comprenderlo, y hasta preludió la desaprobación de mi escapatoria con fruncimiento de las terribles cejas. Yo apuré mi escasa lógica para convencerlo que la vida común con mis hermanas no podía ser; que mi deseo era entrar en el comercio, pues no quería andar de gandul; que, por lo menos hasta mi mayor edad y mientras me ganara el sustento, mis hermanas percibieran exclusivamente la renta,

para que nada les faltase, y que me ponía bajo su protección, antes que solicitar la de algún pariente, porque los deberes de tutoría así lo mandaban.

Estaba de buena veta don Aquiles aquel día, o pensó que le convenía servirse de mí; la amenaza del entrecejo se fundió en una sonrisa paternal, y acariciándome la barba, me dijo:

— Bueno, yo veré a las señoritas de Ríquez y me enteraré bien de lo que ha pasado. Entretanto te quedas aquí, y si las señoritas de Ríquez lo consienten, serás mi dependiente, aprenderás el comercio, dormirás aquí en un cuarto contiguo al de Salustiano, porque en mi casa no tengo sitio, comerás conmigo al mediodía y cenarás en la pensión de Salustiano, o donde te dé la gana. En verdad que me hacía falta un dependiente finito como tú. Salustiano es un bestia. Apruebo, hijo, tu resolución y tu desinterés: si no eres rico, tienes lo suficiente para meterte las manos en los bolsillos y echarte panza arriba. Pues no, quieres trabajar, hacerte hombre. Ya sé, ya sé que eres un chico modelo, respetuoso, tranquilo, serio, excelentísimo, la flor de los muchachos habidos y por haber...

¡Ay!, por esto mismo me asignó muy corta paga, me dio una habitación que nada tenía que envidiar al *altillo* fraternal, y abusó luego de mi mansedumbre, como todos. Mientras él hablaba, miraba yo con disimulo una mesa del extremo con platos rebañados, cortezas de pan y botella vacía, comprobando tristemente que la hambruna del patrón y del mozo habían hecho pasto allí

a mansalva. No me treví a decir que estaba yo sin probar gota desde la víspera; seguíle para ver la nueva habitación, que era como un desván y recibía la luz de un patio húmedo y sucio, asegurándome él que una vez limpia, y con mis muebles, que traería si no se oponían mis hermanas, parecería un salón de Palermo. Volvimos a la tienda, donde probó mi letra en un trozo de papel y mi maestría matemática, quedando muy satisfecho; me dio sendas explicaciones acerca del negocio, los principales comitentes, las ganancias anuales, la manera de despachar el género y tantas otras cosas que yo no oía, porque mi vista y mi olfato atendían más a la sabrosa exposición de comestibles. A las tres se marchó, encasquetándose el sombrero con el cintillo rojo y anunciándome que iba a hablar con mis hermanas. Dio la orden a Salustiano que si no volvía antes de la oración, cerrara la tienda.

Quedé yo apoyado en el mostrador, muerto de hambre y de tristeza. Salustiano, tan pronto como volvió la esquina el patrón, me dijo que cuidara de la tienda mientras iba a un recado, y se largó antes que yo me excusara, asustado de la comisión. Afortunadamente, no entró nadie durante su ausencia y eso que tardó dos horas largas. Todo el tiempo que estuve solo, no aparté yo los ojos de las pilas de azucarados alfajores y de las latas de guayaba que, de espaldas a la pared y puestas de frente, mostraban la maciza carne colorada.

Volvió Salustiano con varios paquetes, uno de tabaco, otro de papel de fumar, y sobre el mismo mostrador se puso a armar diestramente cigarrillos,

mientras averiguaba, con regocijo de disponer de un cirineo, el cómo y el porqué de mi vocación comercial. Me convidó con un cigarro, y yo lo rechacé:

— Gracias, no fumo.

— ¿No fumas?, ¡qué risa!, ¡es extraño!

Terminado su entretenimiento y su interrogatorio, guardó sus porquerías, y de un cajón sacó un mazo de naipes.

— Echaremos una brisquita o un tute, ¿qué tal?

Poniéndome algo encamado, contesté:

— Gracias, no juego.

Salustiano soltó la carcajada.

— ¿No sabes jugar? ¡Es extraño!

Tan extraño me parecía a mí también, que comenzaba a sentir vergüenza.

— Pues, mira — repuso Salustiano, — yo tengo ganas de merendar, y como este roñoso de don Aquiles no deja por aquí una migaja, tomaremos, si te parece, un par de alfajorcitos, que, como no los cuenta, no llegará a saberlo. Después los remojaremos con un trago de una botella que esconde donde yo me sé.

Cogió una pasta, la dio un bocado atroz y me brindó con otra. Desfallecido de debilidad, me

apresuré a rechazarla; no era mía y no podía hacerme cómplice de un hurto.

— ¿Tampoco? Ni fumas, ni juegas, ni comes, ni bebes. . . ni chupas, ni besas, ¡Es extraño! ¡Qué bicho más raro!

Corridísimo, no respondí. Salustiano me dio la espalda, se merendó las pastas que quiso, bebió del vino que fue a buscar de oculto rincón, se fumó sus tres cigarrillos uno tras del otro, y por último, desparramó sobre el mostrador los naipes y se estuvo haciendo solitarios hasta que escaseó la luz.

Don Aquiles no volvía, seguro, sin duda, de que yo no había de impacientarme. Varias veces cambié de postura, como enfermo que busca el alivio deseado, y en todas el dolor de mi estómago me aguijoneaba cruelmente; figurábaseme que las cosas comestibles que en la tienda me tentaban, las relucientes latas de sangrientas entrañas y los dorados discos de escarchada corteza, danzaban en los estantes burlándose de mí, como Salustiano.

Rugué a éste que me diera un vaso de agua, y me lo trajo y bebí hasta la última gota. El fresco líquido me reanimó, devolviéndome mi heroico aplomo. Salustiano recogió sus naipes y me dijo que iba a cerrar la tienda; si yo quería, podía acompañarle a comer a la pensión suya, en casa de una viuda que tenía dos hijas monísimas y muy *condescendientes*. Esto lo subrayó el mequetrefe con chasquido de lengua singular, que me sacó de nuevo los colores a

la cara. Apenas le apuntaba el bozo a Salustiano y su precocidad me pareció repugnante.

— Te acompañaré — le respondí, — pero no a comer. Me espera un tío mío.

Al dar esta excusa para no aceptar tan mala compañía y descubrir que no llevaba un cobre en el bolsillo, pensé en mi tío Tejera y en el suntuoso banquete de su mesa, a la que muchas veces me había sentado de convidado. Si fuera ahora y le pidiera hospitalidad... ¡qué cena y qué cama me aguardaban! Manjares y vinos deliciosos; blandos colchones y sábanas perfumadas con benjuí, el perfume favorito de su mujer, y así por donde ella pasaba, la odorífera estela quedaba para denunciarla. Entretanto, Salustiano cerraba la puerta, corría los pasadores, echaba una tranca de hierro y la llave por fuera, y me empujaba con brusquedad reveladora, de la poca simpatía que le había inspirado.

Me dejó en la acera y se fue silbando hacia abajo. Era noche oscura, el calor intenso, el silencio profundo. La idea de sumergirme, a la ventura, en la masa de tinieblas, de aquel paseo a través de la ciudad fúnebre, me dio pavor. No iría, decididamente, a casa de mi tío Tejera. ¿Cómo disculpar mi presencia inopinada?, ¿cómo ocultarle lo ocurrido? Suspirando, me senté en el mismo umbral de la tienda de Vargas, me acurruqué, y como los pájaros en la rama me dispuse a pasar la noche al raso. En seguida me dormí, y en toda la noche no desperté

sino dos veces, por la canturía del sereno y el vocear de un borracho.

¡Oh noche cruel!, ¡oh carga pesada de la decencia!, ¡oh intransigencia de la delicadeza!, ¡oh dureza de la bondad!, ¡oh dolor de estómago inolvidable! . . .

Pero ¿qué ruido es ese? ¿Será Arturito?; Cómo alborota *Bullebulle*! ¡Ah! ¡Es el médico! Que entre, que entre, y me diga, si lo sabe, qué remedio tienen los setenta años de un viejo.

II

No he sido yo muy aficionado a la lectura, pero algo he leído, y entre lo poco que he leído recuerdo un libro francés por más señas, en que contando su autor las peripecias y sucesos de su vida, saca a la vergüenza intimidades que al leítor no importan. Líbreme Dios de seguir tan pésimo ejemplo, no sólo por el escándalo, del que siempre he huido, sino porque mi temperamento sereno, la ecuanimidad de mi espíritu, no son parte a que el verdor de lo deshonesto matice los colores de mi cuadro. En mí las pasiones, si por pasiones ha de tenerse el rebullir de la sangre juvenil, fueron como las viruelas locas, sin intensidad, ni duración, ni rastros; casi pudiera decir que no las he padecido, o al menos que no las he sentido en la forma grosera y material que hace temible el transcurso de aquella edad, de suerte que si algo refiriera, había de ser venial sosería hasta para los censores más escrupulosos.

He dicho cuadro y la pluma ha temblado en mi mano. Ayer leí las primeras páginas de este cuaderno a Sor Angélica, y la hermanita me dijo:

— ¡Pues poco campo que va a tener usted para pintar bonitos cuadros de época!

— ¡No! — la respondí alarmado, — si yo no lo pretendo, ni a ser posible me encargaría de ello. ¿Dónde está la paleta?, ¿dónde el pincel?, ¿dónde la maestría para ejecutarlo?, ¿ni cómo tampoco dar relieve a fondo que por fuerza tiene

que ser movible, si los setenta años de mi vida han de desfilan ordenadamente? De mi vida sé lo suficiente para contarlo; de la vida de la nación, más compleja y enmarañada por los partidos políticos, ayer los federales y unitarios, más tarde los *eneistas*, los *ordenistas*, los *salgadistas*, los *trujillistas*, y demás patulea conocida, apenas entiendo una letra. Además, esta es mi historia propia, la historia de un alma, y solamente lo que con ella se relacione muy de cerca saldrá a la luz. A otra cosa no me comprometo. Retratos de personajes, hechos históricos... ¡nada!, la torre de Babel. Pase que hubiera desempeñado yo algún papel importante o insignificante en la vida pública, y así estas serían las memorias de un militar, diplomático, periodista, literato, a quienes fuerza es pedirles que nos refieran cuanto vieron y nos expliquen con datos peregrinos y sugestivos en cuántos y en cuáles sucesos anduvieron mezclados. Pero si yo no he salido de mi concha jamás, ¿qué he de contar que no sea de mí mismo? Hermanita Angélica, ¡por Dios!, ¿en qué berenjenal quiere usted meterme?

Si mis razones no convencen a mi dulce enfermera, hago pedazos el cuadernito y me dejo morir de tedio. Porque la cosa es clara. ¿Cómo pintar, por ejemplo, los ocho años que pasé en la tienda de Vargas, desde el 47 al 55, años de tan grandes sucesos? Para hacerlo como tan altos hechos exigen, me faltaría lo primero papel, luego numen y ciencia y paciencia. Mi tarea es más humilde y pedestre, y así ni por asomo y a posta he de aludir a ellos.

Tomando, pues, el hilo donde lo encuentro, y hechas de aquí para en adelante estas salvedades, diré que me instalé en la tienda de Vargas desde el día siguiente a aquella noche toledana en que fue el sueño mi alimento y mi lecho el duro suelo. Muy lejos de oponerse mis hermanas a mi emigración, facilitáronla cuanto pudieron: buen medio de deshacerse del pelmazo que las celaba y de conquistar la libertad necesaria para sus trapicheos. Entregaron los muebles de mi alcoba y toda mi ropa de uso, advirtiéndome que haría bien en no ir por allá, porque me recibirían a escobazos. Respecto de la generosa cesión temporal de mi parte de renta, nada dijeron. Al menos, don Aquiles no me transmitió el recado, siendo lógico suponer que no fuera olvido de él, sino ingratitud de ellas. Se limpió, compuso y alhajó lo mejor posible el chiribitil de la calle de Mendocinos, y en su menguado recinto apenas cupieron el menaje, mi persona y mi tristeza inmensa. Pero, como he sido siempre ordenadito y curioso, quedó todo tan bien colocado, que dábale luz el aseo y alegría la compostura, sorprendente reverso del contiguo de Salustiano, que era una perfecta perrera. Habían manifestado también mis hermanas a don Aquiles que, si yo quería, podía instalarme en la *estanzuela* del Trigal, y en vez de comerciante, hacerme agricultor; y aunque no me desagradara la idea en principio, como de aceptarla en seguida permanecía bajo la tutela fraternal, me prometí realizarla, si acaso, luego que a mi mayor edad la herencia paterna se repartiese legalmente. Entretanto, a mi independencia me atendería, independencia relativa, por cierto, pues salí

del despotismo de mis hermanas para caer en las brasas del de mi tutor.

Es tan conocido don Aquiles, que no hay para qué retratarlo. Tengo para mí que aquel hombre no nació de madre, y así le faltaban la delicadeza, la ternura, la sensibilidad que todo ser humano hereda, aun en mínima parte, y demuestra en determinadas circunstancias, aun con débil e involuntario gesto. Don Aquiles debió nacer un sábado a media noche, de infernal cocimiento aderezado por brujas y en el que seguramente emplearon simples tales como el cardo, la ortiga, el acíbar, y venenos diversos y violentos, entre zambras demoniacas y maleficios. Nadie se le acercaba que no saliera lastimado: su trato despedía, sus palabras eran espinas, y su sonrisa, las pocas veces que aquella cara fosca y amarillosa sonreía, figuraba el dilatarse del morro de un gato que maulla. El rencor, negra fuente ponzoñosa, le hervía en el fondo del alma y en coléricas bocanadas desbordaba por sus bigotes espeluznados. La perversidad era su musa, y la tacañería, la desconfianza, la envidia, la ira y la ingratitud sus servidoras y compañeras; su deleite mayor hacer daño, su entretenimiento maltratar al débil, su dogma el egoísmo ruin. Así no inspiraba sino desvío y odio, aun a su mujer y a sus hijos, y como un cerdo en su pocilga, gruñendo en su rincón se pasaba la vida contra el cielo y contra la tierra.

Pues al lado de este mal llamado hombre estuve yo, ¡infeliz de mí!, ocho años, declaro que no por gusto, mas por necesidad, que hereje llaman a la necesidad y con razón. ¿Qué diré de los

prodigios de mi paciencia y de mi voluntad para no ensartarme en las púas de su carácter? ¡Y cuántos tropezones no di, a mi pesar, y qué de zarpazos no llevé de aquella fiera suelta que en el tenducho se revolvía! Y eso que, por ser amigo de mi familia, guardaba para mí distinciones que yo le agradezco mucho. Por ejemplo: en la tienda era yo quien manejaba los libros y estaba encargado de la correspondencia comercial y de cobrar las cuentas; de despachar al menudeo, atender al mostrador y barrerla y limpiarla, Salustiano; en la mesa del almuerzo me sentaba a su derecha, me servía el primero y dirigíame constantemente la palabra, prescindiendo de Salustiano, al que no dejaba meter baza. Se inquietaba por mi salud, aconsejábame que no saliera de noche por aquellas calles en que la *Mazorca* paseaba el ominoso pendón del tirano, me llamaba Juanito, hijo mío... Pero a lo mejor, y cuando yo, cediendo a mi natural afectuoso, me confiaba demasiado, el gato sacaba las uñas y el dolor de la herida me escocía una semana.

El odio de Salustiano por don Aquiles era profundísimo. A tener malas entrañas, creo yo que le mata o hace alguna fechoría. También don Aquiles le maltrataba de modo que daba grima, las más de las veces sin motivo y sólo por desahogar su bilis. Las escenas que ocurrían diariamente eran deplorables. Cien veces dijo Salustiano que se marchaba; pero no se marchaba, retenido, como yo, por la necesidad. Mas, con tanto zurriagazo, el chico, flojo de suyo y despegado de su deber, se aplicaba menos y peor lo hacía. Porque no le regañaran hacía yo por

él lo que a él le tocaba hacer, y antes de mucho tiempo, yo celoso y él descuidado, todos los servicios de la tienda se concentraron en mi mano diligente, llegando un día, que la bondad convida a propasarse y abusar de ella, a ofrecerme la escoba, diciendo:

— Juanito de Dios, toma y barre tú, que yo voy a fumar un cigarrillo.

Años de prueba fueron aquellos; sí, señor. Ocupado el santo día en mis deberes, no había lugar para la expansión del espíritu, sofocado, por otra parte, bajo la pesada atmósfera de la época. De noche Salustiano se iba a sus correrías, y yo, después de comer en una limpia fonda de la vecindad, la misma que nos servía las viandas para el almuerzo, daba un paseíto solitario, y a mi cuarto volvía, antes que los serenos aparecieran en las esquinas.

No veía a mis hermanas, ni sabía nada de ellas. Algo me dio a entender Salustiano de que se decía, que se murmuraba, pero sin atreverse a referir nada concreto, porque, aunque manso, he sabido siempre hacerme respetar, y de un moquete firme le hubiera hecho tragar la especie. Tampoco en casa de mi tío Tejera, adonde iba de tarde en tarde, me preguntaban palabra de ellas. A lo que parece, mi tía Sandalita había roto con ellas y también las de Mártir, las de Zaldívar y las de Prisco. Un valladar se tendía alrededor de mi casa paterna, y esto me daba tan grande vergüenza y aflicción como si fuera yo el propio culpable.

Regresaba una tarde (en agosto del 50, no lo olvidaré nunca) de cobrar varios saldos y venía por la calle de Bolívar; acababa de salir de la librería de Montiel, donde algunas veces me reunía con los tertulianos de aquel simpático Nicolás Montiel, al que no veo hace un siglo... Sabido es que la famosa librería estaba situada en la acera derecha de la primera *cuadra* de la calle de Bolívar, conforme se va de la Plaza a San Ignacio. Pues por este tramo venía yo preocupado con lo que había escuchado en la librería acerca de las atrocidades cometidas la noche anterior en casa de las Mártires de enfrente y la prisión de aquel bondadoso sacerdote don Cayetano, encanto de nuestra tertulia por su afabilidad y su elocuencia, cuando bajo los porches de la Recova distinguí una sombra que me hacía señas. Digo que era una sombra porque vestía toda de negro y llevaba crespón a la cara, y que las señas que con la mano hacía, también negra por el guante de este color, rezaban conmigo, porque ningún otro en tal momento pasaba por aquel sitio. Nefastos los tiempos y propios para que las mismas sombras amedrentaran, no quise habérmelas con aquélla y me desentendí de sus signos llamativos escurriéndome con ánimo de apelar a la carrera si me perseguía; pero, comprendiendo mi maniobra, la sombra habló y me llamó por mi nombre..

— ¡Juanito, Juanito!

Era la voz de la sangre, la voz de mi hermana Laurentina. Me paré en seco, sin decidirme a cruzar la calle y acercarme a ella, aturdido, latiéndome el corazón como el badajo de una campana echada a

vuelo. Laurentina vino hacia mí, desveló su rostro, azucena ya ajada en que la verruga aparecía como enorme oruga, y me dijo lastimosa:

— ¡Juanito de Dios, no me huyas! ¿No quieres hablarme? ¿Me guardas rencor?

— No, Laurentina — la contesté; — yo no soy rencoroso.

— ¡Ay, ya sé, tú eres un ángel! No sé cómo has salido así, entre nosotras tan malas. ¡Qué crecido y buen mozo estás! Te reconocí y no he podido contenerme, te he llamado... ¡Perdona a esta desgraciada, Juanito!

Se pasó la mano por los ojos, y al levantar el brazo y con él las puntas del chal, descubrió un abultamiento sospechoso que dio en los míos como feroz puñalada. Enmudecí, quemado de vergüenza, aunque no debiera sorprenderme que quien andaba en tales tratos pringada saliese; no supe si rechazarla, increparla, o plantarla indignado. Y entretanto ella se prendió de mi brazo, me arrastró bajo los porches, suspirando, gimoteando, y como arcón viejo que se abre y muestra las telarañas y sabandijas del abandono, enseñándome el fondo de sus impurezas, sin cuidarse de mi soflama y de mi repugnancia.

Me contó... ¡qué sé yo! Toda la ropa sucia, que no se lavaba en casa, la tendió en medio de la plaza, revolviendo el montón infecto con la tranquilidad del trapero acostumbrado a escarbar en la basura, sin remilgos de pudor hipócrita, llamando las cosas por

sus nombres, soberbie en su misma depravación. Dos veces la interrumpí para dejarla, muchas para afearla su mala conducta, que nada disculpaba, ni aun la necesidad, esa excusa ridícula de las flaquezas, pues pertenecía a familia de abolengo, los ejemplos que recibió fueron excelentes y tenía de sobra para vivir con decoro. Ella me contestaba:

— ¿Qué quieres, Juanito? Lo mismo que has salido tú bueno, he salido yo mala. Esto del nacer es una lotería. Saca uno la cara bonita o fea, y torcida el alma o derecha. El toque está en que la educación o la voluntad lo remedie. Y hay cosas, Juanito, que son irremediables.

Por supuesto, estaba a matar con Clara, a quien tachó de envidiosa, indecente y gastadora. En la calle de Balcarce andaba todo como la mona. De seguir así, la indivisa herencia se fundía en manos de Clara y quedábamos los tres por puertas. Nada le bastaba para sus caprichos, sus viajes, sus trapos y sus disparates. Y gracias que yo había renunciado a mi parte de renta, con generosidad nunca bastante agradecida, sobre todo sabiendo que era en pago del mal comportamiento de ambas, del que ella se arrepentía de todo corazón. Tan bueno era yo, que la misma Clara lo reconocía. Pero como de bueno pasara a tonto, paso muy corto y muy fácil, la otra había de llegar a pedir mi consentimiento para no sé qué ventas y enredos que preparaba. Porque estaban ya a la cuarta pregunta.

— Yo no sé cómo arreglármelas — insistió redoblando su taconeo bajo la solitaria Recova; —

en casa no hay un real, ahora mismo acabamos de tener una pelotera por eso, ¡y yo necesito ocultarme! Quiero irme al Trigal, o a cualquier parte. Juanito, es preciso que yo salga de la ciudad cuanto antes.

De mi exaltación en reprender y aconsejar había caído en el estupor y silencio más absoluto. Como siempre que veo una desgracia o escucho un lamento, sentía deseos de llorar. El vaho pestilente de tanta degradación me ahogaba. Me excusé, prometí, me despedí y escapado me dirigí a la tienda, donde don Aquiles me esperaba hecho un escuerzo, por haber tardado más de lo regular.

Pasé una noche horrible, sin dormir, con el eco de la voz de Laurentina pegado a los oídos. Ignoro cómo y por qué arte se multiplica en mis manos el dinero, ni si será milagro de bien entendida economía o casual coincidencia que hace que un peso que a mí me toque su elemento de simple papel se convierta en goma elástica, tal maña me doy para estirarlo, agrandarlo y obligarlo a que sirva como dos y como doscientos. Ya he dicho que de la renta paterna no percibía ni medio real, y que la paga de don Aquiles era como para quedársele en la muela al más sobrio; pues, sin embargo, yo me vestía y costeaba la comida y disponía de un peso sahumado siempre que lo exigiese la ocasión, sin pedirlo a nadie. Guardaba los ahorros en el cajón de mi cómoda, en una bolsita de seda verde que fue de mi madre, y en ella encontré aquella vez hasta cien pesos, que resolví sin vacilar mandarlos a mi

desventurada hermana, para que pudiera salir de la ciudad *cuanto antes*.

Este reposado carácter que Dios me ha dado, esta facultad de ver las cosas claras a la primera ojeada, este corazón que a la menor impresión se contrae como si le clavarán un dardo, me aconsejaban que en el vergonzoso asunto de la calle de Balcarce no debía mezclarme ni un punto más, ni un punto menos. Paladín de la honra, vengador del desafuero hecho a mi familia, no iba a salir por esas calles en busca del ofensor anónimo. Bien hacen los gatos en acudir al reclamo de la celosa hembra que les llama desde el tejado. La caída de mis hermanas era una de esas *cosas irremediables* de que hablaba Laurentina; era un caso fisiológico bien determinado, y de curarlo más entendía la medicina que el afecto. Mi solo apartamiento bastaba para la vindicta social y la propia conciencia.

Pero en lo que yo no podía dejar de mezclarme, si no quería dar ese paso, *tan fácil y tan corto*, de la bondad a la tontería, era en impedir que se dilapidara mi hacienda. Aunque faltábame todavía bastante para cumplir mi mayor edad, previne a don Aquiles de mi deseo de que se dividiera de una vez la herencia para evitar disgustos futuros, y don Aquiles, que tenía tanto de perverso como de honrado y cuyos limpios tratos atenuaban algo sus genialidades, hágole esta justicia por merecida, dispuso desde luego lo que convenía al objeto de complacer a su pupilo.

Apenas sintió Clara las primeras vueltas del torniquete judicial, dio las grandes voces y me

escribió una carta en que ponía a Laurentina como Laurentina la puso a ella en la plaza, y achacándola de ser causante de aquella resolución mía, perjudicialísima para los intereses de todos, me zurraba a mí cual si me tuviera en sus manos. No hice caso, siguieron los trámites de la testamentaría, y después de meses y estaciones dilatorias se repartió el haber en esta forma: a Clara tocó la casa de la calle de Balcarce, a Laurentina el campo del Trigal, y a mí esta quinta de Belgrano, compensándose a los perdidosos en muebles, alhajas y metálico. Naturalmente, yo fui el más perjudicado, porque en aquel tiempo éste era apartadísimo, desierto y descuidado suburbio; pero me callé. Clara, con ser la que mayor beneficio obtuvo, siguió alborotando, y no pudiendo sacarme los ojos, la arrancó buenos mechones de pelo a Laurentina, que, enferma ya, se retiró al Trigal, donde había de dejar sus huesos.

Todos estos zipizapes familiares amargaban mucho mi vida. La alegría es el sol de la juventud, y de este sol no he percibido yo un solo rayo. Así estaba como aterido en la sombra de mi rincón. El borrico de Salustiano hacía burlas de mí muy groseras, y entre sus impertinencias y el geniazo de don Aquiles mi paciencia reñía crudas batallas. Imposibilitado de abandonar la tienda, porque lo poco que daba la quinta era insuficiente para su entretenimiento y tal cual auxilio a mis hermanas, de higos a brevas, tenía por fuerza que resignarme a pasarlo entre las latas de guayaba y los alfajores, los redondos *Tafi* y aquel procaz compañero que se

escandalizaba de mis morigeradas costumbres tanto como yo de la depravación suya.

Y estando la situación como aquí la pinto, aconteció el singular suceso que voy a referir y es de lo más extraordinario que ha podido ocurrirme. Tanto se ha hablado después y en tal forma se me ha calumniado, que el contarlo *c* por *b* me quita peso de encima, no ciertamente porque me abruma la creencia general de un hecho que mi celibato excusaría, pues en esto no llegan mis principios a la gazmoñería ridícula, sino simplemente porque no es verdad, y no siendo verdad hay que declararlo muy alto e insistir en ello hasta que se haga carne en el vulgo y desaparezca la mentira patrocinada por la malicia, que durante años y años me ha colgado un milagro del que soy inocente.

El cual suceso fue como sigue: que, como entrara yo en la tienda un día, poco antes del almuerzo, saltó el mostrador Salustiano, me saludó con apicarados mohines entre grave y cómico, y dándome un apretón propio para desarticularme el brazo, me dijo:

— Señor don *Pluscuamperfecto*, le felicito a usted. Confieso que no le creía a usted capaces de semejante gracia.

Acostumbrado a sus soeces chirigotas, le aparté sin enfado; pero lo que me chocó desde luego fue que estaba presente don Aquiles, y en su presencia nunca se permitió bromas Salustiano, y que la adusta cara de don Aquiles mostraba una sonrisita de ironía,

de compasión o de algo tan indefinible, que me alarmó.

— ¿Qué hay? — pregunté.

— Sube, sube — insistió Salustiano haciendo piruetas.

— Sube, hijo — repitió don Aquiles, — y verás lo que hay.

Subí, entré en mi cuarto y abrí la ventana... Sobre mi lecho descansaba un niño, envuelto en blancas mantillas, rosadito y rubio como un ángel; dormía profundamente con los puños muy cerraditos, y tenía sobre el pecho una cadena de oro, un medallón de pelo y una carta. Carta, medallón y cadena fueron detalles que distinguí luego de volver de mi espanto, porque espanto fue y atontamiento lo que sufrí yo al descubrir un rorro en mi cama, mientras el Salustiano se retorció de risa allá abajo. No atinaba yo con la explicación de tan raro hallazgo, y lo atribuí a pesada chanza del zopenco de Pozuelo, ¡vaya!, ¡y pensar en el susto que me había dado! Hasta me reí de la gracia, aunque ninguna tenía, y con cuidado de no despertar al angelito, recogí la carta, que estaba lacrada, observé la letra del sobre y, pasmado de nuevo, reconocí la letra de Laurentina...

La conservo en mi papelera, pero no la tengo a mano para copiarla. De todos modos, no importa, porque recuerdo que dice así, aunque no sea con las mismas palabras y acaso no exponga las ideas en el orden que yo las doy:

«Juanito de Dios: estoy muy enferma y en peligro de muerte. Perdida la esperanza de que los aires trigaleños y la tranquilidad me restablecieran, habiéndome prevenido el médico que no tardaré en comparecer ante mi Juez, ansiosa de hacerlo con la mayor compostura, ya que tan descompuesta ha sido mi vida, he llamado a un sacerdote... ¡y he pensado en ti, Juanito! Dios ha puesto en el mundo a los buenos para enmendar las faltas de los malos, ser su ejemplo y remedio, guía y amparo. A ti acudo, San Juanito de esta familia desgraciada, para confiarte la orfandad de mi hijo. Aquí me lo mataría la ignorancia; en el despego de Clara no puedo fiarme. Yo sé que tú serás el padre y la madre de Arturo, porque tan grandes sentimientos que, por lo común, se anidan en dos individuos de la especie, concéntranse maravillosamente en tu noble corazón, a cuya sombra podrá dormir tranquilo. Segura de que aceptarás el legado que te hago, aprovecho la última ráfaga de aliento para enviarte el niño y decirte que quiero que lleve nuestro apellido y el campo éste del Trigo sea suyo, a lo que no creo que la ley se oponga. Juanito, hermano, adiós y gracias.»

Besé conmovido al inocente por cuyo destino se me encargaba velar y lloré mucho tiempo, mientras abajo la maldad se solazaba y reía. Mi corazón ha sido siempre puerta sin llave ni cerrojo, a la que ha bastado tocar ligeramente para que se abra por sí sola: ¿no había de abrirse de par en par cuando a ella llamaban mi hermana moribunda y aquella manecita sonrosada, que no contaba con más amparo que el mío? No pensé en los medios ni

en las consecuencias de la obra a que me obligaba, sino en cumplir ciegamente con mi deber. Lo primero era entregar la criatura al cuidado de una nodriza, y una nodriza salí a buscar, como si hubiera de encontrarla de manos a boca. Antes cerré la ventana sin hacer el menor ruido, y muy quedo bajé la escalera... Salustiano me recibió dando palmadas, pero le impuso la gravedad de mi actitud. Don Aquiles me miró silencioso.

— Señor Vargas — dije yo, — usted me permitirá...

Don Aquiles me hizo seña de que callara. Yo no sé si don Aquiles, en sus forzosas visitas a la calle de Bal caree durante la tramitación de la testamentaría, descubrió lo mismo que yo en la plaza aquella tarde de agosto, lo que no era improbable, o averiguó de la desconocida persona que trajo el regalo a la tienda su procedencia y demás pormenores. Lo cierto es que, al imponerme silencio, me dio a entender que estaba al cabo de la calle y que sabía ser discreto, lo cual cumplió, y téngasele esto también en cuenta.

— Anda, hijo — añadió luego, — te concedo asueto por todo el día, que muy serias ocupaciones te han caído.

Poco me pareció el día entero para lo mucho que hacer debía, pero quiso la Providencia que antes de las dos horas hubiera llenado la primera parte y más esencial de mi misión; porque recordando que mi nodriza difunta la negra Marica, tenía una hermana llamada Damasia, lavandera de oficio, quien a su vez por demasías de Damasia con un italiano guapo de los Corrales, era madre de una preciosa mulatita más

o menos de mi edad, o sea de diez y nueve años largos, y que el año anterior se había casado, se me ocurrió ir a ver a Damasia por si su hija estaba en condiciones de poder criar a mi nene. Situada la casa de Damasia, que era suya, entre paréntesis, allá por donde el diablo perdió el poncho, en pleno barrio del *candombe*, tardé más en encontrarla que en llegar; pero di al cabo con la casa, con Damasia y con Sara, la mulatita, que lloraba, por dicha, digo, por casualidad para mi objeto, la muerte de su mulatín de pocos meses. Me recibieron afectuosas, les dije lo que buscaba e inventé una historia que no creyeron, pues nadie mejor que Damasia, que entraba a diario en casa, de mis hermanas por razón de su oficio y del antiguo cariño que la africana familia consagraba a la mía, hallábase enterada de cuanto ocurriera en la calle de Balcarce.

Ya sabían que la niña Laurentina se marchó al Trigal, y allí... Sabían que estaba tan enferma la niña Laurentina de ponerse porquerías en la verruga, ácidos o qué sé yo, que le habían comido la vista y dejado tuerta o ciega poco menos. . . Sabían otras cosas que valiera más no las supiesen, costándome gran trabajo mantenerlas en el terreno de nuestra negociación, es decir, si la mulatita Sara quería o no quería tomar el niño.

Sara convino en tomarlo, y yo la insté a que fuera en seguida; fuimos los dos, y encontramos al chico berreando, y allí, en mi mismo cuarto, aplacó su hambruna el trigueño seno de la mulatita. Supongo que su viudo no se ofenderá de que yo lo cuente (porque la pobre Sara ha muerto; ¡los recuerdos de

un viejo revolotean siempre entre cadáveres, como mariposas de cementerio!), su viudo, digo, mi criado fiel *Bullebulle*.

Puesto en tan buenas manos Arturito, escribí a Laurentina comunicándole lo hecho y tranquilizándola respecto del porvenir del niño, que quedaba bajo mi salvaguardia. No sé si recibió esta carta. Lo que sé es que de allí a poco supe por Damasia la muerte de mi hermana infeliz, y este suceso me ligó más al huérfano, que no mostrara entrañas quien le abandonase.

No he de relatar los cuidados que por aquel niño tuve. Un padre no los tiene mayores. El primer diente que echó, el primer paso que dio, cada empacho que padeció, el funcionamiento entero de aquella maquinita infantil que en los brazos de Sara palpitaba débilmente, me preocupó, entretuvo, alarmó y distrajo de modo que en la tienda no daba pie con bola, salía más temprano, regresaba más tarde, y los domingos, que para mí fueron pesados siempre porque pareceme que han sido consagrados para el alegre, y para el triste no hay distracción mejor que el trabajo, los pasaba, del alba a la tarde, en el lejano barrio, en la obscura sociedad de Damasia y de Sara, guardando el sueño, espiando la sonrisa, vigilando los gestos del sobrinito. Sara y Damasia, sorprendidas de contracción tamaña, me ponían en las mismas nubes. ¡Jesús!, cuando el niño Juanito se casara y fuera padre de verdad, ¡qué marido y qué padre sería! ¡Dichosa mujer y dichoso hijo aquél!

Pues por lo mismo no me he casado ni he tenido hijos, que tales son las paradojas de la vida.

En cada visita dominguera llevaba un regalito para el nene, para Damasia, para Sara, para su marido y hasta para el perro. Además, el ajuar de Arturito, si no era rico, era abundante. Cómo me las componía yo para aunar lo necesario con lo pródigo, no sé. La ciencia económica tiene algo de prestidigitación. Siempre he visto en el milagro de los panes el símbolo de la economía bien entendida.

El inocente placer de mi misión paternal, que me indemnizaba de las torturas de la tienda, no estuvo exento del légamo que a todo placer va unido. Lo primero, Salustiano, que no obteniendo de mí las explicaciones que deseaba de aquella aventura, la forjó toda entera al gusto de su procacidad y la esparció a los cuatro vientos, en desprestigio mío y deshonor de la mulata. Sara, que de saber lo que nuestra buena acción nos costaba, me planta seguramente el crío en el arroyo o hace que este *Bullebulle*, cuya efervescencia sanguínea es imponderable, me apartara del barrio más con sus manos que con buenas razones. Luego Clara, con quien hube de sostener nuevos y terribles choques en defensa del patrimonio del huérfano, el campito del Trigal que ella pretendía detentar. Esta fue la más desaforada batalla que con Clara he sostenido. Aunque ya mayor de edad cuando di principio, era mi inferioridad manifiesta ante aquel adversario, pródigo en gracias y largo en favores; pero yo defendía la justicia y la inocencia, defendía la voluntad de una muerta, y la batalla

se dio, reñidísima, enzarzándose jueces, abogados, procuradores, códigos y doctrinas, hasta sacar triunfante el derecho de Arturito Ríquez y quedar de legítimo dueño del campo quien por derechos naturales lo había heredado.

Antes del fallo, Clara vino a verme en la tienda, la vez primera que nos veíamos después del rompimiento en el patio aquella noche de la sorpresa. Vino hermosa, soberbia, sahumada con finos perfumes, despertando el alerta por toda la carrera. Vino y trató de catequizarme para que se diera fin al pleito, tocando el registro de mi *reconocida bondad* como el mejor medio de vencerme; ¿qué empeño tenía en sostener los derechos de aquel inclusero, aquel guacho, que decía ella, hijo del acaso? ¿No valía más que partiéramos fraternalmente el campo? Me encerré en severa negativa, y convencida, de su derrota, furiosa, me dio una bofetada.

Y se marchó, diciendo a voces:

— Con estos buenos de nacimiento no se puede tratar; ¡la sacan a una de sus casillas!

¡Ay! Aquella bofetada de mi hermana Clara la siento todavía, y en muchas ocasiones me he preguntado si la merecí en justicia por bondadoso. Lo cierto es que el campo del Trigal, tan disputado, y que a las manos vino a parar del primer Arturo Ríquez, mi ahijado, por muerte de éste prematura cayó en poder de su hijo el Arturito Ríquez de ahora, este tarambana que olisquea mi herencia, quien en menos que canta un gallo lo liquidó alegremente. Y

digo yo: si esto había de ser así, ¿no fuera mejor entenderse con mi hermana Clara? ¿Mi bondad no fue entonces la causa inicial del desafuero posterior? ¡Cuántos bofetones, y no de los inofensivos como el de Clara, ya que manos blancas no ofenden, sino de los que hacen crujir los huesos y derriban a un coloso, me he ganado luego, por motivos semejantes, del Destino o llámese como quiera el fantasma que dicen los fatalistas nos guía y empuja hacia determinado fin!

Total, que salí castigado en aquella emergencia, pero ganancioso; y nombrado tutor del pequeño, que ya comenzaba a enredar y era un relámpago de vivaracho, pude abordar el problema de dar por terminado mi pupilaje en la tienda de Vargas. Había logrado arrendar esta quinta a un inglés rico en una suma suficiente para mis necesidades, arrendado también estaba el campito, y el producto lo recibía yo a nombre de mi ahijado; sin afición al comercio, sin ambiciones, me parecía llegada la hora de realizar mi aspiración suprema: ser feliz. Y ser feliz, para mí, importaba casarme, ríanse los escépticos, los desengañados, los calaveras y toda la cáfila de prójimos estragados o ahitos. Porque yo nací para marido; Sara y Damasia no se engañaban. Poseía todas las condiciones especialísimas de ternura, de abnegación, de constancia, de ecuanimidad, de templanza y hasta de cortesía que son necesarias, indispensables, para la convivencia marital. Si hay guasón que se corra por el lado de la malicia y apunte al ridículo, diré que junto con estas virtudes figuraba el mejor guardián: los celos, no de clase brutal e

impertinente, sino los que son hijos de la dignidad misma y la acompañan a la manera de las espinas a la rosa para su defensa.

Confieso que hasta entonces no había encontrado yo mujer, a mi gusto, que creyera digna de confiarla mi tesoro. Después la encontré, creí encontrarla... Sigamos.

Resuelto estaba, por consiguiente, a abandonar a don Aquiles, pero no quería hacerlo bruscamente, y eso que motivos no escaseaban. Antes que yo se marchó Salustiano, requerido por no sé qué empresa de ganadería y aburridísimo del mal trato del patrón que, a causa de su pereza y su censurable costumbre de hurtarle golosinas, le mostraba más tirria que al veneno. Yo me alegré de su marcha, porque Salustiano era rematadamente corrompido; dígolo con todas sus letras en la seguridad de que esto no lo ha de leer él, que si no, callaría mi opinión, a pesar de que ni la amistad ni sentimiento alguno pueden moverme en favor de quien fue siempre mal compañero y lengua viperina.

Creía yo que don Aquilas se apresuraría a reemplazar a Salustiano con otro mozo a quien confiar los menesteres que yo, por mi cargo y mi rango social, no estaba obligado a llenar; pero contando sin duda con que el rico vellón de los borregos se saca, el mismo día de la despedida de Salustiano me dijo muy fresco:

— Toma, Juanito, la escoba y el plumero y limpia bien todo. Como todo lo haces bien y para todo tienes tiempo, cada mañana te darás un fregadito y así me

evitas el tomar otro dependiente que será tan bruto o más que Salustiano.

Repliqué con blandura que me excusara de semejante faena, porque yo no era criado. Se enfureció en seguida, y prendida la pólvora de su ira, atronó la tienda con los gritos, de modo que no esperé yo a más para volverle la espalda y decidir mi separación.

Chillando le dejé, y chillando, con la cara descompuesta por el coraje, me le represento cada vez que la memoria evoca a aquel energúmeno, muerto más tarde ahogado de coraje, como tenía que morir, y según noticias que considero verídicas.

Le dejé, pues, sin rencor de mi parte y sin pesar de la suya, ¡porque ya sabemos que era hombre que no se rendía a los sentimientos, y ni el roce, ni la costumbre, lo menos que puede ligar un ser a otro, influían un ápice en la insensibilidad de su corteza. Más arriba de la tienda, en la misma calle, alquilé un pisito con dos balcones, y con mis muebles y otros que compré le puse tan mono, que Sara y Damasia, cuando me traían el niño los domingos, decían que por allí forzosamente había pasado la mano de una mujer, por el buen gusto, la armonía, el cuidado que en todo resplandecía, y tras de una cortina estaba de seguro la oculta maga organizadora de tales maravillas; y como quiera que cada vez hallaban algo nuevo que admirar, insistían, cómicamente, en buscarla, porque casa de soltero con orden es lo mismo que noche con sol.

— Y si no hay tal mujer — respondía Damasia, — es preciso que usted la busque y se la traiga para que le alegre la jaula; da pena verle a usted aquí tan sólo.

Más pena me daba a mí, que aunque deseara alegrarla no podía, como no fuera como Dios y la ley lo mandan; pero para esto era preciso buscar y esperar, y entretanto, de hábitos caseros y poco dado al bullicio, mis veladas, generalmente las noches que no iba a casa de mi tío Tejera o al teatro, las pasaba solo, porque mi horror al juego, que hubiera sido el más sabroso aliciente, espantaba a los amigos, y creo que ni uno solo de los pocos que alternaban conmigo en la librería de Montiel puso jamás los pies en mi casa.

Comenzaba a aburrirme. Mal que mal, en la tienda de Vargas me distraía algo haciendo números, apuntes o estaciones con la clientela. Ahora, salvo la visita semanal de Arturito, a quien dedicaba todos mis desvelos, insuficiente ocupación para llenar el grande vacío de mi juventud, la soledad me seguía y acompañaba siempre. Fue aquel mi cuarto de hora psicológico, del que se aprovechó mi tía Sandalia...

Insuperable temor me acosa ante el tema que se me presenta y sobre la blancura del papel habré de desarrollar, dibujando retratos de personas que me fueron tan caras, describiendo escenas y contando hechos que recuerdan más el corazón que la memoria. No sé por dónde empezar ni si me será posible dar cima a la tarea. Una gran confusión se me ha producido en la cabeza, y

como la bocanada de aire que levanta, arremolina y esparce las hojas secas, fechas, caras, sucesos y palabras, mi colección entera de recuerdos se embarulla y dispersa, se eleva y se pierde de vista.

Descansaré, tomaré un sorbito de Jerez. Ahora reconcentraré toda mi atención en este nombre: Delfina. ¡Delfina!, sí, ya la veo, ya la veo; ¡Delfina! La nube desaparece, brilla la luz, y fechas, caras, sucesos y palabras se alinean en orden, ocupan sus sitios, se aprestan a que yo les saque a la escena.

Pero antes, a fuer de buen director, cambiaré la decoración, y en vez de mi rincón solitario de soltero, adonde me retiré al salir de la tienda de Vargas, presentaré un salón regio, el famoso salón de Tejera, de la calle de San Martín, frente a las Catalinas, pintado mil veces por las crónicas y perdurable en los anales de la elegancia; tenderé sus paredes de amarillo damasco; haré resaltar el dorado de sus artesones y el mérito de sus retratos, especialmente el de mi tía Transitito; pondré en redor los sofás y los altos sillones, todo tal cual lo exponía mi tía Sandalia cuando calmadas las convulsiones políticas, muerta la tiranía y triunfante el renacimiento democrático, volvió a abrirlo para solaz de la aristocracia y estrado de su ingenio. Y puestos en círculo curioso las damas y los caballeros, al grave compás de melancólico minué, haré aparecer una graciosa pareja: ella, peinada de cocas y tirabuzones, con falda de alepín verde-mar y manteleta blanca de encaje, zapato atacado y media calada; él, de ancho corbatín, frac azul con botones amarillos y ajustado pantalón color

patito. ¿Quién es él? ¿Quién es ella? El, ¡ay!, soy yo;
ella... ella es Delfina.

III

Esta mañana me ha dado *Bullebulle* un grandísimo disgusto. Aunque esfumado con disculpable torpeza, mi retrato moral aparece en las páginas anteriores, no faltándole sino aquellos retoques y pinceladas que los hechos sucesivos se encargarán de acentuar; tiempo es ya, para que se me conozca por completo, que diga la cara que tengo, o mejor, que tenía; pues la de ahora, si bien conserva sus rasgos principales y el blanqueo y curtido de los años no me han desfigurado mucho, que más que los años son las pasiones las que arruinan y derrumban al individuo, en verdad no es aquella misma del salón de Tejera que la emoción coloreaba muy a menudo ante la señorita de Daver, y cuya melena rizada, como los gajos de un sauce, sombreaba melancólica la ancha frente y los ojos tristes.

Esta, con idéntico parecido, la retrataba la miniatura que está sobre la consola, junto a la de Delfina, la Delfina de entonces, y que por mi mal pedí a *Bullebulle*. ¡Cristo de mis pecados! Entró el trueno gordo en forma del atropellado mulato, y se estremeció el pavimento, temblaron los cristales, se desmayaron dos o tres sillas, cayeron de sus repisas dos floreros y sobre la consola el maldito, destrozando cuanto cogió debajo, y fue todo lo que sobre ella había... Las miniaturas han llegado a mis manos con tan mortal deterioro, que apenas si distinguir puedo cuál es la mía y cuál la de

Delfina, si no fuera por la parte inferior en que faldas y pantalones están intactos; pero lo principal, las dos caras, desconocidas; ¿qué mucho, si estoy yo descabezado y Delfina con un solo ojo, sin nariz y media oreja?

El disgusto del lance me ha quitado las ganas de escribir. Me parecía también que, sin los retratos por delante, no sabría reproducir la hermosura y la gracia de Delfina y mis ventajas físicas de antaño. Como siempre que comete una torpeza, que es cada media hora, el afligido *Bullebulle* ha venido a excusarse:

— Dispénseme usted, *niño*, que fue sin querer. Por hacerlo mejor, por no hacer esperar al *niño*... No sé qué nervios los míos que me bailan solos.

Lo que él sentía más es haber estropeado mi retrato, que tan bien me representaba cuando yo andaría en los veintitantos: la cara alargada; la nariz fina y con el huesecito saltón muy gracioso; los ojos entre azules y verdes, lo mismo color de cielo que color de mar, según estuvieran animados o tristes, pero siempre hermosos, grandes y derramando la bondad; la boca, delgada; el bigote, como la misma seda; el pelo, una mata sobredorada en que el peine se perdía; los dientes, tan iguales y blancos como granitos de arroz. ¿Y la figura?, ¿y el pie y la mano? ¡Virgen del Rosario!, ¡en hombre nunca vio pie ni mano semejantes!

Es cierto, es cierto. Así era yo, tal como me pinta *Bullebulle*, y si así no hubiera sido, no me llamarían don Perfecto, porque este mote no caería bien al que, aun siendo hermoso por dentro, asustara de

feo por fuera o no pasara de mediana catadura. Así era yo, algo parecido al Espronceda adolescente que he visto en casa del literato Lucés, salvo la expresión desdeñosa, que en mí podía tacharse de modestia y encogimiento; pero la misma melena esponjadita, la misma nariz arqueada, los mismos labios apretados. . . Por cierto que lleva una levita azul con cuello vuelto de terciopelo, como una que yo gasté y me sentaba divinamente. Sí, sí, parece que don Perfecto fue un real mozo; no soy yo quien lo dice sino *Bullebulle*, testigo de mayor excepción, y la fama que ha dejado en la sociedad bonaerense. Mas lo declaro con vergüenza: para el provecho que saqué, mejor me valiera no serlo; que por negarme el señor Satanás la picara chispa que anima a los humanos y carecer de la esencia divina que eleva al cielo, ni serví para el cielo ni la tierra me quiso...

Quedamos en que yo era un real mozo. La que *Bullebulle* no podrá pintar, porque no la ha conocido, es Delfina Dáver; ¡qué Delfina aquélla! Las gracias todas reunidas en una sola persona, como flores exquisitas en un ramillete, tal era Delfina: un ramillete de gracias, dicho sea en una sola frase para no andar rebuscando metáforas y revolviendo joyeros y escogiendo piedras preciosas con que comparar sus hechizos. ¿Qué esmeraldas valían lo que sus ojos?, ¿qué rubíes su boca?, ¿qué oro su cabello?, ¿qué marfiles y qué nácares su piel? ¿Apelaré también a la palmera como término ponderativo de su gallardía? Nada de esto, con ser tan visto y oído, dará una idea de aquella Delfina de mis mocedades, cuyo padre, don Isaías, oriundo de Italia,

y su madre misia Candelaria o misia Candelita, que así la llamaban generalmente, oriunda de la propia Andalucía, dijérase que otorgaron en dote a la chica las excelencias de sus patrias solariegas; y como en esta familia Daver existía un cruce de razas asombroso, porque el abuelo, italiano, era alemán por el lado materno, y la abuela, española, era inglesa por el mismo costado, adobado todo con la riquísima sangre criolla, se fundió en aquel primor de *porteña*, que otra igual no ha llegado a nacer.

Y cuenta que entonces las había de rechupete, y en el salón de Tejera el mismo París hubiese quedado perplejo. El astro principal era Justa González, que casó luego con Esquendo, el hermano de mi tía Sandalia. ¿Saben los muchachos de hoy quién era Justita González? Era la propia emperatriz de la hermosura. No le faltaban más que la corona y el cetro. Pues ¿y la madre de Ventura Guerra?, ¿y Matildica Prisco, tía de Estanislada?, ¿y una Solanos, Arminda?, ¿y mi tía Sandalia, que por llevarla treinta años el marido valetudinario, parecía más joven todavía, aunque no llegara, en la época a que me refiero, a los veintiocho?, tantas otras más, tantas y tantas.

Asimismo Delfina descollaba entre todas, aun al lado de Justa González, poco mayor que ella. Era infaltable en el salón de Tejera, la primera en acudir con su madre, misia Candelita, una morena frescachona aún y decidora. El padre, don Isaías, comerciante rico, algo burdo y nada ilustrado, muy entrometido en política y aficionado a echársela de salvador de la república, porque «si él estuviera en el

gobierno» y «si lo consultaran con él», etc.. el padre llegaba más tarde para jugar su tresillo con mi tío, el don Gaspar de Tejera y Ríquez, tan maltratado (y con razón) por la historia. Don Isaías y mi tío se querían mucho. En cuanto le veía entrar, mi tío, que discretaba con las damas, se iba arrastrando su pierna a encontrarle, y ambos se retiraban a su rincón, donde les esperaba el cuñado Esquendo, y permanecían hasta las doce, mientras la juventud bailaba, o jugaba a las prendas, o enredaba con el amor, o se divertían todos con los juegos de manos de aquel Ricardito Maltán de Pablos, más conocido por Maltancito y también por Pablitos, el más feo y barrabás de los nacidos, cuya suerte para mí la deseara con todas mis perfecciones.

Porque el tal Maltancito tenía un partido escandaloso en todas partes. Se le buscaba, se le festejaba y rodeaba allí donde aparecía, lo mismo las señoras mayores que las muchachas, los viejos que los pollos. Y venga de reír sus chistes, aplaudir sus habilidades imitativas, realmente simiescas, y sus tiradas de versos o sus sesiones de prestidigitación. Era un bufoncillo muy ingenioso y temible, especie de gnomo, pequeñín, negruzco, cubierto casi todo de pelo, la boca en eterna mueca, como la máscara de la risa. Indispensable elemento de todo salón, de toda fiesta; irremplazable para dirigir una danza o exponer una comedia u organizar una expedición o acto cualquiera de entretenimiento, Maltancito cautivaba con las lentejuelas de su frivolidad y era el tiranuelo social mejor soportado de cuantos ha habido en el mundo.

Yo sabía de Maltancito muchas cosas feas, por Salustiano. Jugaba, bebía y era el coco de las mujeres alegres. Parece que una turca de Maltancito era espectáculo graciosísimo, que sus amigos de la aristocracia (toda la juventud aristocrática) se regalaban por turno y convidaban a gozar como pieza de teatro. Sus gracias hacían cosquillas a todo el mundo, aun a los que aborrecían de veras a aquel títere.

Con esto no vaya a creerse que era Maltancito un pelafustán de la clase última. Los Maltán de Pablos tenían buena fama y algunas riquezas en casas y campos, y su abolengo arrancaba de los tiempos de la colonia; gente honradísima toda, irreprochable, en quien las celebradas diabluras de Ricardo no hacían maldita de Dios la gracia.

Yo, que antes le veía apenas, como después de mi salida de la tienda de Vargas iba con mayor frecuencia a casa del tío Tejera, me topaba con él cada noche. Confieso que me sentía humillado ante aquel mal engendro. Si fuese yo capaz de odiar, le habría odiado de todo corazón. Porque mientras en torno de mí reinaba el vacío, se apiñaban todos junto al burlesco mamarracho, y entre todos Delfina, prendida de sus extravagancias de modo que no daba paz a la risa, ni a sus manos en palmoear alegremente; sobre la confusión de cabezas que ocultaban al mono, se agitaba la suya hermosísima, como flor sobre su tallo, y a veces se volvía a mí, al amigo solitario del rincón, y me dirigía graciosos aspavientos:

— ¿Qué hace usted ahí? ¿Por qué no se acerca? Venga usted, que es de lo más divertido...

Me enamoré yo de Delfina en fuerza de verla y admirarla, amor sereno y respetuoso, de éstos que se complacen en el silencio y todo lo fían al tiempo y a la influencia de las propias prendas, que se cree invencible; pasión en que el amor propio entra más de la cuenta, y no por soberbia, sino por exceso de confianza, descuida los más elementales recursos en la conquista femenina. Siendo yo un don Perfecto consagrado y atribuyendo a Delfina toda clase de envidiables condiciones morales, tantas y tan excelentes como las que decoraban su pereonita; siendo además don Isaías un buen hombre y muy razonable señora misia Candela, no lo dudaba, lo daba por seguro, que mi demanda, cuando la presentara, había de ser admitida desde luego y por unanimidad.

Mi tía Sandalia me lo decía, tan convencida como yo mismo:

— Piénsalo bien, Juanito de Dios, observa y escoge. Así que escojas la que más te agrade y te decidas, me lo avisas; que aunque mozo de tus méritos no necesita recomendación, en todo tejemaneje amoroso la mano de una amiga nunca sobra, y si es parienta mejor. Lo que yo siento es no tener hija que darte, Paula está en sus cinco años; que si la tuviera, ya te había caído suegra.

Y cuando quería presentarme a alguna mamá o a alguna muchacha casadera, lo hacía en términos entusiásticos como éstos:

— El fénix de los jóvenes. El modelo, el número uno, el incomparable...

No echaba yo de ver, como ahora, que la respuesta era una sonrisita de irónica complacencia en unas o de indulgente compasión en otras, la manifestación que se guarda ante la vista de un fenómeno que no interesa ni poco ni mucho.

— Sí, sí — intervenía el tío Gaspar, — la seriedad en persona, la moralidad de cuerpo entero... ¡ah!, y se acuesta con las gallinas, ¿eh?

Algunos se reían con más franqueza, y si andaba cerca el Maltancito, ya había para rato con sus chuscadas impertinentes. Yo me corría mucho con estos elogios de mis cualidades que en aquel centro, por virtud del ambiente, parecían defectos ridículos, ocasión de mofa y causa de que yo me avergonzara de ellas tanto como se vanagloriaba Maltancito de las suyas perversas.

La familia Daver no pertenecía, en apariencia, al grupo de los risueños o burlones, y me demostraba una simpatía tan expresiva, que el amor que poco a poco se me iba entrando por las puertas del alma cobraba fuerzas y echaba raíces que debían de ser muy hondas. Todo era presentarse misia Candelita en el salón, y ya me buscaba con los ojos y me atraía hasta su butaca para reanudar nuestros graves diálogos acerca de cuestiones abstractas,

que ni yo entendía ni ella tampoco, pero que nos complacían mucho; después he caído en que por su parte había fingimiento y un poquito de esto que llaman tomar el pelo, si no pienso mal y la calumnio; pero, en verdad, ella se acaloraba tanto como yo, los dos nos poníamos fúnebres, y sus relucientes ojos de andaluza se animaban como los míos para echar pestes contra el mundo y sus vanidades.

Con boberías de este jaez me daba yo por tan satisfecho, que allí era el desbocarse de mi lirismo en pro de todo lo grande, lo noble, lo puro y lo ideal que exalta al hombre y lo aproxima a Dios. Así me mostraba tal cual era, me daba a conocer todo entero a la madre de Delfina, que por fuerza tenía que apreciar la diferencia que existía entre un joven bien intencionado y no contaminado de corrupción y los títeres de la laya de Maltancito. Ya lo expresaba ella con sus «¡naturalmente!» y sus mohines de asentimiento a todo lo que salía por mi boca y era mi propia alma. Y hablando así, creía yo asegurar mi felicidad y el éxito de mi empresa.

Mas no por eso descuidaba la rueda de Delfina. ¡Cá! A veces dejaba plantado en medio de un párrafo a don Isaías, a quien trataba de conquistar con las mismas armas (¡no tenía otras!), y cercaba discretamente a mi tormento, y ya de pie, ya sentados bajo la luz de las bujías que en las cornucopias lánguidamente se consumían de tristeza, Delfina y yo platicábamos; es decir, yo, porque Delfina, aunque locuaz y de mucho ingenio, se volvía muda conmigo y no hacía más que morder la borla de su abanico diminuto. Cuanto soñaba yo

en mi triste rincón de soltero; cuantos sentimientos nobilísimos hervían en el fondo de mi corazón; cuantos deseos de paz, de dicha compartida me agitaban; todas las flores morales, en suma, cultivadas con tanto celo, iba arrojándolas cada noche a sus pies. Y aún la veo, indiferente, distraída, mordiendo la borlita, con los ojazos revoloteando de un extremo al otro, estallando en risa de pronto con la última hazaña de Maltán de Pablos, el payaso.

La veo ahora, pero no entonces que su actitud me convencía era de modestia, de pudor y de discreción, la única compatible con su papel de señorita del gran mundo. Poseído yo del mío, de hombre de catecismo cuyos preceptos cumple con rigidez laudable, no había de pensar que mis palabras sonaran a hueco en aquella almita que a mí se me antojaba gemela de la mía y la sola capaz de llenar el vacío inmenso de mi vida. Llámese fatuidad o como se quiera, tenía la confianza absoluta del que posee una moneda de oro y hace calendarios en que juegan su voluntad y su capricho. Así, cuando me concedía Delfina el favor de bailar con ella, mi aplomo, mi satisfacción radiante, arrancaban a mi tía Sandalia comentarios traducidos de esta manera en el apretón de manos de la despedida :

— ¡Bravo, Juanito! Esto marcha. No necesito que me confieses nada. El más ciego lo ve claro. Te felicito y que San Pedro os bendiga a los dos.

Ya lo creo que marchaba. Tres veces me habían convidado los Daver en su casa, que estaba donde ahora el palacio de García Lucas, en la plaza del

Retiro, y era muy grande, con un patio como una selva y puesta con bastante lujo, como que don Isaías Daver decían que mercaba con el Brasil y se sorbía los *contos* lo mismo que si fueran reales. Pues en los tales convites no hallé sino agasajos, aunque no faltara el indispensable Maltancito para aguarne un poco el vino.

Creo ingenuamente que aquella sociedad, era más morigerada que la actual, y lo digo como lo creo; sin embargo, he aquí lo que sucedió una noche en casa de Tejera, y que contaré sin ringorrangos para mayor claridad: se refería, con sordina, la aventura de un emigrado de Montevideo, que al regresar encontróse con que las mismas piedras hablaban de su esposa, y de semejante estropicio sacaron motivo el cuñado Esquendo, Maltán de Pablos y algún otro de los solteros terribles para apalear al pobre... señor, y soltar agudezas de malísimo gusto que divertían mucho a los que, en apretada rueda, escuchaban al narrador, y eran todos los tertulianos menos las niñas, agrupadas en un rincón y muy alerta por supuesto. Quemado me sentía yo y con hormigas en la lengua; miré a misia Candelaria, que respondió a mi consulta con un gesto que parecía decir: «¿Y usted qué hace ajite escándalo tamaño? Usted, el impecable...» y no necesité más para prorrumpir en rayos y centellas contra las «teorías disolventes», «los amaños de la traición», «las espantosas consecuencias de la inmoralidad», y cantar loores a la fidelidad, al hogar sagrado, al santo amor conyugal, etc., etc. Arrebatado de elocuencia y de emoción sincera, figuraba yo un

apóstol predicando a los gentiles, y acaso sobre mi cabeza brillaba en aquel momento la lengua de fuego simbólico... Callé, y el mayor de los gentiles, Maltán de Pablos, me asestó esta pedrada:

— Adiós, Pedro el Ermitaño; ¿cuándo es la toma de hábitos?

Riéronse todos hasta reventar. La misma misia Candelita se sacudía en el sofá como una epiléptica; don Isaías y el tío Gaspar felicitaban al gracioso con palmas, y Delfina, Delfina, a quien suponía yo con el alma toda vibrante y entusiasmada, enseñábele de lejos el cerrado abaniquito en son de amistosa amenaza:

— Este Maltán, ¡qué poco serio!...

Me llené de confusión, y como actor silbado hube de retirarme por el foro. Tenía por costumbre acompañar a la familia de Daver cada noche hasta la esquina de su casa, pero aquella no lo intenté siquiera, avergonzadísimo. Cuando todos se marchaban, mi tía Sandalia me llamó:

— Ven, Juanito, ven.

Y delante de la abandonada mesa de tresillo se sentó como juez que ocupa su estrado, acercándome yo más temeroso que si llevara las manos tintas en sangre por horrible crimen... Mi tía Sandalia era una santa; devota, más que ninguna, de la tradicional patrona de la familia, la Virgen del Carmen; casada a los veinte años con el vejancón de mi tío, viudo de una hermana suya, sólo a la fortaleza admirable de

su virtud debía la alta consideración social que se la dispensaba, y jamás lenguas ni plumas la pusieron la menor tacha. De mí sé decir que, única mujer en el mundo cuya voz ha sido una caricia para mi oído y mi alma entera, la miraba como la propia encarnación de la prudencia; aunque de muy pocos años más que yo y de sobrada belleza para inspirar otra cosa que respeto juvenil, peligro que la inocencia suya y la mía, en tantos años de íntima parentela, salvaron como el pie inconsciente el encubierto abismo que ignora. Y lo que me dijo mi tía Sandalia, con el dejo tierno que empleaba conmigo, fue lo que sigue:

— Mira, Juanito, no vuelvas a hablar en sociedad como has hablado esta noche; no porque esté mal lo que has dicho, que tan bien está, que ni el Evangelio lo dice mejor ni el más grande predicador en su pulpito, sino porque hay que tratar siempre de adaptar la idea al auditorio, y la frivolidad corriente, la corrupción, si quieres, no responde a la nota sublime tuya y se escandaliza, ¡mira qué absurdo más grande!, de que un joven de tus prendas ensalce en un salón lo que no le parecería fuera de lugar, ni ridículo, ni digno de risa que ensalzara el cura en la iglesia. Resulta, pues, que todo es cuestión de oportunidad, y por no saber ser oportuno y conocer la casta de gente (muy honrada, sin embargo) a que te dirigías, has desafinado. Yo no sé si me entiendes, y hasta me cuesta explicar este galimatías: lo dicho está muy bien dicho, pero no has debido decirlo aquí ni en ninguna parte, porque al gusto social no sienta que tú lo digas; practícalo en buena hora, pero en silencio. ¿Comprendes?

Contesté que sí, y mi tía prosiguió:

— Ya se me alcanza a mí que tú a quien principalmente dirigías tu perorata era a Delfinita. Suspiras, y esto me confirma en mi creencia... Bueno, y que más te duele a ti de tu fiasco el silencio de ella que la burla general. Es que Delfinita es como todas las muchachas; y si no tocas más resorte que el de esta noche, y andas con delicadezas y tiesuras, te quedarás compuesto y sin novia. A las muchachas les gusta el amor alegre, risueño, saltarín y revoltoso. En vez de este alado juguete, tú la presentas un adusto viejo, rezongón y fastidioso, el deber. Cada cosa a su tiempo, hombre. ¿Sabes lo que me decía Candelita mientras tú hablabas? «Va a ser el marido más insufrible y pegajoso del mundo». Yo sé que no; pero, entretanto, lo pareces, y como no quiero que lo parezcas, porque te estimo mucho y estoy segura de que ya podrá considerarse feliz la mujer a quien llames tu esposa, deseo que te corrijas de estos accesos de lirismo que te ponen en ridículo; el hombre debe mostrarse otro que tú te muestras, y no andar con el corazón a las vueltas, que lo que se saca de llevarlo siempre en la mano es lastimarlo. Llévalo como la custodia en las procesiones, bien tapadito y no dejando ver de él más que lo que conviene que se vea: la muchedumbre es irreverente. Y si no, prueba al canto.

Aunque estaba el salón desierto, bajó la voz mi tía.

—Candela me ha preguntado si lo del chico era cierto; el chisme anda flotando de oído en oído, echado a volar por no sé quién, y como tú no te

ocultas y el hecho resulta cómico, que joven tan atildado y que dice cosas tan bonitas, heraldo de la moral, salga con trapicheos de los que el más corrido se guarece como de la peste. . .

— Usted sabe bien, Sandalita — interrumpí yo con angustia, — que no es cierto. . .

— Sí, sí — repuso ella vivamente; — pero, ¿cómo lo desmiento en forma que te salve a ti y quede limpia de mancha la memoria de tu hermana Laurentina? Laurentina era mi sobrina, y aunque la pobre no se guardó mucho de su honra, no está bien que por boca de una parienta cercana se publiquen sus milagros nada edificantes. Figúrate si yo me habré apresurado a decir a Candela que el chico no es tuyo; pero si no digo que es de Laurentina, y el decirlo me repugna, ¿cómo la explico esa tutoría tuya, ese cariño, esos cuidados, esas visitas de los domingos, ese apellido de Ríquez que el niño lleva y ese nombre de papá que te da? ¿Te atreverás a explicárselo tú? Porque, si bien no falta quien sepa la verdad, lo más general es la duda, y Candela es de las que dudan. Al demonio también se le ocurre cargar con el mochuelo en la forma que tú lo has hecho... No, yo no te censuro, pero hay diversos medios de cumplir con el deber... Hay asilos... El egoísmo bien entendido, no mal practicado, es ley de la vida. . .

— La señora Candela — respondí yo con firmeza — puede dudar todo lo que quiera. No tengo obligación de explicarla nada, puesto que con su hija nada me liga. Cuando llegue el caso, le diré la verdad, porque yo soy hombre de verdad, y si mi

buena acción es causa de que mi soñada boda se deshaga, me asistirá el amargo derecho de decir que una buena acción cuesta tanto o más que una mala, y que en esto, como en todo, de mi bondad procede mi desventura. De acuerdo con usted, Sazidalita, en cuanto al sermoneo anterior, voy a pedirle un favor señaladísimo...

— ¡Hombre!, ¿un favor? — dijo mi hermosa tía riendo.

— El que me permita usted presentarme ebrio en la tertulia y soltar todas las atrocidades que se me ocurran... para indemnizarme del fiasco de esta noche. ¿Qué apostamos a que lo desbanco a Maltancito y dejo flechado cierto corazón indiferente?

— ¡Anda, bromista! — exclamó mi tía empujándome cariñosamente; — ya sabes lo que te digo y por qué te lo digo. Tú me entiendes...

No parecí por el salón de Tejera lo menos en ocho días, que pasé más corrido que una mona. Viéndome tan desmejorado, la excelente Sara me ofrecía como la mejor receta el matrimonio, porque joven tan bueno, tan decente, tan... Y aquí la antipática retahila de cualidades, que me alteraba la paciencia hasta rechazarla con enfado.

— Mira, si quieres darme gusto, me llamas indecente, sinvergüenza...

Lo que escandalizaba grandemente a la mulata.

— ¡Usted, niño Juanito!, ¡un ángel propio para los altares!

¡Dale! Como aquella santa de la leyenda, que afeó su rostro con liquido corrosivo para que su belleza no fuera ocasión de pecado, hubiera deseado arrancarme de aquí dentro todo lo que daba que reír a los tertulianos de mi tía, a misia Candela y a Delfina, ¿Por qué no había de ser yo como los demás?

Y mientras tan tristes pensamientos me devoraban, el niño Arturo venía a reclinar su rubia cabecita sobre mi pecho, y yo jugando con sus rizos, olvidado de que él me robaba el amor de Delfina, decía a la nodriza:

— Pronto le pondremos en el colegio, Sara, en el mejor, en el más caro. Ya es grandecito y no conviene dejarle con ustedes. Hay que educarle, y educarle bien. Cómprale nuevo calzado, que éste lleva estropeadas las punteras. Y también un traje de más abrigo. No te fijas en el precio. Y no me le tengas con tanta disciplina; déjale correr y saltar...

— ¡Si ya se le deja! — contestaba la mulata; — es él que no gusta. Lo mismo que usted le ve aquí tan formalito, es en casa. Va saliendo a usted, que ni hijo que fuera.

— Pues no, no quiero que salga, ¡no faltaba más! ¡Si yo soy muy malo!, ¿no me conoces, Sara? Aguarda un poco, que el día que yo haga una maldad será sonada... ¿Verdad, monín, que tú serás tan

malo como tu tío? ¡Mira que si no eres malo no te quiero!

Acababa Sara por reírse y yo por entristecerme más cuando el niño se marchaba. Al fin, juntando fuerzas y todo el aplomo de que disponía, preparé el ánimo para ir a la tertulia, que ya mi tía me había mandado recado, y sin duda Delfina interpretaba mi ausencia como abandono del cerco y retirada vergonzosa. Volví, pues, una noche con mortales sudores, y juraría que hubo toses y siseos en la reunión, con otras demostraciones de burla reprimida, si no fuese que mi aprensivo espíritu se hallaba predispuesto a tomar el rábano por las hojas, y tal vez se aplicara lo que era simple travesura de las corrientes de aire y más obra de acatarrados que de graciosos. Afortunadamente, mi tía Sandalia vino en mi auxilio y el tío Gaspar me saludó desde su mesa de juego:

— ¡Felices, hombre!, ¿qué es de tu vida?, ¡perdido andas!

¡Perdido! Gracias a Dios que escuchaba un piropo, ¡Eso quisiera yo, serlo! La señora Candela espiaba mi aproximación sonriendo desde el globo de su miriñaque, que cubría todo el sofá. Me acerqué menos encogido de lo que podía creerse, y al inclinarme delante de su majestad de aceros y ballenas, me dijo con picante intención:

— ¿Enfermo, eh?, grave enfermedad que ha durado ocho días.

— Y tanto — la contesté afectando el aire de Maltancito cuando refería una proeza tabernaria; — a borrachera por día, total ocho borracheras, con su correspondiente escándalo en la vía pública y el desacato a la autoridad, para desengrasar. Luego, vengan naipes y vayan pérdidas... que no se pagan, por supuesto, y tal cual atentado contra la debilidad y la desgracia en centros sociales sujetos a reglamento. ¿Qué hacerle, señora Candelita?, así nos divertimos los jóvenes, y así nos estiman los demás y nos quieren ustedes.

El globo se estremeció todo, cual si fuera a remontarse, y el chorro de risa de misia Candela me dio en la cara.

— ¿Usted? — dijo agitando la complicada faldamenta en fuerza del mucho reír, — no me tiente las cosquillas, ¡qué ha de ser usted capaz, hombre! . . .

Cualquiera otra salida de misia Candela no me habría dolido ni humillado tanto como aquella. No me creía capaz de ser un calavera de alta escuela, ¡habráse visto mayor ofensa!

— Señora Candelita — protesté yo, — no me injurie usted, que a ello no da derecho nuestra buena amistad.

Y como, de pura engañifa, tomaba yo el acento trágico, ella repuso:

— Pues le creo a usted, le creeré, con la condición de que ha de referirme sus aventuras, sin omitir

detalle de cualquier color que sea. Yo no me asusto de nada, porque ya soy vieja.

No me cuidé de satisfacer su malsano deseo, y a pocos más dimes y diretes picarescos, la dejé para buscar a Delfina, que andaba pensativa y con anubarrado semblante de mal humor. No estaba Maltancito, sin duda retenido por ahí a causa de alguna de las hazañas que yo en broma me había atribuido, o de todas juntas, que para tan esforzado caballero no cabía el acometer una sola; pero no se me ocurrió qué entre la ausencia suya y el displicente empaque de Delfina existiera afinidad ninguna, mucho menos cuando se desvelaron las nieblas de su carita hechicera al acercarme yo y saludarla. Y como el amor propio tiene mayores tragaderas que la credulidad, siendo él las más de las veces quien nos engaña y desorienta, en seguida me calé que aquellas brumas y el salir del sol era yo quien lo provocaba, infatuándome tanto el descubrimiento, que acabé de perder la brújula y pude contar, si estuviera para ello, por seguro el naufragio.

Como si Delfina quisiera entontecerme del todo, se mostró más amable que nunca, y nuestra plática, bajo las cornucopias de lunas ennegrecidas por el tiempo, fue más íntima y en ella me ganó de mano en lo expresiva y en lo romántica, tocando muy discretamente los temas de mi predilección, así como al pasar y a fin de darme pretexto para que, en mi propio terreno, me despachara a placer, lo que yo hice sin mucho ruego y con largueza. Ni una sola vez mordió la borla de su abaniquito, señal peculiar de

indecisión o de aburrimiento, y todo era preguntarme, insistir, convenir, mover la cabecita: «Es cierto; yo también; ya lo creo...» con otras demostraciones de acuerdo y convicción sincera.

Digo *sincera* porque a mí me lo parecía. Tanto, que poco faltó para que cayera en el señuelo y la obsequiara con una declaración en toda regla. Pero no sé qué me contenía, si la timidez o un resto de desconfianza. De vez en cuando, sus miradas de investigación que me envolvían de arriba abajo, deteniéndose en la punta de mis pies bien calzados, o en mis manos, tan pequeñas y tan blancas como las suyas, me escamaban un tantico, sobre todo porque las comisuras de sus labios se alteraban con imperceptible fruncimiento, relámpago de sonrisa quizá burlona.

Sea lo que fuere, ella, se dio tan buena maña y de tal modo mi amor propio se dejó embaucar, que la conquista de la señorita de Daver no me ofreció ya duda ninguna, jurándome que en otra ocasión como aquella había de descoser mi discreción y azuzar mi prudencia. Lejos de causarme perjuicio en su espíritu el fracaso mío de la noche última, habíame engrandecido y embellecido más; ¿cómo pensar otra cosa sin ofenderla?

Yo estaba contentísimo. ¿Y qué decir cuando mi tía Sandalia se sentó al piano y ella me invitó a que bailáramos?, ¿qué decir de mi emoción, de mi orgullo, del temblor de mi mano al estrechar la suya y de mis reverencias ante su divina gracia, cual si la rindiese mi corazón y mi vida entera?

¡Oh, mentira!, tienes nombre de mujer, como dijo el otro refiriéndose a la virtud, si no me engaño. Cuando se despidieron, me ofrecí a acompañarles, como otras veces, y yo me puse a su vera, y escoltados por don Isaías y misia Candelita, fuimos parlotando de esto y de aquello, tan a conciencia los dos cual si tratáramos asuntos de mucha enjundia. Recuerdo que la di celos y la hice reproches, y ella se defendía con pucheritos, llamándome mal pensado, rencoroso y perverso. La luna, celestina de los enamorados, alumbraba nuestro camino, y ella, señalándola con el abanico, me decía bajito:

— Si ella hablara, ¡qué de secretos no contaría! Me descubriría, por ejemplo, adonde se irá usted luego que nos deje.

— ¿Adonde?, a casita, a juntarme con mi soledad y su recuerdo.

— No tan solo, no — murmuró intencionadamente.

Imaginé, de pronto, que Arturito se interponía entre ella y yo, y enmudecí como un culpable. En la faz de la luna imaginé también que se dibujaba la risueña mueca de Maltán de Pablos, aquella boca eternamente mofadora. Y ya hasta la puerta del Retiro, cuyo enorme llamador pintado de verde hizo repicar don Isaías, no me atreví a desplegar los labios sino para suspirar, mientras Delfina, contrariada, mordía la borlita. Abrieron: misia Candela me aconsejó que cuidara de mi salud y no me dejara arrastrar por los malos ejemplos; don Isaías me dio una manotada tremenda y Delfina unas buenas noches más desganas que regalo

de usurero; metiéronse dentro, diéronme con el portalón en las narices y yo me eché por esas calles, en que el eco de mis pasos ponía miedo, a discurrir sobre la frase de Delfina, volverla, exprimirla y sacar en substancia, después de mucho pasear y cavilar, espiado siempre por la pálida vecina, que, efectivamente, mi tía Sandalia tenía razón, que la adopción del niño de Laurentina me colocaba en la situación desagradable de viudo con hijos, y que sabiéndolo la familia de Daver, era probable que ni con todas las explicaciones del mundo, aun saliendo de la prueba limpio yo del pecado que, por maldad de Salustiano Pozuelo, gratuitamente se me atribuía, no se mostraran propicios a mis intenciones, las cuales no contrariaban desde luego, porque yo no había pasado todavía de los límites de la amabilidad.

Disipada con el fresco y la reflexión la embriaguez de amor propio que la coquetería de Delfina me hizo subir a la cabeza, abarqué, tan claro como el camino que seguía, la extensión toda de mi infelicidad, afligiéndome sobre manera que de ella fuera causa mi buen proceder, del que no me arrepentía, sin embargo, trajérame o no el desvío que temía. Ni aquella noche, ni después, ni nunca, me he arrepentido de ello, y puesto cien veces a hacerlo, cien veces volvería a hacerlo, porque del egoísmo no conozco yo sino el nombre.

Afligido, pues, pero resignado, acaso con la esperanza de que la nobleza de Delfina triunfara del obstáculo, luego que por mi boca se supiera la triste verdad, me pareció que debía dar por terminada aquella caminata a horas para mí intempestivas y

me dirigí hacia mi casa. Y todo fue cambiar de dirección y cambiar de pensamientos (que el del enamorado se remonta y se arrastra, alternando entre la desesperación y la esperanza) y soñar que iba a mi vera, como antes, Delfina la hermosa, y que ambos, escoltados por el taconeo de los papas, parlotéábamos de cosas muy gratas y sabrosísimas. Como antes les había acompañado a ellos, hasta mi puerta vinieron conmigo y en ella se despidieron, subiendo yo mi escalera más satisfecho que pudiera creerse y embriagado de nuevo. Entonces vivía yo absolutamente solo. Comiendo siempre fuera, no necesitaba de criado estable. *Bullebulle* iba todas las mañanas para aviar (y romper algo, de paso), recibía los recados y antes del almuerzo se marchaba depositando el llavín en mis manos. Estaba, pues, todo a oscuras cuando entré, y hube de encender mi pajuela y luego el quinqué por mí mismo... Como dos sombras inmóviles, que guardaran la entrada, el silencio y la soledad me recibían siempre, brindándome un asiento donde refugiarme, y me quedaba absorto en la tristeza de mis cavilaciones. Aquella noche las aparté con el ruido de mi alegría, las empujé hacia el balcón, que abrí para que la luna entrara y con ella Delfina, envuelta en el cendal de sus rayos de plata...

No había ya duda. Delfina me quería. ¿Fue el viento o qué? En el fondo de la habitación desierta escuché un rumor, un eco, un suspiro que distintamente formuló este reclamo:

— ¡Papá!

IV

Ocurriósele, de allí a poco, a mi tía Sandalia organizar una cabalgata por el estilo de las famosas de mi tía Transitito, con el sabroso aditamento de una merienda en el campo y al aire libre; y como era tiempo de primavera (allá por noviembre) y la gente moza no necesita de acicates para el placer, todo fue proponerlo ella y aceptar la invitación la tertulia entera, incluso los viejos, con la sola excepción de mi tío, que no podía menearse, pues las señoras mayores, si bien renunciaron a los peligros de la equitación, no se resignaron a privarse de las delicias de un buen yantar y decidieron embutirse en dos volantas y adelantarse a esperarnos en el punto de cita, que era la quinta de Solanos, camino de los Olivos.

Antes de rayar el alba del día prefijado salió la impedimenta de nuestro ejército, compuesta de las dos volantas y un carro con las vituallas y la servidumbre, y a poco más nuestro bizarro y alegre escuadrón a tendido galope por aquellas calles fangosas y al trote largo bajo los sauces del río, mientras el sol asomaba sobre el cristal de las aguas para mirar el lucido tropel de caballeros y amazonas que así turbaban la paz aldeana de la futura gran ciudad. Iban delante mi tía Sandalia sobre un caballito bayo, recuerdo que era una pólvora, y con ella Arminda Solanos, divina, manejando el suyo con una destreza que a no pocos jinetes hacía falta; Justita González, que parecía la propia Diana

cazadora, llevaba a Esquendo a la zaga, y Matilde Prisco, de basquina clara y sombrero de paja, lo menos media docena de abejones al retortero. Delfina marchaba en medio de un grupo del que Maltancito era el jefe... Entre los rezagados figuraban misia Candela, la niña Paula, con su gravedad de monjita que presiente su destino, y yo.

Yo, por la causa que voy a explicar, y es que aquella mañana no merecí de Delfina ni el vulgar saludo que marcan los códigos de la cortesía. Tiesa y adusta conmigo, ni me miró siquiera, sin duda para excusar todo pretexto de palique; y esto que podía tomarse por una de las más extrañas fases de la coquetería, que aguzando la crueldad aumenta el dolor y en ello se complace sanguinaria, se agravaba en tercio y quinto por el empaque de misia Candela y la grosera actitud de aquel zoquete de don Isaías, que se hizo también el ciego, pero con tan poco disimulo que estaba pidiendo una explicación perentoria. Adopté mi sistema favorito, que era el de atufarme: puse una cara de dos varas, me tragué la lengua y dejé que el caballo me llevara sin importármeme adonde ni por dónde, así fuera a los mismos infiernos; con el angustioso reconcomio de aquel cambiazo tan evidente de toda la familia, no estaba yo para apreciar más detalles que los que con mi pena teman alguna afinidad, y guiado por los flotantes tules de la señorita de Daver, no apartaba de ellos los húmedos y entristecidos ojos.

Que no me pregunten a mí cosa alguna de aquella condenada fiesta, porque no sabré responder. Si la saco a colación es porque ella determinó el

derrumbe completo de mi castillo de naipes. Aun mirándola desde aquí, la alegría y la algazara me suena en los oídos como toque fúnebre; sombras me parecen todos, y el bonito camino de la costa horrible calvario sin fin. ¿Acabó el sol de salir de sus reales aposentos, o se nubló de disgusto al ver mi dolor? ¿Corría la brisa con nosotros, o se agazapaba en la orilla junto a las *toscas*? No sé. Oí decir que hacía fresco y que el cielo estaba entoldado; pero más entoldado estaba yo y nada fresco, sino tan quemado que me abrasaba, por lo cual no me daba cuenta de otra procesión que la que me andaba dentro.

Iba también con nosotros (no hay para qué olvidarlo) el ministro inglés, un señor muy coloradote y bonachón, que se despepitaba por las muchachas bonitas, y galopito va, galopito viene, de Arminda a Delfina y de Delfina a Justa González, no paraba en sus enrevesados chicoleos y extravagantes muestras de admiración; al cual diplomático don Isaías empeñábase en convencer que la marcha política del país era pésima, que él «veía muy lejos» y que «la situación gravísima...», etc., con las demás insulseces de su repertorio de ignorantón presuntuoso, que oía de mala gana el inglés: huía éste de tamaña matraca; pero como las muchachas le aventaban en seguida, venía a caer sobre misia Candela o sobre mí, que deseos no me faltaban de hacer lo que ellas.

Y retengo este detalle del ministro andariego y empalagoso, galopito va, galopito viene, porque con esto de que el buen señor se me ponía delante o al costado cuando menos lo pensaba, quitábame

la vista de aquellos flotantes tules de mis pecados, y metiendo su abernjenada nariz donde nadie le llamaba, me estorbaba el que yo atara los cabos de mis cavilaciones, deducciones, sospechas, celos y demás notas de la grillera mía.

Misia Candela, cuyas redondeces desbordaban de la silla, enteramente poseída de la vanidosa idea de su gallardía, procuraba atraer al señor ministro para mostrarse escoltada de tan ilustre caballero y dar suelta a la espita de su ingenio; perseguíale don Isaías asimismo para probarle, con antipatriótica pesadez, que el país estaba perdido, y galopito va, galopito viene, el hombre rojo quebraba a lo mejor el hilo de mis pensamientos...

— La madre escurre la vista (pensaba yo, trota que trota) y hace tanto caso de mí como de un perro callejero que siguiera la comitiva al olor del festín; el padre se desentiende con tanta franqueza, que a poco que me descuidase apelaba a sus despachaderas y tenía que quedarme en el camino; ella. . . creo que no se ha enterado todavía si vengo o no vengo. La acompaña Maltancito, la entretiene Maltancito, la preocupa Maltancito. Maltancito aquí, Maltancito allí. ¡Ay, don Perfecto infeliz! ¿No has caído todavía en que Maltancito es el preferido? ¿Ahora echas de ver su rivalidad?, ¿y la fuerza de su insignificancia?, ¿y el peligro de su bajeza? ¿Qué armas tienes tú para luchar con semejante adversario? ¿Vale la decencia contra la ruindad?, ¿la moral contra el vicio?, ¿la lealtad contra la traición? ¿Puede más el bueno que el perverso?, ¿el discreto que el necio?, ¿el prudente que el audaz?... ¡Mira

cómo le aplauden los mismos que a ti te silban, y cómo se vuelve ella, orgullosa de que se le celebre! ¡Ay, don Perfecto infeliz!, convéncete de que eres muy soso: te falta el picante que sobra a Maltancito, y por eso entre tú y Maltancito, entre las perfecciones tuyas y las picardías de él, el vencedor en el mundo social será siempre Maltancito, y tú el derrotado y el burlado... Para que pudiera yo enhebrar estas reflexiones en aquel infernal camino, hube menester de no sé cuánto tiempo, y no sé cuántas veces la inquieta Excelencia me desbarató la siguiente combinación imaginativa: que el padre, la madre y la hija habíanse puesto de acuerdo para impedir que siguiera adelante en mis pretensiones y me daban el portazo del desahucio con brusquedad y firmeza, a fin de que no volviera por otro; fuese la causa lo del niño, la voluntad paterna o el capricho de la muchacha, el hecho era evidente, y con el convencimiento de mi desdicha, con la idea de aquel hogar que deseaba formar santamente y veía eternamente vacío, de saberme así repudiado de la masa social y condenado a la proscripción y al aislamiento, ser extraño que molesta a los demás y que todos acosan y persiguen, culpable de mis buenos sentimientos, se me alargó la cara dos varas hasta mover a mi prima Paulita a preguntarme:

— ¿Qué tienes, Juan de Dios? ¡Estás triste! ¿Será que no te gusta el paseo? A mí tampoco. Hubiera preferido quedarme en casa.

Yo también, pero ya no había remedio. Y trota que trota iba yo en el brillante escuadrón como el Cid muerto atado a su caballo, que para lo que

yo sentía era como si muerto estuviera. Corríamos y corríamos y nunca llegábamos, o no parábamos nunca; en torno mío estallaban los latigazos y las carcajadas; desfilaban a ambos lados los árboles y las casucas; el río se escondía, se quedaba rezagado y murmurando nos salía al encuentro; el sol... creo que no se mostró en todo el día e hizo bien. ¡Para lo que había que ver! Yo, al cabo, quité los ofendidos ojos de los flotantes tules en cuyos pliegues aparecía enredado el negro bicharraco de Maltán, y los clavé en la cerviz humillada de mi rocín, que, sin que sea disfavor para la cuadra de Tejera, no otro nombre merecía el mío y la mayoría de los que nos conducían, de tan fea estampa y tan salpicados de barro como el picazo de mi padre.

Creo que no sucedió nada de particular en el largo trayecto, y allí al filo de las mil y quinientas llegamos a la quinta de Solanos, muy molidos y hambrientos todos, menos yo en lo que toca al hambre, que bien harto estaba de amargura y de pesar. En el cerco de madreselvas y rosas perpetuas nos recibió un perro ladrando, y conforme atropelladamente pasamos la tranquera y enfilamos la calleja de boj, el grupo de mamás que salió de uno de los corredores y en sendas mecedoras esperaba impaciente nuestra llegada.

En el apearse, charlar, entrar en la casa (bastante mala) y pasarse quién el cepillo, quién el peine, perdimos mucho tiempo. Sólo una vez, entre el ir y venir, la casualidad me puso frente a Delfina, tan inopinadamente que no hubo medio de evitarlo;

yo me turbé, ella no. Con serenidad rayana en el descaro, dio una gran voz:

— ¿Usted aquí, Ríquez? ¡No le había visto! ¿Qué tal?

Y escapó hacia el jardín, diciendo que iba a coger fresas y añadiendo aquello de: «el que me quiera, que me siga», en francés para mayor coquetería. Yo no la seguí. Maltán y dos más aceptaron el reto, y todos desaparecieron en la arboleda.

Yo me encaminé a la glorieta, donde preparaban la mesa del almuerzo, y era un altozano encantador que dominaba el río. Mi tía Sandalia y la vieja dueña de la finca, tía de Arminda, con una legión de criados negros de todos matices, desde el ébano de África al pardo cuarterón y desde el chino pampeano al mulato mestizo, distribuían platos y cubiertos, vasos y botellas; retiraban de las cestas los pavos y jamones, los dulces y las compotas. Como reguero de hormigas, la negra servidumbre iba de la glorieta a la cocina y de la cocina a la glorieta con fuentes, con frutas y toda clase de apetitosos comestibles, y los que llevaban las manos vacías eran portadores de una orden urgentísima. Tan pronto como entré, vino a mí la tía y me cuchicheó:

— ¿Dónde quieres que te coloque?, ya lo sé, no me lo digas.

Riendo bondadosamente, me mostró un cartón con mi nombre escrito, que puso junto a otro

que decía *Delfina*, y entretanto me miraba gozosa, satisfecha de su travesura.

¡Pobre tía Sandalia! ¡Dios le haya premiado su excelente intención! A mí no me importaba ya que me colocaran donde quisieran, pero no lo dije y la di las gracias tibiamente. Salí y fui a sentarme lejos, en sitio solitario, cara al río infinito. Contemplándole, creo que lloré...

Al menos el ruido de los comensales que llegaban a la glorieta me sorprendió con humedad en los ojos, que me apresuré a borrar; y de un brinco me levanté, subiendo de prisa la cuesta para que mi ausencia no se tomara por motivo de broma. No bien entré, busqué mi asiento y no le hallé donde mi tía le dejó designado: *Delfina*, de pie delante de su cubierto, ostentaba a su derecha a *Maltancito* y a su izquierda otro acólito de su corte, y seguía de soslayo mi pesquisa alrededor de la mesa con burlona gravedad que sus cómplices imitaban de la peor manera del mundo. Comprendí la maniobra y disimulé como pude, más irritado de que me creyera autor del proyecto de aproximación, que del desaire que me hacía. Al cabo de tres vueltas di con mi asiento, que estaba en el extremo más incómodo, al lado de *Paulita*. Nos sentamos, y a nuestra espalda y sobre nuestras cabezas empezó a agitarse el negro escuadrón de servicio. . .

De nada de lo que pasó en el almuerzo quisiera acordarme. Pero ¿cómo olvidar el cuadro que durante dos horas largas tuve en las propias narices y se me metió en los ojos y luego en la memoria,

de tal modo impreso, que las tres figuras principales aparecen fotografiadas, vivas más bien, Delfina entre Maltán y el compañero, escandalosamente alegres, inquietos, zumbones e inaguantables? Ya de un lado, ya del otro, oscuras zarpas se deslizaban sobre el mantel ofreciéndome los más celebrados condumios de la cocina criolla, y al balanceo negativo de mi cabeza desaparecían y se presentaban platos y más platos, quita y pon interesante al que no atendía, porque mi ser entero suspenso estaba de lo que ocurría al otro extremo... Cuchicheos de Maltán, risitas de Delfina, cortesías recíprocas, intercambio de ramilletes, manos encontradizas, ojos denunciadores. Mi tía Sandalia, desde lejos, me hacía señas interrogativas y yo me encogía confuso, como si nada tuviera que ver con aquello. A lo mejor, rompió a contar Maltancito su aventura picaresca del día anterior, y la mesa se alborotó, se retorció de risa, aplaudió con furia. ¡Vaya!, ¡no era para menos! Se trataba de un baile de candil, cuya entrada forzaron él y su hueste, apaleando a los hombres, besando a las chicas, rompiendo los muebles y por remate echando al pozo el piano de manubrio, los abrigos y los sombreros de todo Cristo. ¡Qué gracia!, ¡qué listeza! ¡El demontre de Maltancito! El entusiasmo inflamó al mismo ministro, a quien el vino y misia Candela tenían mareado, y pidió que le tradujeran aquel trozo de literatura criolla en que la chispa y la educación indígenas se mostraban en todo su esplendor.

Don Isaías, que presumía de políglota, lo tradujo a su manera, y el britano casi se ahogó; se puso

de pie, levantó su copa y brindó por los muchachos alegres y las niñas ponitas. ¡Qué triunfo más colosal el de Maltancito! Estuvo interrumpido el servicio y quietas las manos negras hasta que cada comensal hubo reído bien y saboreado la gracia del insuperable bufoncillo.

Yo no apartaba la vista de Delfina. La satisfacción, el gozo franco, el orgullo que la noche de mi derrota busqué inútilmente, salían ahora a su rostro como los carmíneos arreboles que produce la emoción. No, no me quedaba duda ninguna. Aberración, capricho, locura, Delfina amaba a aquel ente que tan despreciable y ridículo me parecía. Una vez más la lógica femenina volvía por su crédito.

Acabó el almuerzo muy entrada la tarde, y como la alegría andaba suelta, se buscaron dos guitarras, que no faltó quien las pulsara a maravilla, y en la explanada que delante de la glorieta tendía su alfombra de grama aterciopelada, Delfina y Arminda bailaron *gatos*, *cielitos* y *pericones*, con muchísimo salero, y cantó *tristes* Maltán, muy aplaudidos, que yo, por no oírlos y por no ver al ministro ensayar un paso con misia Candela, me fui donde primero, contemplando el río, me enternecí al punto de llorar la traición que sospechaba, esta vez con Paulita, que ella y yo éramos las dos únicas personas formales de la reunión.

¡Cuántas veces, en el locutorio de las Catalinas, hemos recordado con mi prima monja aquel apartamiento nuestro y sus consejos infantiles al son

de las guitarras lejanas y del más grato del agua que nos lamía casi los pies!

— ¿Sabes lo que yo pienso, Juanito de Dios?, que debes hacerte cura, como yo me voy a hacer monja, cuando sea grande. Eres demasiado serio para otra cosa. A ti te sienta más la sotana que una guitarra, por ejemplo, y decir misa que contar los chistes de Maltancito.

¡Ay!, ella tenía la santa vocación y yo no. Desgraciadamente, no.

Que lo diga sor Angélica, a quien he llegado a consultar acerca de esto, con sincera franqueza. Ella está de acuerdo con cuanto aquí confieso. Me faltaba, lo repito, la esencia divina, y sin el *quid* que pone alas al miserable cuerpo de arcilla, no habría pasado de un patán de misa y olla, a pescozones con los hábitos y sus votos.

Estábamos, creo, en que me fui con Paulita a orillas del río. Allí me acometió el impulso suicida de siempre; mas no me zambullí, por supuesto, primero porque fuera dar gusto a la traidora y a su payaso, luego porque habría asustado a la niña y dado fin deplorable a la fiesta. Me contenté con suspirar y mirar el agua, tan negra como el cielo y como el humor mío. Todo era negro aquel día, y como en la mesa del almuerzo, me parecía que negras zarpas me rodeaban, de ocultos enemigos, amenazadoras. Charla que charla la niña, y yo suspira que suspira, allí quedamos como dos bobos qué sé yo cuánto tiempo, seguros de que nadie nos había de echar

de menos; la zambra de guitarras continuaba y la chillona voz de Maltán, los palmoteos y las risas.

Vimos, en esto, que bajo los árboles venían departiendo mi tía Sandalia y misia Candela, y al punto adiviné yo de qué hablaban y por qué se mostraba sofocada mi tía y contrariadísima la de Daver: sin duda ninguna trataban de mi asunto, de los desaires que se me habían hecho, a mi, que al fin y al cabo era también un Tejera ; y queriendo dejar campo libre a mi tía para que depurase hechos y formalizara responsabilidades, aunque nada positivo esperaba en mi favor ni resuelto estuviera a admitirlo después de lo descubierto, cogí a Paulita de la mano, y por el lado opuesto a la dirección que las dos damas traían, trepamos ligeramente y fuimos a dar un vistazo a nuestros caballos, que poco debía faltar para el regreso.

En efecto, hacia las caballerizas comenzaron a afluir los excursionistas en alegres bandadas, y junto a mí pasó Delfina con Maltán, sin que yo la mirara, ni ella tampoco. Luego los papás Daver, y Arminda y Justa y mi tía Sandalia y el ministro y todos los demás... Las que ocupaban las volantas, y con ellas Paulita, muy cansada para volver cabalgando, marcharon primero ; detrás nosotros en el mismo orden que a la venida, con la diferencia que, tan pronto como salimos de la quinta, mi tía Sandalia quedó rezagada a posta y se puso a la cola de la comitiva, junto a mí.

Comprendí que mi tía Sandalia quería hablarme, y cedí a su deseo aproximando mi caballo al suyo. Y

galopando ambos, he aquí lo que hablamos aquella triste tarde de primavera:

— ¿Qué ha sucedido, Juanito?, explícame, que bueno es oír a las dos partes.

— Por la mía nada, Sandalita; no sé más que lo que usted habrá visto.

— ¿No has insistido en tus teorías estrechas? ¿No te has mostrado más intransigente, más puritano?...

— No sé... De todos modos, yo no puedo hacerme de otra manera.

— Pues Candelita no me da más explicaciones que tú. Porque la conducta de Delfina me ha extrañado tanto, que, por el cariño que te tengo y el pesar del berrinche que debías estar sufriendo, me creí en el caso de interrogar a Candela... No sabe nada. Ni siquiera se ha enterado de tu afición por Delfina, a la cual, salvo los respetos de nuestra cordial amistad, se hubiera opuesto a su tiempo, porque francamente, ni tu carácter le agrada, ni lo del niño le parece muy claro...

— ¿Y qué mejor explicación desea usted, Sandalita? — dije yo, que no sé cómo aquel golpe de maza no me derribó del caballo; — ahí está todo explicado, que no hace falta echarle agua.

— Me espanta tu frescura — exclamó mi tía dando con el látigo al bayo y descargando así su enfado; — ¿entonces no quieres a Delfina?

— Oiga usted, Sandalita: si el amor es ceguera, vértigo, locura, no, porque yo sigo siendo dueño de mí mismo, razono y conservo los ojos libres de todo estorbo; ni Delfina, ni cien Delfinas me harían hacer lo que mi conciencia rechazara... Si es dulce afecto, ansia de reciprocidad, anhelo de dichas comunes, abnegación, sacrificio, sí... Es decir, la he querido hasta hoy ; desde hoy Delfina ha dejado de existir para mí, ¡mi soñada Delfina ha muerto!

— ¡Amor que reflexiona no es amor! — dijo sentenciosamente mi tía; — con ese sistema polar de que te vales, poco vas a enamorar. No extraño que te hayan birlado la novia.

Yo callé y mi tía prosiguió:

— Porque, a la verdad, me vas resultando más difícil de colocar que un trasto viejo. Eres una alhaja tan costosa que no hay quien la compre. Delfina es rica, sin embargo...

— Nunca lo he reparado — interpose yo sinceramente; — fuera pobre y lo mismo me pareciera.

— ¡Candidez, bobería! ¡No acabaré nunca de criarte! Pues hay que reparar en esas menudencias, sí, señor. Tú tienes una buena posición que, con el tiempo y la buena administración tuya, mejorará; casado con Delfina, ¡figúrate!, por eso me metí a casamentera, he tratado de allanarte el camino... Pero tú, empeñado en idealizarte, has acabado por asustar a mis amigas, que desean, como todas, un joven corriente, humano, *humano*, atiende

bien, comprensible, accesible. Te has presentado a Delfina envuelto en una capa de nubes, ser extraño que no toca el suelo con los pies, y la muchacha, sorprendida de tal fantasma, huyó de ti. Naturalmente, un joven que recoge niños huérfanos y predica sermones morales, ¡hombre, por Dios!, convéncete que esto no pega en sociedad ni con cola; convéncete que siempre harás el ridículo y darás tumbos tan graves como éste de que te haya deshancado Maltancito, si no cambias, si no te muestras peor de lo que eres. Vamos — añadió mi tía sonriendo a pesar de su contrariedad, — ensaya, ¿por qué no ensayas? Tu broma del otro día me parece bien: te autorizo a que la pongas en práctica, ¿no? ¿Se te hace demasiado fuerte?, es cierto que no todos beben... Bueno, pero no necesito insistir para que me comprendas: si te mostraras de otro modo, bajo otro aspecto más *social* diré, aún podríamos desquitarnos del contratiempo de hoy, que no es definitivo; con la sola verdad se desarma a Candelita, y en cuanto a Delfina, cuyas coqueterías con Maltán considero pasajeras y de puro capricho, te encargarías tú de reconquistarla descendiendo de tu nube, nada más, que gallardo mozo eres y eso no hay quien te lo quite.

— No, Sandalita — respondí tranquilamente, — ni usted ha de intentarlo, ni yo tampoco. Delfina no me interesa ya. Es figura de barro que, al caer de mi corazón, se ha roto en pedazos. Allá va, a la carrera, loca, inconsciente del mal que ha hecho, gozosa quizá de haberlo hecho. Dejémosla. Esa no es la Delfina que yo soñé, la esposa y la madre que

yo esperaba. Créame usted, Sandalita: cuando para Maltán estaba, por algo será.

— Hijo, eres el hombre más raro del mundo.

Y dio al bayo un par de latigazos y se adelantó contrariada, poniéndose a la cabeza de la columna como un relámpago. Yo seguí cabizbajo, y ya no levanté cabeza hasta que la noche nos cayó encima y entramos en la ciudad desbandados, fatigadísimos los más, contentos todos, y yo, el único, triste por haber perdido mis ilusiones en el camino...

Así acabó aquella fiesta memorable. Después de porrazo tan doloroso, no habían de sobrar ganas para presentarme en la tertulia y hasta sentí pruritos rebeldes que mi tía condenó vivamente, echándome en cara mi falta de mundo:

— Al contrario, tonto, inocentón: mayor asiduidad ahora que antes y más amable con ellas y con todos. Si te atufas, es darte por aludido. ¡Que vengas, Juanito; que si no vienes, te pego!

Fui, mas no para sentarme bajo las cornucopias con Delfina, ni ofrecer ocasión a misia Candela para sus tiradas burlesco-sentimentales y a don Isaías para que me comunicara cuántos sacos de café brasileño había introducido, sino... Realmente, no sé ya a lo que iba a la tertulia de Tejera. Aunque me esforzara en disimularlo, mi humor fúnebre me salía fuera, y ni hablaba, ni bailaba, ni hacía, más que estorbar y descomponer el alegre cuadro. Luego de saludar a Delfina, tocándola apenas la punta de los dedos, y de inclinarme ante el miriñaque

de misia Candela, cambiaba con mi tía Sandalia breves palabras sobre la salud recíproca, el tiempo, algún suceso de familia u otro asunto tan vago como éstos, y me sentaba a ver jugar al tresillo o a mirar las hojas de un álbum. ¡Qué horas pasó así, qué noches, mientras espiaba los movimientos de Maltán y Delfina, y traducía sus frases mudas y cazaba al vuelo sus miraditas!

Algo debía de molestar a la pérfida mi conducta, puesto que muchas veces sorprendí que me seguían aquellos sus ojos pardos, tan inmensos como dos abismos. Sin duda, en su perversidad de coqueta, hubiera deseado ver la herida abierta, apreciar su extensión y su gravedad, ensancharla más, si cabe, con sus deditos de niña inocente y teñirlos de sangre tibia, pequeña hiena de salón. El que yo no se la mostrara, el que la ocultara dignamente, como si no la tuviera o no la sintiera, picaba su amor propio, que parecía ofender mi desdén.

— ¡Cómo! ¡Le he herido y no se queja! ¡Le he tirado a matar y aun vive! ¡Le pruebo que quiero a otro y tan tranquilo!

Y su venganza era atraer a Maltancito, retenerle, marearle y mostrarse con él tan expresiva que el mico aquel se ponía insoportable.

Una de mis virtudes (ya se sabe que, desgraciadamente, poseo variada colección de ellas) es la resignación, y palo que me ha dado la suerte, si me ha dolido, como a todo mortal, he tenido bastante voluntad para aguantarlo y sobrada prudencia para no volver por otro. Convencido de que el amor

de Delfina, por fas o por nefas, que las causas importaban poco, estaba verde para mí, me cuidé bien de rechistar ya y sólo atendí a curarme del golpetazo, cuanto más lejos de ella mejor, de modo que sus cucamonas intencionadas a Maltancito, si irritaban mis celos, lo confieso, nada influían en la modificación de mi actitud severa y digna.

Pero, sea que ésta molestara más de lo regular a la caprichosa señorita de Daver, arrastrándola hasta incitar contra mí al animalejo que domesticaba, o que el propio Maltán, de sus conversaciones y confidencias dedujera que yo tuve o hube de haber tenido mis más y mis menos con la que ya pasaba, a los ojos de propios y extraños, por prometida suya, es lo cierto que empezó a ponérmelos muy malos y a provocarme como los colegiales pendencieros, que mojan la oreja a guisa de desafío. Francamente, yo no sentía nada contra Maltán: el que no me fuera simpático no excluía que le tratara con la cortesía que en mí ha sido siempre una segunda naturaleza, y en cuanto a su flamante rivalidad no la tomaba siquiera a mala parte, porque creía, y sigo creyéndolo, que, además de que no era amigo que obligado estuviera a andar con repulgos, el hombre que conquista no tiene culpa, sino la mujer que conquistar se deja. Nunca me han convencido las señoritas engañadas.

Me contrarió, pues, la ventolera bélica de Maltán y me propuse no darme por entendido hasta donde consintiera la dignidad. Otra de mis virtudes (habrá que sacarlas todas a orear) es la paciencia, y a ella debo haber vencido todas las adversidades, que

me tumbaran como débil caña, si ella no me diese fortaleza para resistirlas.

Pero se necesitaba tener la de un santo, y de palo, para aguantar los choques continuos con aquel títere, que se me enredaba en las piernas apenas entraba yo en el salón. Ya se hacía el miope, y para reconocermelo se estiraba sobre la punta de los pies y acercaba a la mía su cara arrugadita y peluda, tanto que, como olía mal, tenía que apartarle; ya me seguía con piruetas de danzarín o me dirigía alusiones en sus farsas y juegos o me retaba a duelo mortal con dos arcos de violín. Llegó a anunciar muy formalmente que componía una escena cómica, en verso libre, con el título de *Tajos y trabajos de don Perfecto*, la cual tendría el honor de representar ante el respetable público de la tertulia en fecha que se anunciaría por carteles.

Pensaba, sin duda, Maltancito que la bondad es debilidad o afeminación del espíritu y la prudencia cobardía, porque el que yo me cuidara poco de sus payasadas le envalentonaba más, y más le avivaba el deseo de molestarme y divertirse a mi costa. En vano mi tía Sandalia y hasta el pacato de mi tío Gaspar y don Isaías y misa Candela, unos amistosamente y otros con cruda energía, intervinieron para poner término a bromitas tan pesadas y dudosas de gusto; pero el gracioso no cejaba y cada noche sacaba una nueva, ¿qué digo una?, cien y cientos de ellas, como las cintas del sombrero cuando ejecutaba la suerte del prestidigitador. La que no intervino fue Delfina: al contrario, se reía con gana, puesto el abaniquito

delante de los dientes blanquísimos, que ya no mordían la borla como antes, cuando la solicitaba el amor puro y leal.

En suma, que subieron las cosas de punto, y acabada mi paciencia y temeroso de perder la calma donde más me obligaba a guardarla la urbanidad, me pareció que lo mejor era no volver a la tertulia y me retiré en silencio, explicando a mi tía únicamente el por qué me retiraba y no volvería. Maltán, que advirtió lo que él calificaba de fuga, me escribió entonces una estrafalaria carta, encabezada con dos fémures cruzados y firmada por *Maltán de Pablos, el verdugo*, en que me anunciaba que tal noche (no recuerdo la fecha) representaría en el salón de Tejera los *Tajos y trabajos de don Perfecto*, a cuyo acto me convidaba, habiéndose dispuesto un sillón especial para que cómodamente asistiera yo al *titeo* que él, Maltán de Pablos, organizaba en mi obsequio.

Por supuesto, resolví asistir, sin vacilar. El mismo día de la función, llamémosla así, vino a verme el cuñado Esquendo con un recado de mi tía Sandalia, que me rogaba no fuera esa noche porque, aunque le tenía prohibido a Maltán llevar adelante la farsa, si me veía en la tertulia podría achacarlo a reto de mi parte y realizar su mala idea, dando con ello lugar a disgustos y sabe Dios a qué otros extremos también, que había que evitar por mi buen nombre y la seriedad de su casa. Contesté al mensajero que sentía mucho desobedecer a la tía; pero que, invitado por el mismo Maltán, no sería ni cortés ni caballeresco faltar a la cita; que, por lo tanto, iría, sucediera lo que sucediera, con la protesta de que

no me alcanzaba responsabilidad alguna en justicia desde que era yo el provocado.

Y a la hora de costumbre, las ocho largas, me presenté tranquilamente en el salón. Convidado de piedra, mi presencia produjo emoción general: unos se volvieron, otros cuchichearon; el grupito de Maltán, con Sangil a la cabeza, se apiñó en conciliábulo; el miriñaque de misia Candela se estremeció como si una ráfaga de aire le balanceara; Delfina encubrió la cara con el abaniquito, lo mismo que Justa y Arminda, y renqueando hacia mí se adelantó mi tío Gaspar y vino mi tía Sandalia a regañarme vivamente, mientras el ministro inglés, más rojo que nunca, rogaba a don Isaías le tradujera el motivo de tal movimiento.

Yo resistí el choque de todas las miradas valientemente y la cariñosa acometida de mis tíos con entereza. Las razones que aduje, en voz baja, les convencieron, y aunque muy escamada mi tía Sandalia, me suplicó que si el chiflado de Maltancito se desmandaba no le hiciera mayor caso, que el desprecio es el pie que aplasta estas sabandijas sociales. Prometí lo que me pidió y me senté cerca de la mesa de juego.

Maltán no estaba. Apareció al poco rato, y su presencia, como la mía, sublevó todo el salón. En la puerta le recibió Sangil y los dos discutieron porfiadamente: vi que Sangil le cogía por los hombros y le instaba a que se fuera, sin duda cumpliendo órdenes de mi tía Sandalia; pero, lejos de marcharse, Maltán, en quien se posaba mi mirar

tranquilo frío, avanzó con alardes de comiquería ridícula y rodeó la sala haciendo saludos de corte, sin excluirme a mí, y deteniéndose ante Delfina.

Poco a poco las conversaciones renacían, se distraía la atención, y en el dúo aquel, que era espectáculo cotidiano, nadie paraba mientes. Quizás Maltán, defiriendo a ruegos y consejos, había desistido y se mostraba sensato una vez siquiera. Mi tía Sandalia, dando por ganada la batalla, se sentó al piano y mandó amablemente que se formaran las parejas para el baile.

Pero no hubo pareja que se formara. Maltán se había puesto en medio del salón, y los *chist* de silencio rompieron el compás de mi tía, que se volvió y amenazó al actor con echarle con cajas destempladas si persistía en representar el paso anunciado.

— Maltán, ¡he dicho que no quiero!, ¡no sea usted terco!, ¡no me obligue usted a enfadarme de veras!

— Déjele usted, Sandalita — intervine yo desde mi asiento; — trabaja el señor Maltán de Pablos tan primorosamente, que sería lástima nos privara usted del placer de aplaudirle.

Mi tía se calló. Todos, más o menos emocionados, rodearon a Maltán, y éste dio principio a su papel.

No tenía nada en las manos, ni se advertía debajo de su frac bulto alguno, ni cerca de él había auxiliar ni aparato de ninguna clase. Comenzó por doblar el borde de sus mangas, correr hacia el codo los

puños de la camisa, extender los brazos en cruz y mostrar las palmas desnudas de las manos; luego cerró violentamente la derecha, la abrió y apareció en la punta de sus dedos un objeto minúsculo y negro, que desenvolvió y armó con gran presteza, enseñando un perfecto solideo a la concurrencia maravillada; cerró y abrió la izquierda y salió, siempre en la punta de sus dedos, una diadema o nimbo de estos de metal con que se adorna la cabeza de las imágenes, y en seguida con el pulgar y el índice de la derecha, que introdujo en la manga izquierda, fue tirando y sacando un rollo negro, tan largo que no se acababa, y todo era tirar y echar fuera y enroscarse a sus pies la interminable y larguísima culebra de tela negra.

Cuando ya no hubo más rollo que sacar, lo cogió, separó en dos y extendió, convirtiéndolo en una sotana y un amplio manteo, con los que se disfrazó prestamente; se puso el solideo y encajó sobre la frente el nimbo dorado, metió el brazo dentro del manteo, y simulando esfuerzos sobrehumanos ayudó a salir a la luz un precioso muñeco, el que recostó con amor sobre su pecho, y adoptando entonces actitud seráfica e imitando mi voz y mis modales, tan propiamente que parecía era yo quien hablaba, dijo:

— ¡Soy Vicente de Paúl!

Una carcajada colosal de toda la sala premió su transformación y esta salida. El metió la mano nuevamente debajo del manteo y sacó otro chico, y luego otro, y otro, innumerables muñecos, una

inclusa entera, que por no caberle en los brazos amontonó a sus pies, de cualquier manera, a veces estrellándoles contra el suelo; los había que lloraban, y él sabía apretarles el resorte de modo que no se veía su juego, y el efecto era graciosísimo. Rodeóse así do tantos, que no podía más con ellos; cubrió a todos bajo el ala de su manteo, y ya imitando mi voz, ya galleando a lo mejor, nos contó una retahila monótona e insulsa en el verso libre que él decía.

Aparte de la irreverencia, el espectáculo era chabacano y grosero. Tan pronto como cesó en sus bonitos juegos de prestidigitación, realmente insuperables, decayó el interés y muchos se alejaron del círculo que le aplaudía. Yo le dejé terminar, y cuando soltó su último verso y saludó al público, me adelanté a él, le cogí por el manteo y le dije bien alto para que todos lo oyeran:

— Espero que usted se servirá repetir esta escena en sitio y hora que se designará oportunamente.

Maltán se inclinó, sin contestar. Hubo en el salón inusitado movimiento y luego silencio sepulcral. De lejos, mi tía Sandalia me envió un mensaje con sus ojos suplicantes.

Al poco rato me despedí y salí. Cruzaba el patio de la casa, cuando sentí trotar detrás de mí al grupito de Maltán, que al pasar rozándome dijo con la voz de antes:

— ¡Soy Vicente de Paúl!

Entonces me volví, y ya ciego, le alcancé tan tremenda bofetada, que dio con la mísera cabeza contra la pared; le eché las manos al cuello, le derribé sobre los húmedos ladrillos y puse sobre el pecho mi rodilla, viniendo a quedar como el arcángel de mi alcoba encima del perverso enemigo, que los suyos no se atrevían a defender.

Y lejos de echar por la bocaza hedionda los sapos y culebras de la estampa, fueron súplicas las que me dirigió, así vencido y derribado:

—¡Ríquez, déjame, suéltame!, te prometo no molestarte más. Déjame, no aprietes, no aprietes. Me ahogas, me matas. Confieso que he hecho mal. ¿Quieres que no venga más a esta casa? ¿Quieres que te abandone el amor de Delfina?

— No — le dije acercando mi cara a la suya, — Delfina ha querido darse a ti, quédate con Delfina. ¡Vete con Dios!, y sed los dos muy felices, Te suelto, vete. Y acuérdate de la mano de don Perfecto para que no te atraveses más en su camino.

Maltán dio un salto, y salió rabo entre piernas con su grupito silencioso, tan avergonzado de que yo le hubiera vencido, como quedaba yo triste, porque era él quien me vencía.

V

Así como la azada prepara el terreno en cuyos surcos ha de germinar la semilla, mis dos fracasos, el amoroso y el social, predispusieron mi espíritu a la misantropía, y en la sima de esta enfermedad irremediable cayó con las alas plegadas, que ya no volvieron a tenderse, como si el golpe las hubiera quebrado. Casó Maltán con Delfina y Esquendo con Justita González, siendo estas dos bodas el punto y remate de la tertulia de Tejera (a la que yo dejé de ir desde aquella noche inolvidable), pues mi tía se vio obligada a cerrarla por las dolencias del marido y los cuidados de la maternidad, a que estuvo sujeta cuando menos lo pensaba, y ya el célebre salón quedó a oscuras para siempre.

No fui más a sociedad, pero no dejaba de visitar a mis parientes, y en estas visitas de intimidad continuaba mi tía Sandalia su porfía cariñosa de que había de casarme, quieras que no, porque el que me saliera una respondona no era motivo para condenarme al celibato; y al efecto me presentaba una lista completa de candidatas en que podía elegir como entre peras, desde Arminda Solanos hasta la amiga que acababa de ponerse de largo y por inocente ofrecía mayores seguridades de no estar inficionada de coquetería; mas yo, que había cobrado repugnancia al género, rechazaba cada nombre con aspereza.

Que no se cansara la tía Sandalia. Ni a esa, ni a ninguna otra señorita casadera haría el honor de solicitarla en matrimonio. Digo que no la haría el honor, no a título de hinchada declaración de soberbia propia, sino porque pienso que un hombre honrado, sea el que fuere, que ofrece su corazón a una personita de estas sositas de por sí, y en sus manos frágiles confía su honra, y sobre su debilidad echa la pesadumbre de su dicha y de su nombre, y con ella carga para siempre, cuando tan fáciles y accesibles se brindan a la juventud los caminos del placer y de la libertad, la hace un favor señaladísimo. Un favor semejante no se paga con humillaciones, vejaciones, caprichitos, desaires, molestias y chafaduras del amor propio.

Que me pregunten a mí y a la mayoría de los solterones como yo el porqué de nuestro celibato y contestaremos: «La culpa no es nuestra, sino de esas muñequitas de bazar que se educan para adorno de los salones.» Que se lo pregunten a muchas de las solteronas que en el mundo son (no hablo de las incasables por causa, de fealdad u otra análoga), y si quieren mostrarse sinceras, contestarán: «¡La culpa es nuestra, que buenas proporciones tuvimos y las desperdiciamos!» Resulta, pues, que la que sin el hombre carece de personería está empeñada en poner al matrimonio todas las piedras que su falta de reflexión la sugiere, y los que no habemos menester de esposa para las necesidades de la vida nos empeñamos en rompernos la crisma en esos mismos guijarros. Cuestión es ésta digna de tomarse en cuenta por las

mamás, que se quejan de no poder colocar sus hijas, y por los sociólogos, que claman contra el egoísmo del varón.

Reíase mi tía Sandalia; pero, aunque no se quedaba corta en rebatir lo que ella llamaba mis exageraciones, acababa por concederme la razón en casi todos los puntos de nuestro eterno debate.

Entretanto, mientras yo perdía el tiempo en mis ilusorios proyectos, mi señor sobrino y ahijado lo aprovechaba tan bien, que cuando volví a casa aporreado por la suerte y en ella metí la cabeza con ánimo de recluirme entre sus cuatro paredes, le encontré hecho un granadero. Sin duda no había crecido de la noche a la mañana ; pero, preocupado yo con la señorita de Daver, no fijaba mi atención lo bastante en que con el chico crecían las dificultades del problema y que algo más que nodriza necesitaba ahora. Aunque vagamente tenía hablado de ello con Sara y Damasia, nada quedó determinado y hube de acometer el problema de frente y resolverlo de una sola jugada.

Deshechos mis sueños de felicidad, tal como yo la forjara a capricho, las dos sombras guardianas de mi casa, la Soledad y el Silencio, eran la única compañía con que había ya de contar. Sentí frío al pensarlo... ¿Qué podía suceder? ¿Que adquiriera mayor pábulo la calumnia? ¿Y qué?, ¿no tenía declarado a mi tía Sandalia y jurado a mí mismo que no intentaría nuevos pasos matrimoniales? Pues si no había de vivir como un hongo, el organizar mi hogar como Dios me daba a entender no sorprendería a nadie, y el

que se sorprendiera que hiciese todos los cálculos del mundo, que si a mano no tenía yo más materiales que aquéllos para formarlo, mía no era la culpa.

Llamé a Sara y la propuse que se vinieran a vivir conmigo y con el niño ella y *Bullebulle*; aceptó ella de mil amores, a reserva de consultarlo con el marido; vino luego *Bullebulle* y cerramos trato, distribuyendo las habitaciones, la mejor y más próxima a la mía para Arturo, y discutiendo, con deleite por mi parte, el mejor modo y forma de la instalación, el orden de los servicios y todo cuanto se relacionaba con el sistema administrativo, en lo que soy, como he dicho, una especialidad, tanto que si me hubiera dedicado a político, para ministro de Hacienda no tuviera precio.

Como náufrago que en isla desierta levanta su choza con los restos de su barco, puse manos a aquella obra magna con ardor y agrado tales, que Sara y *Bullebulle* se pasmaban. ¡Ay, ellos no comprendían el ansia de compañía casera que sentía poderosamente el niño Juanito de Dios! Su humilde presencia día y noche, los gritos, la charla y los juegos de Arturo, la preocupación misma de que éste se enfermara o llegara a golpearse, el derecho de llamarles a voluntad y la conciencia de saberles y de sentirles ahí cerca, a mi lado, bajo el mismo techo, hacía vibrar deliciosamente todas las fibras del *pater familiæ* que en mí alentaba. No daría calor al hogar la gentil figura de Delfina... pero, también, ¿sabía yo si sería luz o calor y alegría lo que Delfina me trajera, y no sombras, frialdades y disgustos?

En cambio, la pobre pareja mulata y aquel rayito de sol hecho niño que de la mañana a la noche inundaba mi alma de puras claridades, dieron vida a mi casa y me dieron la paz y la felicidad relativa a que debía aspirar ya sin mayor ambición. Cuando todo estuvo en su punto y echó la rueda a andar, ¡qué alegría!, ¡qué satisfacción inocente! Sara hacía de cocinera, con la obligación de curar mi triste estómago de los estragos que tantos años de fonda le habían producido, y coserme los botones, ¡los botones!, ni uno solo encontró despegado, asombrada de que el niño Juanito de Dios fuera tan mañoso... *Bullebulle* nos servía a la mesa, nos cepillaba la ropa... y nos daba un susto cada minuto con sus manos pecadoras. Con regularidad maquina, marchaba la casa admirablemente: a la misma hora el almuerzo, a la misma hora la comida, y la conducción de Arturito a la escuela, y la vuelta, y el paseo y el estudio y el descanso, monotonía placentera que gozaba a sus anchas mi espíritu.

Y aquel gracioso monigote, en quien yo debía ver la causa viva de mi celibato y de mi desventura, era tan manso y tan tierno que había que quererle y perdonarle a la fuerza. Era otro yo, reflejo de mis atributos y malhadadas perfecciones que, aparte de la inclinación natural, le obligaba a imitar el trato continuo. Muchas veces hacía como que me enfadaba (que enfadarme de veras no podía, ni había de qué) y le amenazaba cómicamente porque no era malo y no se mostraba holgazán, sucio, ingrato, descarado y granuja, el más granuja de cuantos vagan por las calles.

Una sonrisa celeste era su respuesta, acompañada de estas dulces palabras:

— ¡Yo quiero ser bueno como mi papá, para que Dios me quiera!

El chico, en efecto, se empeñó en ser bueno y no hubo más que dejarle hacer su gusto.

Afligíame sobre manera verle tan seriecito y respetuoso, tan aplicado al estudio, tan comedido y limpio lo mismo en el vestir que en sus palabras, esclavo de un régimen que nadie le imponía, discípulo de un maestro que se avergonzaba de serlo: dábame grima no tener nada que reprocharle y que no apuntara en él inclinación nociva, algo que le hiciera distinto de mí y propio para lanzarse en el mundano elemento a que se destinaba y donde tantos golpes llevaba yo sufridos por la misma causa. Buscábale la garra humana y eran alitas de pluma las que encontraba; y aumentaba mi pesar cuando Sara o *Bullebulle* me referían los milagros del santito: las sesiones hasta las tantas por sorberse una lección; su negativa a que le compraran nuevo juguete porque guardaba ya muchos; el reparto entre los mendigos del dinero que yo le daba y entre sus condiscípulos de la merienda diaria; su apego a la casa, que en esto no le igualaba un gato... y tantos otros síntomas a cual más alarmante y desconsolador.

— Nada, que es peor que yo, quiero decir, mejor — repetía en mis soliloquios. — ¿Qué va a ser

de este desgraciado niño? ¡Siquiera le tirara el sacerdocio! . . .

Pero tampoco le tiraba, sino la carrera de abogado y el deseo de tener su mujercita, sus hijitos y su casita en aquel Trigal que sabía suyo por herencia de su madre desconocida, de la que hablaba a menudo con dolorosa importunidad y sobre la cual guardaba yo, y tenía mandado que se guardase, discreto silencio.

Si, criado yo en el ambiente de la calle de Balcarce, no me eché a perder, ¿qué había de viciarse este retoño en la atmósfera pura en que se desarrollaba? Porque lo que en broma a veces le insinuaba, a hacerlo en serio no me atreví nunca y dejé que el muchacho saliese como Dios quisiera.

Mi aflicción era mayor cuando un hecho cualquiera venía a dar fundamento a mis aprensiones, viéndole llegar, por ejemplo, herido de un golpe en la cabeza que debió recibir un compañero, a quien sirvió de redentor, o pereciendo de debilidad porque en el reparto no conservó para sí una migaja, o triste porque los otros le apartaban de sus juegos y le aborrecían por estudioso y esquivaban su compañía por bueno, vale decir, por tonto.

— ¡Nada — repetía yo, — es mejor que yo, o sea peor! ¡Pobrecito niño!

Y a medida que pasaba el tiempo, se acentuaba el parecido, de tal modo que saltaba a la vista y no andaban muy descaminados los que me lo daban por hijo.

Lo peor era que yo le ofrecía malísimos ejemplos: seguía acostándome con las gallinas, no había aprendido a jugar, a beber ni a fumar todavía, y era formal en mis tratos, medido en mis palabras, decente en todos mis actos, y para mayor escándalo, si por causa de mi educación infantil fui antes despegado de la Iglesia y tibio a la moda corriente, con los desengaños me eché en los brazos de esta madre universal, y aunque no llegué a la exageración santurrón e hipócrita, cumplía discretamente los preceptos religiosos y no había domingo que Arturo y yo perdiéramos nuestra misa de nueve en San Miguel, el templo más próximo a casa. Como el cuidado de nuestra hacienda era prolijo y yo el más meticulado de cuantos han tenido algo que ver con los números, jamás estaba ocioso y no me aburría, ahora que me incumbían más grandes responsabilidades, las que sobrellevaba tan a gusto.

Mirándose en tal espejo, él que había pasado sus primeros años en la honradísima compañía de la familia de Damasia, cristianos de éstos que ya se avergüenzan de mostrarse, y que nada había heredado del alma perturbada de Laurentina, ¿cómo no inclinarse mal, digo bien, y en vez de moldearse según las exigencias de la sociedad moderna, educarse en aquellos principios severos que llevados a la práctica despiertan la misma extrañeza que el que se presentara vestido con la blanca túnica de Jesús? ¡Desgraciado Arturo! Reflejo mío y trasunto acabado, ¿estaría también condenado a la infelicidad?

Salva esta preocupación, no tenía yo otras entonces, y la vida de familia iba cerrando poco a poco mis heridas. Lo que no curaba era mi misantropía, el amor a mi rincón, el asco a las diversiones, el juicio amargo de los demás, la manía de mi retraimiento, de todo en todo absoluto. Salía a la calle lo menos preciso, trataba a pocas personas y hablaba lo menos posible. Así no escandalizaba con mi conducta intachable o con mis teorías moralizadoras, hallando en el sagrario de mi hogar el respeto que fuera echaba de menos. ¡Días apacibles aquellos, en que saltaba Arturito sobre mis rodillas, o *Bullehulle*, joven todavía y no tan machacón como ahora, me entretenía con sus cuentos, o para discutir conmigo de sobremesa los hechos y dichos del niño, reinando entre los cuatro, de tan extraña manera unidos y en tan distinta esfera colocados, la cordialidad que no siempre acompaña a individuos de la misma familia!

Considero aquel espacio de tiempo como el más dichoso de mi larga vida. Doce años fueron bien contados, sin nubes, ni penas, ni preocupaciones serias, hasta que la enfermedad de Arturo asomó su cara trágica. ¡Doce años, un soplo! Y yo digo que cuando en nuestra peregrinación terrestre se ha disfrutado una temporada de tanta calma como aquélla, no cabe queja si antes o después nos persiguió la borrasca. Borrasca, al fin, es la vida, y que se rasguen las nubes un instante y se muestre el sol es favor de Dios.

Oía yo vagamente rumores de que Delfina se había marchado al vecino Uruguay, instalándose con

Maltán en una propiedad magnífica que la había regalado el padre; luego, más tarde, que la pareja no congeniaba, que estaban a bronca por día y que misia Candela y don Isaías cruzaban y tomaban a cruzar el río para poner paz, y la ponían a costa de fuertes razones y de pesos más fuertes todavía; pero todo era dar la espalda y avivarse la discordia. Así, mucho, mucho tiempo. Y más tarde, que Delfina había abandonado el Uruguay y refugiándose en casa de Daver, de donde el marido no pensaba en sacarla, ni ganas, como no fueran más pesos fuertes con no menos fuertes razones, que podían pasar por amenazas sin agravio para Maltancito.

¿He de confesar que me dolía grandemente del cisma conyugal y de la infelicidad de Delfina? Tanto que no quisiera saberlo, y si en mi mano estuviera mediar por que hicieran las paces, mediaba, sin más por qué que el impulso del bien, que es en mí instintivo e incurable, verdadero *tic* aún a mis años poderoso.

Pero confesaré también que el movimiento de compasión que tales rumores me inspiraban, aquí y allí recogidos a desgana, era fugaz, duraba nada más que el tiempo preciso para llegar yo a mi casa y aparecer en lo alto de la escalera Arturo, que inclinándose sobre la barandilla me decía con su voz ya un poquito ronca:

— Papá, está la mesa puesta: te esperamos.

¡Papá!... Esta voz, este reclamo borraba en seguida el recuerdo de Delfina, a quien no veía, ni deseaba volver a ver. Como que aquel niño ocupaba

por entero el desierto de mi corazón, que nadie había querido, pelota que todos rechazaron y supieron guardar sus manos infantiles...

Ocurrió entonces que el campo del Trigal quedó sin arrendatario, y como subían los valores y su dueño era ya un hombrecito, tutor más rígido que la probidad misma, no quise arrendarlo de nuevo sin que se mirara bien qué convenía más, por cuanto el muchacho no se criaba para señor, y aunque saliera abogado, aun en manos doctorales valen más campos que pleitos.

Guiábame otro motivo, y era que, sano hasta entonces, fuera el crecimiento, el estudio o la contextura delicada, Arturo estaba muy pálido, más pálido cada día, y si de nada se quejaba, sabiendo yo que el dolor mismo no le arrancara de los labios la sonrisa bondadosa, recordé aquella antigua idea de mis hermanas a mi respecto, e imaginé que en el campo estaría mejor y quizá se despertara, con su salud lozana, la afición a la agricultura, y en vez de leguleyo se pusiera a labrar su propia tierra, lo que a mí me parecía de porvenir más seguro. Tierra feraz la vieja heredad de mi padre, sólo esperaba la fecundación del trabajo, como la de Esquendo, con la que lindaba arroyo de por medio y que es hoy la fortuna y el orgullo de la familia. Pues lo que los Esquendo hicieron en grande, intenté yo hacer en pequeño; retirados los dos, Arturo y yo, los dos proscritos del mundo, viviríamos en la soledad, y la hipocresía social no se burlaría más de nosotros que, sacerdotes de la naturaleza, a su culto y al de Dios quedaríamos consagrados. Sentía yo cierta

amarga fruición en este proyecto de destierro con sus puntos de romanticismo agudo, mezcla de despecho y rencor inconsciente, y ya no me daban miedo las cualidades de Arturo que, allá, bajo la bóveda libre del cielo, encontraría más digno solio que bajo los artesones de un salón, donde por fuerza han de achicarse las personas y las almas.

Y una noche que en mi despacho nos quedamos solos, le hablé con calor, le pinté aquel bendito pedazo de tierra paradisíaca que yo conocía por haberlo visitado, chiquito así, una vez única con mi padre. Reedificaríamos la casa de adobe, trazaríamos un parque, haríamos plantaciones de toda clase, cultivaríamos la semilla de progreso que tan brillantes frutos ofrecía en el país, estremecido por las líneas férreas que ya corrían por todos lados. . .

Mientras yo hablaba, observaba las manos de Arturo, como hechas de cera, y su personita de quebradiza porcelana, y el calor iba apagándoseme y pareciéndome mi proyecto tan difícil de realizar como el que aquellas manos sostuvieran sin fatiga una piedra de sillería; apenas si tenían la fuerza necesaria para volver las hojas de un libro.

Hube de concluir, sin embargo, en esta forma:

— ¿Qué te parece? ¿Aceptas o no? ¿Nos hacemos estancieros?

A lo que él contestó, inclinando su hermosa cabeza de adolescente, propia para un retablo:

— Tú mandas y yo obedezco. Si no quieres que estudie más, no estudiaré. Es muy bonito eso, pero no sé si serviré para trabajo tan rudo. Mira, a veces no puedo con los mismos libros... Siento una fatiga, una languidez... Luego, allá, en el Trigal murió mi madre. Y aunque te he dicho que con gusto iría a vivir al Trigal, ya no pienso lo mismo... Cada día me agrada menos la idea.

— ¿Y por qué?

— Allí murió mi madre — insistió el niño entretejiendo confuso sus dedos exangües.

— Bueno, pero esa no es una razón.

— Pues oye — dijo Arturo decidido, — yo tengo una cajita de cigarros, que mamá Damasia me trajo un día de parte de la tía Clara... No me he atrevido a mostrártela nunca... La tía Clara, a quien no conozco sino de oídas, porque jamás consintió que mamá Damasia o mamá Sara me llevaran a verla, me mandó a decir que en esa cajita estaban los retratos de mi padre y de mi madre. Yo la abrí en seguida, y sí estaban, uno en un pedazo de cobre y el otro en un medallón de azabache. ¡Qué bonita era mi madre!, ¡y qué buena debió de ser para merecer de Dios tanta hermosura! El otro, el retrato del medallón... bueno, pues no eres tú, papá: tiene patillas y unos ojos que no son los tuyos y unas narices más largas que las tuyas. Ese no eres tú. Y yo digo que uno de los dos no es mi padre. Y lloro de pena al pensar que puedes tú dejar de serlo y lo sea ese señor de tan mala cara...

Asunto era éste al que nunca me había atrevido a abordar, ni había para qué. Bruscamente interpelado, corté por lo sano diciendo la verdad a medias:

— Ya que la tía Clara te ha mandado como regalo un secreto dentro de una cajita, vamos a abrirla aquí y verás que no hay tal secreto ni cosa que lo valga. La dama del retrato de cobre, ya la conoces, la tengo yo sobre el sofá de la sala: es tu madre, y desde que abriste los ojos a la razón te la di a conocer para que aprendieras a amar su memoria. En cuanto al señor de las patillas... sí, ¡es tu padre!, debe de serlo, cuando Clara lo afirma.

— ¿Tú no le conoces? — murmuró el niño con visible pesadumbre.

— No.

— Y tú, ¿qué eres tú?

— Tu tío, hermano de tu madre y de la tía Clara.

— Entonces no debo llamarte papá...

— Sí, porque yo te he criado y educado, como lo hubiera hecho el señor de las patillas si viviera. Tu papá soy, pues, y nadie tiene derecho a disputarme este dulce nombre.

Arturo lloraba. Abrazado a mí me dijo que no sabía por qué. Y me confesó sus cavilaciones acerca del secreto de la cajita, las noches pasadas en vela con ella apretada contra el pecho anhelante, los ojos tamaños. Interrogaba a mamá Sara y a tatá

Bullebulle y ninguno de los dos sabía nada: ponían el dedo trigueño en los labios y le mandaban a paseo.

— Bueno — dije yo secando sus lágrimas, — ya lo sabes, puesto que eres demasiado grande para saberlo: tienes dos papas en vez de uno, ¿qué más quieres?; y el que vive, celosamente vela sobre ti por los dos.

Por supuesto que no intenté siquiera mirar la carátula del que en el fondo de la caja de cigarros escondía su ignominia. Vivo o muerto, verdad o mentira la delación de Clara, ni a Arturo ni a mí debía importarnos su existencia y su nombre. Yo había dado al niño mi amor y mi apellido, a costa de mi felicidad misma. El otro, el padre de ocasión, el abandono y la deshonor. Quedara, pues, Sepultado para siempre en aquella frágil tumba de madera, que aun era demasiado favor para su crimen.

Y como temía que el chico me enredase con la lógica de sus preguntas, di la conferencia por terminada estrechando con cuidado aquellas manecitas para que no se quebraran entre las mías. Bien, ya no se hablaría más del asunto, y tampoco del proyecto de campaña trigaleña. En efecto, era demasiada labor para su debilidad. Porque aunque mi propósito no fuera hacerle cargar con la azada, los madrugones, las asoleaduras, la equitación violenta y continua podían dañar su salud. Entonces lo creía así, y ahora no; paréceme que aquello hubiera sido su salvación, el mejor remedio a su incipiente tisis. La cebada al rabo es la disculpa de la ignorancia, y por

ignorante me confieso desde luego, no insistiendo sobre tardías excusas, tan inútiles como importunas.

Arturo salió del despacho, entre triste y alegre, diciéndome:

— Pues si el señor de las patillas no está en el Trigal, ya no tengo inconveniente en ir y hacerme pastorcito contigo. Casi me dan ganas de tirar los libros y me siento más fuerte. Cuando quieras, papá, cuando quieras. . .

Yo no quise y el terreno se arrendó a Esquendo en pingües condiciones, malográndose así mi proyecto de destierro campestre.

Destierro por destierro, el de la ciudad no lo era menos, porque llegué a hacerme tan huraño que todo era ver un conocido y echar por otro lado, y a casa de mi tía Sandalia iba ya tan de tarde en tarde, que casi no sabía nada de ellos, por ciertas frialdades que el tío Tejera me demostraba desde que supo el asilo de Arturo en mi casa y que por este hecho público desafiaba temerariamente a la fiera social. Tenía este enciendo mío otra causa más grave, y era que desde aquella noche que descubrí el estado anémico de la plantita confiada a mi cuidado, me alarmé, perdí el sueño y me preocupó su salud indigente lo mismo que antes sus excelencias morales. Le puse poco menos que debajo de un fanal, exageré el abrigo, escogía sus alimentos y a la menor novedad llamaba al médico y ya estaba atiborrándole de potingues. Le quité los libros y le hice perder tres cursos; y si le oía toser de noche, saltaba de la cama y corría a arroparle, a darle la cucharadita del pectoral y, si

a mano venía, a calentar el agua y prepararle una infusión.

El sonreía agradecido y me decía bajito : — ¡Ay! ¡Qué bueno, qué bueno eres, papá! Esto no lo haría el señor de las patillas, seguramente. Por eso le he sacado del medallón y lo he roto. ¡Yo no quiero tener más padre que tú!

Torturábame la idea de que Arturo pudiera morírseme. La Soledad y el Silencio volverían a ocupar la casa, y el dolor me quitaría la razón. El seguía creciendo, tan delicado, tan pálido y transparente, que el aire parecía iba a quebrarle, cada vez más hermoso y sin variar en nada, como si con el cuerpo se desarrollaran sus cualidades y su hermosura también por dentro.

Y de pronto me acometió una preocupación mayor, el peligro que le celaba en medio del vicio corriente y del que sólo la propia defensa vale por salvarse. Pero era tan morigerado que excusaba mis consejos, que a falta de oportunidad hubieran pasado por indiscretos. Y le vigilaba, para decir al cabo, repitiendo lo de siempre :

— ¿Es mejor o peor que yo?

¡Ah! Si hubiera de referir cuanto hice yo por aquel hijo postizo en edad en que otros desvelos podían solicitarme con imperioso despotismo, y de qué manera severísima cumplí el compromiso de mi hermana Laurentina, la propia sor Angélica, maestra de la caridad, se asombraría y hallaría mayor fundamento al dictado de amigo con que me

honra. Pero también daría que reír a los demás, y es preferible que me calle y no insista, que harto he dicho ya en pocas palotadas y el dolor de mis piernas me molesta más de lo regular, por lo cual dejo la pluma para mañana.

Las primeras pintas de sangre que sorprendí en el pañuelo de Arturo fueron las últimas notas de aquel lapso de tiempo, oasis de mi vida. Arturo dijo que era de la garganta y el médico no dio al suceso importancia alguna; pero yo me quedé como muerto, gracias a la consoladora noticia de *Bullebulle* de que no eran unas pocas gotas las que había arrojado, sino un jarro entero.

Afortunadamente, Sara me tranquilizó, más que con palabras, mostrándome serena su bonita faz de bronceada estatua, a la que los años no podían envejecer. Cuando la verdadera madre de Arturo no se alarmaba, ella que velaba sobre su salud con olvido de la propia, era que no había realmente de qué alarmarse. Trajo el pañuelo revelador, contó las pintas una por una, y convinimos en que, todo lo más, sería un síntoma, pero no grave, y fácil de atajar en su desarrollo. Así lo aseguraba el médico, a quien corrió a consultar antes que yo me enterase.

Más de dos horas pasamos, pañuelo en mano, discutiendo este tema interesante que a ambos, el padre y la madre de pega, nos apasionaba enormemente. Ella y yo temamos puesta en aquel niño pálido y frágil toda nuestra alma, no por mandato del parentesco, sino por caprichoso acuerdo de la suerte y tal vez por imperio de la naturaleza, que no

gusta de que se esterilicen las preciosas facultades que generosamente nos otorga. Y aunque tranquilos, en apariencia, ni ella ni yo cerramos ya ojo, nos repartimos la tarea vigilante y encerramos a nuestro Arturo dentro de una valla de cuidados que ya tendría la enfermedad trabajo para romper.

Como no está *Bullebulle* delante, el celoso más empedernido que conozco, puedo poner aquí, con franqueza, que no he visto mujer de alma más sana que aquella mulata, purísima luz en tosco vaso de barro, toda nobleza, toda honradez, con rasgos de señorío imponderables. Pensando y sintiendo con rectitud y con pasión, por mí y por Arturo llegó al sacrificio; fue la encarnación del orden, el ama de gobierno insubstituible, a la que no creo disputarían la palma hembras mejor nacidas y educadas. ¡Bien merece esta flor, esta siempreviva del recuerdo, aquella fiel servidora! ¿Es culpa mía que a más alta dama no se la pueda ofrecer?

Preparamos, pues, los dos unidos, la defensa de nuestro cercado, y nos pareció que por ningún lado la enfermedad había de colarse. La pobre Sara hubiera deseado coger el infanzón en brazos y huir con él al campo, lejos de libros, de claustros universitarios y de peligros probables que temía, como yo, aunque el lirio crecía solitario y cándido; hubiera deseado, como las monas amorosas, trepar con él a la copa de un árbol y preservarle allí de hombres y de fieras. ¿Para qué el estudio, si era sobrado rico? ¿Para qué el trabajo, si no había de ganarse el pan? Dejarle en el mundo, a él tan inocente y bondadoso, era

exponerle a que le picaran e hirieran y maltrataran todos.

En el mundo estábamos, por desgracia, y las teorías egoístas de Sara no podían realizarse; como el niño dormido de las tradiciones que en cesta de mimbre se abandona en lo hondo de un monte o a la corriente de un río, hubimos de entregar nuestro tesoro a la de su destino, que fue más cruel de lo que se esperaba, matándole en plena florecencia.

Pero no de un golpe, de un zarpazo formidable, sino poco a poco, con refinamiento de tirano sanguinario. Le dejó asomar a las puertas de la vida y le enseñó el prado *por abril de flores lleno*; permitiéndole coger la más hermosa de entre ellas, aquella que se llamó Isaura, de tan fugaz existencia como la suya, y después de darle a aspirar brevemente su perfume, hizo que muriera, como si fuese Isaura la venenosa y quien le mataba, y no la rebelde enfermedad maldita. . .

Aquel comedorcito mío en la calle que ya no se titulaba de Mendocinos, sino de Maipú, como ahora, le tengo tan presente que no se me olvida detalle, ni el aparador de pino untado de nogalina con adornos de talla superpuestos y claveteados, ni la media docenita de sillas de rejilla, ni la lámpara de dos brazos, ni los faisanes embalsamados bajo el convexo cristal y colgados de las paredes cubiertas de papel imitación de roble, todo muy modesto, como que lo puse a poco de instalarme porque no quedara aquella pieza principal desnuda y no para mi regalo; después que, con la compañía de Arturo,

viví en familia, tal cual estaba nos servimos de él y parece que a la cerrada y fría salita le dio calor nuestra presencia, a pesar de que, por causa de la costumbre más general de por acá, no había chimenea, ni nada que la supiera en invierno, si no eran los substanciosos caldos de Sara. Lo cierto es que comíamos allí muy a gusto, allí nos reuníamos cada tarde, a la vuelta de nuestro callejeo obligatorio, esperando la entrada triunfal y siempre peligrosa de *Bullebulle* con la sopera, y allí quedábamos de sobremesa luego.

Allí, pues, sentado en mi sitio de la cabecera, hacía tiempo una mala noche de invierno para la llegada de Arturo y me impacientaba su tardanza. Rara vez le sorprendía la noche en la calle: era un reloj, como yo; por la mañana la Universidad, por la tarde la Biblioteca, nunca ni un minuto más o menos de las horas que consagraba a cada una. Arturo no llegaba, ¿qué le había pasado? Al fin, no pude tenerme más, y ya salía del comedor cuando entró Sara con la faz bronceada descompuesta y trayendo en la mano algo todo rojo, que adiviné era el pañuelo de Arturo, que la sangre manchaba entero.

Me lo enseñó sin decir nada, y yo tampoco nada dije; quedando uno y otro apoyados en la mesa, vencidos por el dolor y las lágrimas.

— Está en su cuarto — gimió Sara sobreponiéndose; — no ha salido esta tarde. . . ¡Echado en la cama, parece muerto!

Corrí y le hallé, efectivamente, de espaldas, cerrados los ojos, tan amarillo que su hermosa cara

era de pulido marfil; el sello de tristeza que la certidumbre de su dudoso origen y la idea de la anormal situación de la familia habían impreso en ella, según observación mía constante, se mostraba más visible y contraía sus labios en dolorosa mueca; sobre el dorado bozo algimas gotas de sangre negreaban como insectos posados en un capullo.

— ¡Arturo! ¡Arturo! — le llamé con angustia.

Sara había entrado detrás de mí, y también le llamaba, hembra que cree muerto su cachorro. Ambos hicimos que se incorporara, le limpiamos las feas manchas de la boca, le dimos a beber no sé qué, y él reaccionó milagrosamente, efecto más de nuestro cariño, sin duda, que del brebaje, y nos sonrió a los dos:

— No es nada, papá. . . No es nada, mamá Sara. . . No se asusten ustedes.

Y para probárnoslo, se deslizó de la cama y dio algunos pasos por la alcoba. La luz del gas desencajaba su semblante de tal modo, que si no sonriera y brillaran sus ojos, dijérase un muerto que andaba.

— Esto es de tanto estudiar — dijo Sara afligidísima; — luego no come. . . Menos libros y más carne asada es lo que le hace falta.

— ¡No, por Dios! — exclamó el joven persistiendo en su deseo de probarnos sus energías. — ¡A ver si ahora se me quitan de nuevo los libros y pierdo

otro curso! Así no acabaré de doctorarme, no me oiré llamar nunca el doctor Ríquez.

Siempre que pronunciaba su apellido se notaba cierto esfuerzo en él, más visible esta noche, que hasta me pareció evitaba el mirarme de frente. Viéndole Sara tan animoso y oyéndole hablar de sus planes para cuando terminara la carrera, se tranquilizó mucho y se fue a su cocina, que su carbonada podía pegarse y no tardaría *Bullebulle* en llegar con el médico.

— ¿Te acuerdas, papá? — dijo entonces Arturo.

Ingenuo como era, comprendí yo que iba a explicarme la desconfianza de su mirada sorprendida ha poco, o tal vez distraer afectuoso las alarmas de su estado.

— ¿Te acuerdas del medallón de pelo?...

La primera vez que, hombrecito ya, le hablé de su madre, le di para su recuerdo el medallón de pelo que de una cadena de oro le colgó Laurentina al cuello al enviármelo, el cual medallón jamás abrí yo, primero porque peco de discreto, y luego porque, fuera curioso desbocado, no hubiese podido abrir sin cortar la red de cabellos que a guisa de candado lo cerraba para prueba de curiosones. Indudablemente, Laurentina lo hizo así para que se entendiera que sólo a su hijo estaba dado revelar el interior, y el hijo mismo, por respeto o también por discreción, no se atrevió a destruir cerradura tan sabiamente complicada y más fuerte por el sagrado material empleado que si fuese de duro acero. Pero,

con la edad, el imprudente regalo de Clara, su tardía conferencia conmigo y la duda eterna que le perseguía, se decidió a empuñar las tijeras y forzar aquella puerta del misterio. ¿Qué había dentro?

— ¡El mismo señor de las patillas, papá! Recuerdo de mi madre, no he podido romperlo, como el otro. . .

Con espontáneo movimiento, se abrazó a mí y me besó en la frente. Y riendo, señaló en mi cabeza la primera cana.

— Papá, que te pones viejo... ¡Mucho cuidado!

¡Ay! ¡Yo comenzaba a envejecer y él empezaba a morir!

VI

El año 65 y siguientes fueron de guerra extranjera, y lo digo con pena: no ofrecí mi brazo a la patria en lucha con el tirano paraguayo, por no abandonar aquel niño enfermo y que yo creía próximo a la muerte. Con arreglo a la ley, puse quien me reemplazara, y bastante lo he sentido después, porque la defensa de la patria sólo el ciudadano y el patriota capaces son de realizarla.

El año 71 fue también de muerte y desolación. Murió mi hermana Clara, murió mi tía Sandalia, y murieron Sara, Damasia y don Isaías...

Agazapada en la ardiente costa brasileña, la fiebre amarilla espiaba la ocasión de venir a las argentinas tierras, de las que mucho bueno debió de oír, para ejercer su mortífera industria, y escondida tal vez en algún saco de café de los que importaba el rico don Isaías, aquí se plantó por febrero o por marzo, y abriendo su cajita de Pandora soltó todos los perversos microbios que traía y envenenó el aire purísimo en que vivíamos confiados. Entonces la santa Higiene, paladión de las ciudades modernas, no recibía el culto que sus virtudes merecen, y no hubo quien detuviera a la fúnebre intrusa que, como el ángel de la Escritura, fue trazando una cruz sobre cada puerta y esparciendo la muerte por todas partes.

Abatiéronse, al primer golpe de guadaña, centenares de víctimas, y en pocos días se sumaron

miles. Reinó el terror sobre la ciudad maldita; se vieron desiertas sus calles, que sólo cruzaban los cortejos mortuorios, el santo Viático o los empleados de funeraria con las negras cajas al hombro; el Comercio y sus hermanas, las Industrias, quedaron paralizados y como muertos también; huían los que escapar podían, y todo era llantos, tinieblas, confusión, dolor y ruina.

Yo no temía por mí, sino por Arturo, que, mal que bien, iba sorteando los peligros de su enfermedad y hasta parecía haberla dominado. Resolví que saliéramos a cualquier parte, ya que ni al Trigal ni a Belgrano era posible por el derecho de arriendo, que nos privaba de aquellas propiedades; y a toda prisa, sin saber adonde iríamos, pues lo esencial parecíanos abandonar la ciudad infectada, preparamos las maletas, y en los atropellados y febriles preparativos estábamos, cuando la vieja Damasia llegó a anunciarme que Clara, herida por el flagelo, deseaba verme.

Ha sido para mí el deber algo que no he discutido nunca: su yugo, que pesa más cuanto más robusta es la voluntad que ha de soportarlo, siempre lo he sufrido sin queja ni flaqueza, aun seguro de estrellarme contra la pared que me cerrara el paso. Entre mi hermana Clara y yo, después de una separación de tantos años y desavenencias tan hondas, no existía más lazo que el de mi caridad hacia ella que en forma tan grave había delinquido, nudo de seda que me figuraba ya flojo y hallé más fuerte apenas supe que estaba enferma y se moría.

No pensé que podía yo morir también, de aquella aproximación suprema y peligrosa, ni que pudiera traer la muerte a los que en casa, con celo de avaro, mantenía aislados, y me dispuse desde luego a cumplir el mandato sin pestañear. Espantóse Sara de mi imprudencia, quiso disuadirme, sin conseguirlo, y porque el cielo me librara del peligro me dio un escapulario y una bolsita de alcanfor, la representación de dos deidades, la ciencia y la fe, a las que la buena mulata confiaba mi vida. De alcanfor también llenó mis bolsillos y de medallas benditas, y así pertrechado contra la legión maléfica que asolaba la ciudad, me desprendí de los brazos de Arturo y *Bullebulle*, de todos me despedí como el que se va para no volver o ignora si volverá, y me marché sereno hacia el peligro por aquellas calles de cementerio que pisaban escasos vivientes, y éstos recelosos y fugitivos; de cerrados portales, con negros colgajos de merino los más, y en que cada batir de puertas, en el silencio lúgubre, anunciaba el cadáver que salía o la caja que entraba por él, el Viático que llegaba o la visita del médico impotente.

Como si golpeará yo sobre hueca bóveda, resonaban temerosamente mis pasos; veía titilar los cirios por las rendijas de las ventanas, y escuchaba lamentos, tropezaba figuras enlutadas y carros que cargaban pilas de cajas de pino sin forrar, como hechas de prisa a causa de la demanda cada vez mayor, y sacerdotes de sobrepelliz que iban de casa en casa a ocupar el sitio abandonado por la ciencia, y siempre aquel medroso batir de puertas, seguido del cadáver que se arrojaba fuera, albañal que escupe

sobre el arroyo la escoria, y otra vez la procesión silenciosa, los ayes de los deudos allá adentro y el titilar de los cirios amarillos en cada ventana.

Transido de pena, que no de miedo, llegué a la esquina de mi casa paterna, ¡con qué emoción profunda, con qué temblor de las piernas!; Cuánto tiempo, desde aquel día de mi expatriación voluntaria, que no veía su maltratada fachada, su azotea de balaustres en que de niño jugaba al barrilete, su ancho portal cuyas paredes aun debían mostrar el rasguñado revoque, víctima de mi lápiz o de mi cortaplumas! Miré al llamador y no vi trapo negro que anunciara fallecimiento, y como pasara delante de aquellas rejas tras de las cuales mi madre, siempre fría, solía arrellanarse sobre su almohadón bordado, las besé conmovido. Luego entré.

Entré sin llamar, porque así la puerta de la calle como la del patio estaban entornadas ; pero, si llamara, nadie me respondiera, pues la que parecía criada, y lo era, sin duda, tendida estaba en el zaguán sobre un charco negruzco y no de vino. Asustado, me incliné para levantarla y su cuerpo se me escurrió inerte de las manos: ¡estaba muerta!, ¡¡muerta!! Me precipité entonces en las conocidas habitaciones, ¡ay, tan conocidas!... La calurosa tarde de marzo cerraba tormentosa: la obscuridad más completa reinaba dentro, y en las tinieblas andaba yo como en pleno día, que mi memoria me guiaba mejor que la luz del sol, y sin tropiezo ni vacilación alguna me sumergí en las de la alcoba que fue de mi madre, me dirigí al sitio en que se escuchaba apagado

estertor, e inclinándome sobre la que debía de ser mi hermana, aunque no la veía, la llamé cariñosamente:

— ¡Clara, Clara!, ¡soy yo!

Sentí que me cogía la mano, con ansia de náufrago, y su voz quebrantada suspiró:

— ¡Eres Juanito de Dios! Te conozco, no puedes ser otro que él. Te esperaba. Estaba segura de que vendrías. ¡Gracias, gracias, Juanito!

La dije que iba a acompañarla, a cuidarla, a sanarla también, que el amor fraternal hace milagros, y ella lloró en la sombra.

— Gracias, Juanito. No eres rencoroso y me perdonas. Por mí, que soy tan mala, expones tu vida preciosa. No te veo, pero sé que has de venir vestido todo de blanco como los ángeles, con alas de plata y corona de oro puro, como tu corazón.

La pregunté si quería luz y me contestó débilmente que sí. Encendí una cerilla y con ella la palmatoria de la mesa cercana, y apareció la alcoba desnuda, huérfana de los muebles y adornos que yo conocía, perdidos, sin duda, por la prodigalidad y el desorden; tan pobre, que si fuera desván y no sala espaciosa, no me produjera impresión más triste... Y sobre la cama de hierro, mal arropada, flaca, las greñas revueltas y ya grises, la hermosa Clara de otro tiempo, envejecida y afeada por el vicio, encendida no sé si por la vergüenza o por la fiebre.

Adivinó la infeliz mi pensamiento y se tapó la cabeza, diciendo:

— ¡Juanito, no me mires! He llamado al hermano, y no al juez.

— Y el hermano es el que ha venido, Clara.
— respondí acercándome para besarle su frente ardorosa.

Esta demostración, poco aprensiva, la tranquilizó completamente, y más animada me expresó su extrañeza por la tardanza de Berta, la sirvienta. Desde las doce faltaba. Fue a la botica y hasta ahora. La otra criada había muerto hacía tres días. No quise decirle que la faltona yacía en el zaguán fulminada por la peste, y la aseguré que de todas maneras allí estaba yo para reemplazarla; que no se preocupara de otra cosa, que confiara en mí que no me apartaría de su lado sin dejarla buena y sana.

— ¡Ay, Juanito! — gimió la desventurada, — te veo, porque hay luz, y sin embargo te veo como antes en la obscuridad: con alas de ángel. ¡Pobre de mí!

Tenía sed y fui a la cocina por agua. No había fuego: partí las astillas, puse el carbón y la mecha en la hornilla, calenté el agua, tosté un mendrugo de pan y la lleve el líquido templado, con hermoso color de oro. Todo este trajín, en aquellos momentos terribles, en la soledad de la casona que tantos recuerdos despertaba en mí, oprimía dolorosamente mi corazón. Pero la caridad me daba alientos sobrehumanos. No sentía miedo, ni repugnancia. Creo que lo que yo sentía era placer, satisfacción

íntima de hacer lo que hacía. Me creía invulnerable, y tal vez lo fuera, por la virtud misma de mi obra.

Como la receta borroneada por el médico no pudo traerla Berta, hube de ir yo mismo a la botica. Antes recogí piadosamente el cadáver del zaguán y lo deposité a duras penas, que mis fuerzas no eran muchas, en una habitación interior. Luego fui a la botica y a avisar de paso a la funeraria.

La botica estaba llena de mujeres que lloraban, de hombres que se impacientaban; unos entraban, otros salían, y el mancebo del despacho, en talle de repartir más gansadas que medicamentos, maltrataba a todos de palabra, lo mismo a criados que a señores, que en aquellas horas de angustia no había más jerarquía que la de la soberana muerte.

— ¡Esperarse! Yo no tengo cuatro manos. Si no acomoda, se marcha...

Y así a todos. Unos entraban, otros salían, y entre las lamentaciones se mezclaban juramentos. Hasta reñían por ganar turno, y contra el mostrador se estrellaba la ola miserable de servilones indiferentes y deudos afligidos, en busca de la panacea deseada. Salí de noche y encontré a Clara peor, con delirio intenso y temperatura altísima. La di el brebaje que traía en la forma recomendada por el médico, y de hora en hora, cucharada tras cucharada.

¡Noche espantosa! ¡Qué larga, qué triste, junto a aquel lecho de agonía, a la luz de aquel cabo de vela, que se consumía tan rápidamente como la vida de la infeliz apestada! Atento yo al reloj, no perdí un

minuto, y alguna vez, al aproximarla la cuchara a los labios, recobro Clara su lucidez y me decía:

— Es inútil, Juanito, ¡si yo sé que me muero! !Este es mi castigo!... Yo no tengo muñeco que dejarte, como nuestra pobre Laurentina, gracias a Dios; pero esta casa, tal como queda y toda ella, es para ti, para ti solo... Apenas caí enferma, lo escribí, porque sabía que no volvería a levantarme... Por ahí, en algún cajón de esos debe de estar el papel...

Sus ojos se cerraban y el letargo la inmovilizaba por mucho tiempo. A la una de la madrugada se puso tan mala, que yo creí de mi deber avisar a la iglesia y corrí hasta Santo Domingo, donde no encontré fraile ninguno que sirviera para el caso, unos porque no podían salir solos, otros porque estaban ocupados en la oración y algunos porque andaban tan atareados como los médicos y los sepultureros. Había que esperar turno, como en la botica: dejé el apunte, sin embargo, y me volví; el calor era muy sofocante, y la atmósfera parecía pegarse a la piel. La ciudad no dormía, velaba horrorizada, como yo, entre el flamear de los cirios funerarios, los rezos y los sollozos.

Clara estaba peor. Clara se moría. El cabo de vela agonizaba también. Cuando yo me acerqué al lecho, sin reconocerme, porque la vida se apagaba en sus ojos, ayudada por mí, Clara se incorporó y con un último estertor recostó su cabeza sobre mi pecho; impetuoso, como chorro que escapara de un caño abierto, salió de su boca el líquido negruzco en que vi bañada a Berta en el zaguán, salpicándome todo, y yo no sentí asco ¡oh!, no, sino compasión, pena

hondísima de saber que mis brazos estrechaban el cadáver de mi hermana.

La vela se apagó entonces, y en la siniestra oscuridad lloré y recé largo tiempo, mucho tiempo, un siglo, que tanto duró aquella noche y más también, contando los minutos como yo los contaba, sin atreverme a apartarme del lecho ni dar luz, porque no sabía si encontraría lámpara, ni si la habría en toda la casa.

Un siglo en la sombra, solo y entre dos cadáveres. No me movía, que más que el silencio, cualquier signo de vida me causaba pavor, yo que hasta entonces había permanecido entero, y cuando al fin, ¡al fin!, rayitas de tenue claridad se filtraron por las maderas delineando el rígido cuerpo, las abrí y di paso al día, como amigo que me brindara el consuelo. Era el día, pero ¡qué día!, más espantoso aún que la noche lúgubre.

Había que pensar en el entierro, dar los pasos legales, volver a la funeraria... Lo primero que hice fue amortajar a Clara, sencillamente, envolviéndola de la cabeza a los pies con una limpia sábana que hallé en el fondo de una cómoda, y a falta de cruz la puse el escapulario que me dio Sara; cirios no tenía, y me contenté con cortar unas flores del patio y esparcirlas sobre su pobre cuerpo, que lo mismo las flores que las luces representan la oración grata al Señor. Luego me fui a la oficina correspondiente de la sección y a la funeraria.

En la funeraria, un corralón con patio que parecía cuadra, trabajaban muchos obreros, unos aserrando

madera, otros puliéndola, otros encolando y todos fabricando ataúdes, más grandes, más pequeños, que tan pronto eran terminados no faltaba gañán que arrebatará el encargo y saliera con él a escape. Y lo que más terror me causó fue que aquellos carpinteros de la muerte despachaban su tarea cantando, con risas y bromas grotescas, sin pensar en la oportunidad de la frase que dice que nadie sabe para quién trabaja... Si no fuera por la forma característica, sin forrar, ni pintar, ni ostentación alguna de emblema religioso, las cajas serían como las comunes del comercio, y esta irrespetuosidad apenas más que la indiferencia de los fabricantes. Pedí la que yo había encargado la víspera y me la enseñaron; pero ninguno de aquellos hombres quiso cargar con ella, ni el que allí aparecía como jefe o amo se prestó a consentir que nadie abandonara el trabajo, por lo cual, sin titubear, hice lo que había visto hacer a los otros, cargar yo mismo con ella, después de pagarla y pedir otra que debía estar lista dos horas más tarde.

Salí, pues, con mi féretro al hombro, y confieso que me pesaba tanto como si llevara un mundo encima, más bien de la aprensión que del peso mismo de las ligeras tablas de pino. Y ¡oh condición irremediable de lo humano!, al pasar por una panadería abierta, el olor del pan fresco alborotó mi estómago, que desde la mañana anterior no probaba gota, y siendo órgano al que no convencen más razones que las que le entran en forma substanciosa y apetecible, hube de arrimar mi horrible fardo a la pared, entrar y comprar bizcochos y un pan largo

como el calvario que aún me faltaba, y con todo ello y la caja, lo indispensable para el vivo y para el muerto, contraste en acción, apreté el paso y llegué, sin encontrar alma ninguna, aunque a mí, y en trance tal, muy poco se me daba encontrarla.

Como todas las cajas eran iguales, y así como no se paraban en adornos, tampoco se cuidaban de centímetros más o menos, fuera de los casos excepcionales de estatura, acosté a Clara en ella, la cubrí de flores y la expuse en la sala nuestra, tan desnuda ¡ay! como la alcoba y como la casa toda. Cuando di término a mi triste obligación, me sentí tan agobiado, que caí en el sofá y cerré los ojos por no ver aquella caja mísera de pino, en que encerrados quedaban los últimos restos de mi pasado y de mi familia. El hambre ya no la sentía; el sueño no quiso acudir, y me pasé las dos horas de espera volviendo las hojas de aquellos días de mi niñez en que la dureza de Clara y las injusticias de todos hacían que elevara plegarias no escuchadas al dios de los humanos, Satanás.

Hube de salir a buscar, a su tiempo, la otra caja, pero esta vez una buena alma, mozo de cordel o qué sé yo, quiso traérmela y hasta prestarme la ayuda que, aniquilado por emociones tantas, necesitaba, y él fue, ¡Dios se lo premie!, quien colocó el cadáver de la criada en el ataúd, reiteró en la oficina correspondiente el pedido de entierro, y con estos y otros servicios me permitió descansar en uno de los umbrales del patio, a la sombra de los jazmines y en medio del tétrico silencio del caserón.

Vinieron los enterradores, cargaron los dos féretros en el mismo carro, promiscuidad a la que yo me opuse y dio motivo para que se me dijera que otros muchos habían de recoger en la misma calle; quise acompañarles hasta el cementerio, pero me advirtieron que allá no llegarían hasta muy entrada la tarde, y como yo no podía cejar en mi piadoso deseo ni había de abandonar a mi hermana sino en el seno de la tierra sagrada, les previne que allí iría de todos modos, con lo que se marchó el carro siniestro y yo detrás, después de cerrar la casa, inmensa tumba vacía.

Fuimos recogiendo cajas y más cajas en el camino, todas las que pudieron caber, y eran tantas, puestas unas sobre otras, que porque no cayeran con los barquinazos, las amarraron como se hace con los fardos de marcancías; así y todo, amenazaban venirse abajo, y los que formábamos el triste cortejo, los mozos y algunos parientes, acudíamos a remediarlo, y de estación en estación, el peso de la carga, la ninguna prisa de las bestias, lo lejano del cementerio del Sur, estercolero oficial de la epidemia, adelantaba la tarde, y el calor y la fatiga de la marcha nos restaban las pocas fuerzas que por milagro nos quedaban. De mí sé decir que, ayuno casi, aquella peregrinación acabó de aniquilarme, y cuando llegamos al cementerio, a tiempo que el sol se escondía, tapada la cara por excusarse tan afflictivo espectáculo, en la caseta del guarda requerí y me prestaron auxilio, que me devolvió momentáneamente la energía.

Llegamos, pues, y vimos que había otros carros, tan bien cargados como el nuestro, muchas fosas abiertas y muchos obreros que abrían nuevas; y en las que estaban ya listas arrojaban los féretros, desde lo alto de los carros, a veces con tan poco miramiento que se desvencijaban, rellenándolas aprisa y cubriéndolas de tierra. No consentí yo que manos tan desahogadas tocaran el de Clara, y con la ayuda de la buena alma que señalé antes y cuyo nombre siento no recordar, cuidadosamente lo cogimos y lo depositamos en la fosa; yo mismo puse sobre ella las últimas flores que traía, y planté una cruz con señal que me permitiera más tarde reconocerla para disponer la sepultura definitiva que deseaba erigirla y la erigí más tarde.

Y cumplido mi deber hasta el último límite, salí y me senté en un poyo de piedra que junto al portillón había. Era ya de noche, y con ser de noche seguían acudiendo los carros atestados de cajas, fúnebre cosecha de la horrible viajera brasileña, y los azadones martilleaban detrás de las tapias. Pensé en Arturo y en la imposibilidad de volver a casa, por no llevar el contagio. Mis ropas, como la túnica de la fábula, debían estar envenenadas. Sentí opresión, por la primera vez, comezón de arrojarlas de mí, de lavarme, de purificarme, y me lancé por las oscuras calles del entonces apartado barrio.

No había puerta abierta, ni movimiento, ni demostración alguna de vida exterior, como si toda se reconcentrara en las casas, silenciosas como tumbas, y adentro la terrible lucha con la muerte hubiera cesado. Hasta las tiendas estaban

entornadas, y entre éstas vi una, en no sé qué calle, ¡cualquiera se acuerda!, un bodegón italiano, con luz de quinqué, mostrador chapeado de hoja de lata y mesillas sin otro mantel que la mugre, en el que entré, desfallecido de hambre, y de pie, sin mirar el plato de loza que me pusieron en la mano porque el asco no me revoliera el estómago, devoré un condumio hecho de cualquier cosa, carne, pescado, legumbres, o todo esto junto, de sobras destinadas a la espuerta, quizá. En aquel momento el único parroquiano era yo, y mientras comía, la mujer que me había servido, una italianota que destilaba grasa, se pasaba los dedos rechonchos por los ojos, como si llorara; díome la pícara gana de mirar al fondo de la trastienda, y descubrí cuatro cirios encendidos y una caja en la habitación contigua... Dejé el plato, pagué y huyendo salí en dirección a mi casa, no con ánimo de entrar todavía, sino de saber lo que hubiera ocurrido durante mi ausencia y tranquilizarles a mi vez.

El calor no me dejaba andar. La fatiga tampoco. Sentía hormigueo, pesadez y ansia de arrimarme al quicio de una puerta y quedarme allí dos días, tres días, una eternidad. Sin embargo, quieras que no, llegué a la calle de Maipú, toqué el llamador y, manteniéndome a prudente distancia, por la cancela averigüé de *Bullebulle* lo pasado y que era bastante desagradable: la vieja Damasia había caído enferma repentinamente, y no consintiendo el cariño filial dejarla morir como un perro, Sara voló a su lado y allí estaba desde la mañana, y lo peor era que, con la prisa y la alarma, se marchó sin un real y acaso ni para medicinas tuviera. Afligido por esta desgracia y

el peligro que corría su mujer, *Bullebulle* lloraba. Yo le dije:

— No te apures, que ahora mismo iré a casa de Damasia y las llevaré cuanto hay menester. Si tú fueras, no podrías volver y Arturo quedaría solo.

¿De veras? ¿El niño Juanito de Dios sería capaz?... Pero ¿de qué acción noble no era capaz el niño Juanito de Dios?

No sé cómo ocurrió; mas de pronto, y éso que la reja nos separaba, se apoderó de mi mano y la besó.

— ¡Imprudente! — protesté yo, — no me toques, que puedes contagiarte.

— Eso quisiera yo — contestó el simple, — contagiarme de su bondad, seguro que había de entrar en el cielo.

Al ruido de nuestras voces acudió Arturo, a quien el aislamiento en que le teníamos desesperaba por una razón principalísima, que luego diré, y la inquietud de mi ausencia y la de Sara. No le dejé acercarse a la cancela, que ya me parecía que con mi solo aliento podía matarle, y brevemente le conté la muerte de su tía omitiendo detalles que le impresionasen; el mismo sentimiento de caridad, en mí tan ardiente, alentaba en él al punto de querer venirse conmigo a compartir peligros en la cristiana campaña en que me veía, sobre todo porque Sara, su madre, expuesta estaba a morir; pero yo no lo consentí de ninguna manera y me marché recomendándole, y también a *Bullebulle*,

cuanto a un hombre, sensible como yo, en tan triste trance se le ocurre recomendar.

Me marché, pues, y de nuevo di cara al enemigo, tan ligero y libre de todo cansancio, que era maravilla. Figurábame que la caridad misma, por no hacerme pesado el camino, me conducía como en el aire, pues aquella fatiga que me privaba del ánimo al regresar, obseso por los recuerdos de la espantosa jornada, se trocaba ahora en la satisfacción de la misericordia, de la utilidad del socorro que a Sara y Damasia llevaba, las dos servidoras humildes en quienes la fidelidad ocupaba la plaza del parentesco y que, por las leyes que rigen el corazón, más derecho tenían a mi sacrificio que mi hermana infeliz. Sara y Damasia formaban parte de mi familia, no la oficial, sino la que el destino me deparó, y extraño fuera que negara a la gratitud lo que a la sangre no había negado.

He dicho que la casa de la vieja lavandera estaba tan lejos de lo que sigue llamándose el centro, que aún se recordará lo que me costó dar con ella cuando la primera vez fui a entregarla la vida de Arturo; de entonces acá se había hermoñado mucho el barrio, pero no por eso quedaba más cerca, y lo peor, detalle singular que ya se apreciará lo que importa, conservaba la casa su molesta posición sobre un *tercero* o barranco que inundaban las lluvias y que los procesos edilicios en que aquella fecha de la epidemia no habían llegado a suprimir por el fácil remedio de la nivelación. Es decir, que la casa de Damasia seguía asentada a metro y medio de altura sobre la calle, y la acera ofrecía los riesgos de un precipicio a ciegos, imprudentes y descuidados, y no

se diga nada del puentecillo que ligaba ésta con la de enfrente, porque apenas se echaba el pie encima, se ponía a danzar como un puente de barcas, y si acaso el agua llenaba el arroyo, valía más no cruzarlo, que entre el porrazo y el remojón no se sabía qué escoger.

Tal deseo tenía yo de llegar, que llegué como en volandas y cual si descansando hubiera pasado el día entero. Más o menos serían las diez de la noche. Por aquellos suburbios la luz era de aceite, y con esto doy a entender que andaba a tientas, y si no supiese que la casa era la segunda del puente a la derecha, no la encuentro, tan negro estaba todo y tan sobrecogido yo del silencio del contorno. Adiviné, que no descubrí, la puerta, y llamé, contestándome los perros vecinos con ladridos tan lastimosos como si llamara la misma Muerte en su merodeo por el barrio; llamé más recio y abrieron, sin que yo columbrara quién abría, porque el zaguán estaba a oscuras, como la calle, y la persona que salió, hombre o mujer, no traía luz, sino una voz debilitada y menesterosa que apenas pudo preguntarme:

— ¿Qué desea usted?

Dije quién era, y aquella sombra se desplomó a mis pies sollozando y abrazándose a mis piernas, que no me dejaba menearme; más quería yo moverme y me estrechaba ella, hasta que al fin percibí en sus lamentaciones mi nombre mal articulado y reconocí a Sara con mayor dificultad que lo que aquí encarezco, porque el cambio de su voz era pasmoso y sólo en estas palabras: «¡Ay, *niño*

Juanito de Dios!...» comprendí que, en aquel lugar, ella únicamente podía llamarme así.

Como no se levantaba, ni consentía en despegarse de mí, con ligero esfuerzo me desligué de ella y sobre las baldosas quedó gimiendo, mientras yo daba luz al quinqué del zaguán y reparaba desde luego, en el ardor de la piel y otros síntomas ya conocidos de mi experiencia, que Sara estaba herida de la peste, y por desgracia, grave. La cogí en mis brazos y, familiar de la casa modesta y limpia donde se había deslizado la infancia de Arturo, la llevé a la alcoba principal, que yo sabía tenía dos camas y una de las cuales presumía que debía de ocupar Damasia ; pero, antes de entrar, Sara quiso explicarme algo que yo no entendí, debatiéndose al mismo tiempo, como si no quisiera que allí la llevara; yo, que ignoraba hubiera otro lecho en toda la casa, entré decidido, y, ¡más me valiera no haber entrado!, en la mal alumbrada habitación, tendida sobre la cama, revueltas las mantas y bañada en el negro vómito, estaba Damasia, Damasia muerta...

Aunque apenadísimo por tal espectáculo, como soldado que en la batalla se endurece contra las emociones y siente centuplicado su valor, no vacilé; recosté a Sara en la cama libre, y sobre el cuerpo de Damasia extendí una sábana para que la vista de la madre no exacerbara el dolor de la hija y empeorase su estado. Luego busqué medicinas, paliativos, todo lo que en el arsenal inútil del empirismo había yo aprendido a manejar durante la asistencia de Clara; unas cosas las había rodando por mesas y vasares, otras tuve que salir a buscarlas fuera, recomenzando

la peregrinación de la noche anterior, de la botica al médico, del médico a la funeraria, de la funeraria a la iglesia, acechado por la muerte, a la que no temía y desafiaba con mayor bravura cuanto más cerca de mí andaba. Y todo aquel trajín, completamente estéril, porque ni médico, ni cura, ni nadie vino a prestarme auxilio, en vez de rendirme, me daba fuerzas, que no sabía yo cómo ni de dónde la fatigada máquina de mis nervios y de mis músculos las sacaba, tan poderosas que, aun faltándome el aliento después de una correría, me sobraban para decir a Sara, cubriendo con mi cuerpo la espantosa silueta de la difunta:

— Esto no es nada: disgusto, cansancio, ¡qué momentos habrás pasado, aquí sola!

La pobrecilla no hablaba y fijaba en mí sus ojos calenturientos, que brotaban gratitud. He de confesar una cosa; me sale del corazón y no debo callarme: junto al humilde lecho de Sara experimentaba yo dolor más grande que el que sentí en la calle de Balcarce junto a mi hermana. Estará mal que lo diga así, en forma tan descarnada, pero es la verdad, y no tengo para qué fundarla en razones, que bien alto hablan sus títulos de madre de Arturo y colaboradora de mi obra de misericordia.

A su lado pasé la noche, sentado de espaldas al sitio en que descansaba el cadáver de Damasia, y un gato me hizo compañía, entrando, saliendo y llenando la casa de maullidos tristesísimos. Por la mañana, tempranito, vino una chiquilla de catorce años, que estaba al servicio de Damasia durante

el día, y era muy lista y modosa: ¡gracias a Dios!, porque a mí el cuerpo se me caía, y con el café que ella preparó y tomamos los dos en la misma mesa de la cocina, a pesar de sus respetuosos melindres, me entoné bastante y la cuerda de mi voluntad adquirió nuevo vigor, prueba palpable de que el alma sujeta está a las miserias del cuerpo.

No mostraba la chica grande aprensión, y con el desparpajo de sus años me contó que la víspera, cuando ella se marchó, Damasia no había muerto, ni Sara estaba tan enferma como ahora. De lo contrario, se habría quedado. ¡Lastima que así no fuera, y no pasara yo tan horrible noche!

Entretanto, llegaron los de la funeraria y unos señores que dijeron ser de la Comisión Popular y el médico, todos juntos, y llevado de mi compasión pedí yo que me ayudaran los mozos a trasladar la enferma a la salita para que no asistiera al acto de poner en la caja su madre, y la trasladamos, dejándola allí con el médico, que no hizo más que lo que yo había hecho, ni los de la Comisión Popular tampoco. Una vez instalada la enferma, volví al cuarto mortuario y con mis propias manos amortajé a Damasia, con el mismo cuidado que dediqué a Clara y la misma cariñosa solicitud, y cuando en hombros de los mozos la sacaron, la acompañé hasta la puerta y la despedí tristemente. Habían dispuesto aquellos señores que se fumigara toda la casa y echaron cloruro, ácido fénico o no sé qué apestosa materia, con lo cual y mi debilidad estaba yo tan mareado, que la cabeza y los pies se me iban.

Las horas que transcurrieron hasta la tarde fueron penosas. No quería dejar sola a Sara, porque su gravedad aumentaba por momentos y su mirada me suplicaba que no la abandonase ; en una silla, a su cabecera, asistía desesperado a su agonía y ni palabras ni alientos tenía para consolarla. Dos veces se presentó la chica para instarme a que tomara algo y la rechacé, que la misma extenuación me quitaba todo deseo. Pero al mediodía, como sintiera que me aletargaba, pedí dos huevos y los tomé con repugnancia, y también un trago de vino.

Por la noche me acometió vergonzoso temor de quedarme solo. Poco a poco, en mi imaginación, las escenas de luto que de dos días atrás venían sucediéndose adquirían relieve fantástico y la sombra de la Peste comenzaba a ofuscarla. Como creía antes tenerla metida en las ropas, ahora creía sentirla adentro, muy adentro, entretenida en destruir la esencia de mi vida. Y para colmo de necia imagería, me pareció que el gato negro, que seguía mayando lastimero, era el alma de Damasia vagando por la casa.

Rugué a la chica que se quedara aquella noche y ella consintió siempre que la permitiera avisar antes a su madre. Pues todo el tiempo, una media hora, que la chica permaneció ausente, yo deserté del lado de la moribunda y en la puerta de la calle estuve esperándola, con infantil impaciencia, hasta que volvió, no sola, sino acompañada de un sacerdote y un monaguillo, caminando los tres entre

las sombras de la calle tan silenciosamente, que parecían fantasmas.

Dióme grande alegría ver al hombre de Dios, y con él y los dos muchachos entré en la salita; siendo inútil prevenir a Sara, porque le faltaba ya el conocimiento, y si no estaba muerta, poco debiera quedarle de vida. Nos hincamos todos en derredor del lecho, y muy aprisa, que otros esperaban turno, la impuso el sacerdote la extremaunción, con indiferencia maquinal que compartía el monago, avisado chicuelo, cuyos amenes tenían algo del tono que debía emplear en sus juegos. Al decir el último de ellos, se levantó, y pegado a la sobrepelliz del cura, marcháronse ambos prestamente a dar el pasaporte a dos vecinos del lado. Yo seguí de rodillas, y así me quedara toda la noche, oyendo el silabeo de la liturgia latina, como embobado o aplanado del peso de tanta fatiga, si el gato negro, que era en mi ilusión el alma de Damasia, no pasa rozándome con el tieso penacho de su rabo. Salté entonces y me senté en la silla, sobre cuyo respaldo doblé la cabeza. Porque me pasaba una cosa muy singular, y era que el sentido de la realidad no lo percibía; la misma indiferencia del clérigo y el monaguillo, a quienes en fuerza de contemplar las tristezas y los horrores de la peste nada interesaba ni conmovía, y así el uno recomendaba el alma regateando el tiempo, y el otro se asociaba, según el precepto, jugando con la llama de la vela; la misma, digo, y por igual causa, me hacía caer en aquella silla y cerraba mis ojos y me aletargaba completamente.

La chiquilla se había sentado enfrente de mí y sus ronquidos alternaban con el mayar del gato, es decir, ahora me doy cuenta que tal debía de ser el rumor que entonces, en aquella noche aciaga, embrolladamente escuchaba y yo atribuía a rezongos de ánimas en las simas del purgatorio. Lo cierto es que no llegué a dormirme, pero tampoco velaba, y en este estado de inconsciencia pasé largo rato, qué sé yo cuánto tiempo, mucho, sin duda, porque el primer porrazo que sobre las persianas de la misma salita llegué a oír era el último de la serie que en la puerta de la calle había repicado inútilmente.

Como salté al rozar del gato, aturdido me puse de pie y miré a mi alrededor. . . La muchacha dormía y en la cama de Sara ni soplo, ni movimiento, indicaban que la vida luchara aún; me incliné y la vi muerta, manchada con las heces de la agonía... Al mismo tiempo, dieron otro porrazo en las persianas y oí voces que eran, ¡Dios mío!, las de Arturo y *Bullebulle* o se les parecían tanto que, asustado de que pudieran ser y que, entrando, el horrible contagio hiciera en ellos presa, perdí el poco sentido que me restaba, apagué la luz, corrí a la ventana, la abrí y dije a las dos sombras de fuera:

— Acaba de morir; si venís por su alma, os la entregaré sin resistencia.

— ¡Papá! — exclamó afligidísimo Arturo.

— ¡Niño! — sollozó el infeliz mulato.

Yo no les reconocía bien; pero sabía, seguramente, que eran ellos, y por nada del mundo les dejaría entrar. Si entraban y me tocaban las ropas envenenadas, muertos quedarían sin remedio, bañados en el negro vómito, como Clara, como Berta, como el tabernero, como Damasia, como Sara, y como yo mismo, que creía sentirlo y aspirarlo inundándome todo el pecho. Si entraban y morían, como por fuerza habían de morir, no habría féretros en que enterrarlos, pues todos se acabaron en la ciudad apestada; quedaba sólo uno, y éste era para mí, que tenía yo que ir a buscar y traerlo a costas, como el otro. ¡Que no entraran, que no me tocaran!

Hablábanme los de fuera, y yo todo era contestarles disparates, sin apartarme de la ventana ni querer abrirles; y los tristes, que pasaron la noche y el día con ansiedad creciente por Sara y por mí y que rompieron la consigna del aislamiento viendo que ni yo llegaba ni enviaba noticias, ni aparecía tampoco la otra, se desesperaban en la sombra y afligían de mi actitud incomprensible, que mi carácter nunca fue de broma, y las circunstancias no la consentían de tal índole. Dedujeron, al cabo, que yo no estaba en mi juicio, lo cual era verdad, sintiéndome yo mismo bajo el influjo de una extraña borrachera, que también el dolor, como el vino, perturba momentáneamente, cuando no apaga del todo la razón, según su mayor o menor intensidad, y convencidos de que conmigo no podían entenderse, renovaron los golpes en las persianas y en el portal.

Tantos dieron y tan fuertes, que la chica despertó, y encontrándose a oscuras me llamó llena de susto. Yo la ordené:

— ¡No abras!

Pero o no reconoció mi voz o el timbre de ésta debía ser hueco y así como ultraterreno para sus oídos embotados por el sueño y su imaginación, en la que no sería menuda zambra la que armarían los difuntos arrastrando los sudarios; atropelló hacia la puerta de salida, tropezó en la cama y sus manos con el cuerpo de Sara, lanzó un alarido y escapó.

Comprendí que iba a abrir; sin duda se dirigía al zaguán y el espanto la haría correr hasta su casa. Si abría, los otros entraban, pillaban el contagio y se morían; sobre todo, si me tocaban a mí, a mis ropas envenenadas. Me deslicé en la oscuridad y detrás de la cancela de hierro me escondí para huir yo también, si ellos entraban; lo esencial en aquel momento para mí era que no me tocaran, porque no quería que, en su heroica imprudencia, recibieran la muerte de mis manos.

Abrió la chica, y antes de que ellos entraran se escurrió más lista que un galgo; entraron ellos, y como se sabían la casa de memoria, pasaron el zaguán y la cancela: no podían verme, apretándose yo a la pared para que no me rozaran, y cuando penetraron francamente en la primera habitación, corrí hacia la calle, como la chica, y queriendo poner entre ellos y yo mayor obstáculo, me aventuré a ciegas en el puentecillo bailarín.

¡Ay!, ¡que así terminara mi aventura caritativa! ¡Y cómo debieron de reír el Satanás de mi cuadro y la trágica intrusa brasileña!

Porque metí la pata en el vacío, como cualquier romántico de menor cuantía, y me fui del puente abajo, magullándome todo y quebrándome un hueso...

VII

Decía que una causa principalísima molestaba, al par de otras muy respetables, a mi sobrino Arturo en el encierro a que le condenaron aquellos negros días de epidemia, y era que estaba Arturo enamorado y ya en serias relaciones con una chica lindísima, Isaura de nombre, la que tenía algo que ver con los Maltán de Pablos por parentesco, aunque tan de lejos que casi no se veía. Sinceramente declaro que cuando el muchacho me confesó su pasión por Isaura Maltán, me dio pena de pensar que pudiera recibir seguras calabazas como las que yo recogí de Delfina. No conocía a Isaura Maltán, pero me la figuraba tal y como mi pesimismo pretendía injustamente que fueran las señoritas casaderas en general, y siendo Arturo según retratado queda, ¿quién iba a quererle? ¿Quién había de apreciarle, dotado de las más extraordinarias cualidades y fuera del nivel común, exento de las vulgares máculas que son prenda de alianza en el rebaño humano, de confraternidad y mutuo reconocimiento?

¿Qué sucedería si un soberbio faisán dorado, de copete airoso y cola de pintadas plumas diera en la flaqueza de rondar a la gallina humilde o a la hembra patoja de un palmípedo de tres al cuarto? Huiría despavorida de tan gallardo caballero, que no era de su baja estofa, si ordinaria de suyo y mal educada no contestaba a sus floridas frases con un picotazo soez.

Pues tal imaginaba yo, y pase la comparación, que con Arturo e Isaura ocurriría, convencido de que a sosa, insignificante y necia no la ganaba ninguna de su especie. Y esto de que el faisán de mi casa perdiera una sola de sus preciosas plumas en corral indigno y volviera a mí con el copete bajo y vapuleado, me causaba disgusto y lástima.

Mi única aspiración, de la que tanto se reía mi padre, fue la de alcanzar la felicidad sobre la base de la familia cristiana, y para conseguirla empleé aquellos recursos ingenuos que tan triste resultado me dieron en sociedad, cual si a caza de liebres llevara red para mariposas. Siendo Arturo otro don Perfecto, quizá más acabado que el original, echaría mano de los mismos recursos e igual batacazo sufriría, lógicamente pensando. A fin de evitarlo, creí oportuno darle, aunque repugnaba a mi carácter, una leccioncita en este sentido revelador de mi irremediable misoginia.

— No conozco a la prójima, pero me la figuro muy presumidita y tan bobita como otras muchas, y gracias que sólo tenga estos defectos generales. Tan grandes como son los inconvenientes del matrimonio, harás bien en estudiar si ella te trae, en hacienda o en otra forma práctica, el contrapeso necesario para el equilibrio, no sea cosa que toda la carga vaya de tu lado y te aplaste. Resuelta esta cuestión primordial, cuida de no presentarte ante ella tal cual eres, sino como son los demás, vale decir, oculta tu personalidad, que la desagradaría, y disfrázate con otra fanfarrona, calavera y sin

vergüenza; si no, no triunfarás, ¡te lo digo yo! Si te ve las alas de ángel, estás perdido...

Perdido fue mi sermón, porque la Isaurita del cuento era la excepción más hermosa de la regla que yo quería fijar en absoluto. La primera vez que Arturo me la mostró con su cofia blanca, su esclavina azul y la faldita gris, uniforme de las educandas de la Merced, confundida en la fila procesional, manojos de flores que se sacan a orear fuera del búcaro en que languidecen, ganó mi simpatía aquella joven de modestia y belleza tantas, que confundida entre muchas, descollaba entre todas.

Huérfana, con una dote muy exigua, abandonada de los Maltán de una y otra banda que no se creían obligados a mirar por ella, la chica había concluido hacía tiempo sus estudios y no dejaba el colegio porque no sabía dónde ir, ni quería vivir arrimada a familia que pretendiera tratarla en un pie inferior al que su apellido le daba derecho. Estas y otras circunstancias que luego supe de su propia boca, muy bonita por cierto, desvanecieron mis prevenciones, contribuyendo a ello más que nada la idea de que el viciado ambiente de los salones no había ajado la pureza de su alma; ningún hombre había estrechado su talle, arrastrándola en el vértigo del vals, ni tuvo ocasión de corromperla con sus palabras, como tampoco el mal ejemplo de las amiguitas pudo deslumhrarla y engañarla. Tampoco tenía madre ambiciosa, como misia Candela, ni padre avaro, como don Isaías, y por lo tanto holgaba el recelo de consejos, que si los da el cariño, no los refrenda siempre la prudencia. Era un lirio, cultivado

en estufa, y entiéndase con esto el cuidado sabio y el aislamiento discreto, la salud robusta del alma que no ha pasado las noches en claro bajo la luz artificial, que también roba a la piel colores y frescura; entiéndase esto, repito, no la debilidad anémica ni la contextura quebradiza, el pensamiento estrecho o el corazón apocado.

Luego, su modo, su manera peculiar, naturalísima, de hablar, de sonreír, de razonar, hasta de llorar ¡vamos!; si no lloraba como las otras, refiriéndome sus tristezas de huérfana, sus temores de tender el vuelo por aquella inmensa ventana del colegio que se mantenía abierta para ella sobre el mundo; lloraba sin sollozos, sin visajes, sin suspiros histéricos, mansamente, dulcemente... Un solo defecto la encontraba yo, y mujer que tiene sólo un defecto ha de tenerse por perfecta: su afectación de marisabia, el prurito de enseñar a los demás, el afán de probar, en la conversación corriente, sus estudios y lecturas; pero este resultado de la vida escolar lo perdió a poco de salir del claustro.

A mujercita así, y que la suerte quiso poner en el camino de Arturo, no era menester presentarse con disfraz mundano y pervertido; al contrario, quien tal hiciera, fuese disfraz o la propia envoltura, saldría por pies de seguida. Queda dicho, pues, que las bondades de mi sobrino fueron su mejor pasaporte y mis pesimistas augurios baldíos, con grande contentamiento de mi parte, que me tuve por derrotado muy a gusto.

Para demostrarlo, como Arturo había concluido ya su carrera, resolví apresurar los preparativos de la boda en cuanto de mí dependiese. Antes, movido de natural aprensión, consulté al médico acerca de si los síntomas, aunque ya muy atenuados, de su enfermedad podían ser o no podían ser un obstáculo para nuestro proyecto, y hasta peligro grave. Entonces la ciencia estaba más a oscuras que ahora, y el genio no había descubierto aún el mundo grandioso de los microbios. . . El médico, que no veía más allá de sus anteojos, contestó que ni obstáculo ni peligro existían, ni siquiera remotamente. Y como el médico lo dijo, basta.

Se corrieron los trámites, algo engorrosos, de la benéfica institución; buscamos casa más grande, y cuando se daba la última puntada en el ajuar sobrevino la catástrofe del 71, o mejor dicho, la serie de catástrofes que nos enlutó a todos y me tuvo a mí con la patita tiesa y el cuerpo resentido un buen par de meses. Hubo de dilatarse, naturalmente, la ceremonia, y el cambio de circunstancias trajo el cambio de nuestro proyecto en lo relativo a la morada de la futura pareja: heredero de mi hermana Clara por su testamento, determiné alquilar la vieja casa paterna, previo un lavado de cara higiénico, y ocupar esta quinta de Belgrano en que ahora escribo tristemente, llorando con mis recuerdos, y que el inglés había hermoñado tanto, que era un paraíso propio para que mi sobrino colgara en él el nido de sus amores y disfrutara yo de la vida retraída a que mi asco del mundo me empujaba. Bastante urbanizado ya el pueblo, con más fáciles comunicaciones,

podía conceptuarse agradable retiro: ¿qué más para que, así yo por mi especial carácter, como Arturo y el inconsolable *Bullebulle* nos apresuráramos a abandonar la casita de la calle de Maipú, donde la eterna ausencia de Sara nos quitaba todo ánimo?

Tan pronto como yo pude andar sin ayuda de muleta. Realizada la evacuación del inglés, se aseó y pintó la quinta de nuevo, se amuebló tal cual está, pues a pesar de los acontecimientos posteriores no se ha tocado un solo clavo, y nos dispusimos a la mudanza, ¿cuándo?, no me acuerdo del mes, pero sí que aun no había pasado el invierno y las carretas portadoras de nuestro menaje se atascaron en el mal camino, que ni de buenas intenciones estaba entonces empedrado.

Y con esto y ningún otro prolegómeno de bulto se verificó la boda, muy modestamente, en medio de los cantos celestiales de las compañeras de Isaura, la rubia y lindísima novia que, entre el incienso y los tules, resplandecía como una imagen. Una vez casaditos, ellos a Belgrano, y yo con *Bullebulle* al Trigal a dar ciertos zurcidos en el contrato del campo aquel, acabados con éxito en pocos días.

La temporada que siguió a este acontecimiento fue más bien el entreacto de un drama, por lo feliz y lo breve, compás de espera entre nuestras desgracias pasadas y las futuras. ¡Qué días aquellos, tan llenos de luz!, ¡y qué pronto se nublaron! Como después de un largo viaje el cuerpo molido busca reposo en el rinconcito familiar, cada cual se instaló a su gusto y dispuso a gozar la nueva vida, suspirando de

satisfacción, encantado el ánimo ante la perspectiva de una aventura sin fin.

Yo, que no soy egoísta y jamás he sentido la envidia (de lo contrario, ¿me llamaría don Perfecto?), congratulábame de aquel idilio que con tales ansias había pretendido representar y en el que no me cabía más papel que el de espectador; veía al Amor enredar en torno mío; jugar en el jardín sobre el regazo, cuajado de flores, de la primavera; discurrir con misterio a la luz de la luna, aletear en la casa y hacer vibrar el aire con la dulce armonía de sus besos, y lo repito, no sentía envidia, joven aún, ni nada que con ella se asemejase, sino placer grandísimo de que lo que yo no pude realizar y lo tenía por mentiroso delirio de poeta, Arturo, mi semejante en todo y por lo tanto reo de mis propias cualidades y condenado a las mismas penas, lo gustase generosamente.

También ¿quién podría compararse a Isaura, no en la belleza, que no era tanta, ni con mucho se aproximaba a la extraordinaria de aquella Delfina fatal, sino en la suavidad del carácter, en lo discreta, en lo sumisa, en lo benévola y hasta en lo hacendosa? Casi, casi, Isaura me reconciliaba con sus congéneres y me hacía lamentar mi celibato. Desde el primer día ella tomó la dirección de la casa, y si antes el reloj de nuestras costumbres anduvo bien, marchó entonces mejor, aunque esto pareciese imposible. Yo me entregué a sus preciosas manos, y su voluntad rigió soberana en esta quinta que aun guarda, y lo guardará mientras no la arranquen de sus cimientos, el recuerdo de aquella a quien yo

llamaba Isaurita con toda el alma y era como la personificación de la felicidad, rubia, pálida, de paso ligero, cual si volara, los ojos claros de turquesa, vestida siempre de blanco con lazos que variaban de color según la hora y el tiempo, valiosa piedra de irisados cambiantes.

Vivió tan poco a mi lado, que no es extraño que esta figura ideal flote entre mis recuerdos, y a lo mejor, cuando más profunda es mi soledad, me parezca que se desliza por estas habitaciones vacías y se acerca a mí preguntándome:

— ¿Qué tal, papá? (Me llamaba papá como Arturo. Con tan inmenso tesoro de amor paternal, no he pasado de padre putativo, o sea honorario.) ¿Qué tal, papá? ¿Se viene usted a dar una vueltecita por el jardín?

Esto sí que no me agradaba mucho, porque era estorbarles. Inventaba pretextos para dejarles solos, y raro era el día que no tuviera algo qué hacer en la ciudad, yendo y viniendo con el único objeto de privarles de mi presencia. Ellos se enfadaban, desearan retenerme siempre, e Isaura me cortaba el paso regañándome:

— Es por no vernos, le aburrimos con nuestras tonterías; ocupados de nosotros le olvidamos y no le distraemos bastante. Tiene razón. Lástima que usted no se casara también, papá; pero, para usted, no hay mujer que se lo merezca. Póngase sobre la punta de los pies y extienda bien largo el brazo: a ver si alcanza aquella estrellita...

— No, hija — protestaba yo defendiéndome, — nunca he puesto los ojos tan alto, ni los he bajado para buscar estrellas en el suelo... Un tiempo hubo, sí, que anduve buscando, no una estrella, sino una mujer, que ni me pago de lírico ni de exigente. Ya ves: ¡una mujer!, una Isaurita, como quien dice, y no la encontré. Como que no había más que una, y esa era chiquitita y la criaban los ángeles para mi señor sobrino. Pues desde entonces, me di por derrotado y me dejé de más tanteos y ensayos, no se me escurrieran los pies, convencido de que había nacido yo sin pareja, y así la persiguiera en los más remotos escondrijos de la tierra y en las más altas capas del aire, no daría con ella jamás. Soy bola sin manija, que todos miran asustados y huyen de ella y se escandalizan, porque no acostumbran a llevar el traje común y a andar donde los otros andan los que no obran ni son como la generalidad: se enfrasan dentro de unos hábitos, o se esconden en una cueva o se suben a un monte, para apartarse y diferenciarse y evitar que les muerda la burla. Así como en los reinos de la naturaleza las cosas y los seres útiles están para ser sacrificados, en el orden de lo humano pasa lo mismo y el malo se come al bueno. Por esto, Isaurita de mi vida, me contento con la felicidad ajena, ya que propia no he de gozarla nunca, y créeme, me gusta veros como dos pájaros enamorados revolotear siempre juntos. ¿Lo dudas?

— ¿Qué he de dudarlo? — replicaba la muchacha, a quien no sorprendían ya mis extraños discursos. — Lo que hay es que usted se ha petrificado en sus rarezas, y ni mujeres ni estrellas lo conmoverían.

Claro está que si usted se empeña en no ser feliz, no lo será; es lo mismo que si teniendo las dos piernas válidas, dijera usted: no puedo caminar. Y no moviendo las piernas, no caminaría. Si Arturo no me busca a mí, no me encuentra. ¡Y cuidado que estaba bien guardada en el colegio!

— Pues te digo — insistía yo — que si me decidiera a caminar, aun sobre terreno que pareciera llano, alguna piedra o algún hoyo aparecerían a lo mejor donde tropezara y cayera.

— ¿Y para qué le ha dado Dios esos ojos, papá?

— Para ver lo que los dichosos ignoran. La felicidad ciega y el dolor moral aguza la vista.

Con estas y otras graciosas polémicas pasábamos muy buenos ratos. Tenía Isaura vastos conocimientos, y gustaba, como he dicho, de mostrarlos, sobre todo en botánica y en las artes de adorno. No pocos injertos del jardín son obra suya; el grande peral del pozo me ofrece cada año su cosecha, y a1 contemplarla en la bandeja que me trae *Bullebulle* renueva mi desconsuelo: también los rosales de la fuente y los manzanos del portón... Plantaba y sembraba con los guantes puestos, para no estropearse las manos, y un sombrero de paja adornado de gasas, que allí está aún, allí, en la percha de su alcoba; yo la había comprado un rastrillo, una pala y una azada de niño, y hacía la aldeana más graciosa y monísima que se ha visto. Pues ¿y en bordados?, un verdadero primor: el almohadón ese del sofá, mi relojera, mis zapatillas, ¡qué sé yo! Primer premio de música,

paréceme inútil decir que tocaba el piano y cantaba de modo que se extasiaba uno oyéndola, y no se cansaba jamás de oírla. De pintar entendía también, sobre todo a la acuarela; y en verdad que no sé yo cómo para todo la sobraba el tiempo y en tan diversas ocupaciones sabía entretenernos y deleitarnos. Arturo, en su delirio, olvidaba el bufete de la ciudad y muchas exigencias vulgares, de las que yo había de encargarme por la fuerza de mi apodo.

Así transcurrió la primavera y llegó el verano. Ellos eran felices y yo también, a la manera del pobre que engaña su hambre recogiendo las migajas del rico. Les veía reír y reía, dejábame que me trajeran y llevaran, que me abrazaran y llamasen a boca llena ¡papá!, ¡querido papá! ,como abuelito que se cae de puro viejo, y estaba allí para servirles y obedecerles y satisfacer sus deseos, los menores y más inocentes. ¡Dulces tiranuelos, al cabo!

El pararme a considerar por qué extraño atavismo aquella pareja gentilísima produjo el Arturito Ríquez de hoy, me pasma y anonada. Arturito tiene más de mi tío Tejera que de ninguno de la familia: ni en lo moral ni en lo físico se parece a su padre ni a su madre, y de mí, que le he criado y educado como a su padre, como no sea el blanco de los ojos no sé qué haya sacado, ni qué se le haya pegado de mi ejemplo. Hombre completo, con todos los vicios y defectos de la especie, ¿quién se los dio?, ¿quién se los ha sugerido, tan bien y con tal arraigo que la educación no ha podido extirparlos? «Esto del nacer es una lotería, decía mi pobre hermana Laurentina;

saca uno la cara bonita o fea y el alma torcida o derecha. El toque está en que la educación o la voluntad lo remedien. Y hay cosas irremediables.» A veces pienso que el alma de Arturito está formada con algo de las de Clara y Laurentina, juntándose en una sola todas las flaquezas que en aquéllas «ni la educación ni la voluntad supieron remediar...»

Adelante. Cuando yo estudiaba, leí de ciertos insectos que viven sólo para amarse, y en amándose mueren: vida de amor efímera y fatal. Esta es la historia de Arturo e Isaura.

Declinaba ya el verano y el primer soplo del otoño estremecía las hojas. Los paseos en el jardín eran cada día más breves, y así que se ponía el sol teníamos que meternos dentro y cerrar las ventanas y hasta buscar abrigo, especialmente Arturo que, consumido de amor y dijera lo que dijera el señor médico, amarilleaba más que las mismas hojas y tosía apoyado en el brazo de Isaura, tan endeble y delgado como una caña. Una tarde, que andaban ellos muy alegres y yo, por no molestarles, me perdía en la huerta, oí un grito, luego otro, y vi venir en mi busca a Isaura, demudada, llorosa, enseñándome de lejos algo que manchaba su vestido blanco, con el gesto desgarrador de Sara aquella noche. Se acercó y reconocí las pintas fatídicas... Jugando le acometió a Arturo un acceso de tos muy fuerte, y recostada la cabeza sobre el hombro de su mujer, ésta le sostuvo hasta que el miedo la hizo huir en demanda de mi auxilio.

Fingí reñirla por librarse a jugarretas de chiquillos, y acudí con ella al banco donde le dejara, encontrándole desmayado y sin color... Aquel fue el comienzo de su agonía.

Ya no salió más al jardín, se arrinconó, se entristeció, y siempre con su heroica frase: «No es nada...» trataba de infundirnos lo que a él mismo le faltaba, la esperanza, en las pocas veces que le engañaban los optimismos de la enfermedad. El piano quedó cerrado, la paleta de nuestra rubia pintorcilla se cubrió de polvo, las plantas aguardaron en vano el amistoso cultivo de las manecitas enguantadas: el relámpago de nuestra felicidad había pasado.

Sin embarco, Isaura no se daba cuenta de la situación. Arturo tampoco, al menos en lo tocante al desenlace funesto. Yo, sí. No dudé un momento, y a aquel «No es nada...» del triste inconsciente, respondía mi desilusión: «¡Es la muerte que llega, la separación que nos amenaza, la dicha que se acaba!» Para mí, especialmente, el caso era horrible. Con la muerte de Arturo, mi hogar, hecho de puro artificio, se hundía, quedaba destruido como nido de *hornero* que la saña infantil pulverizó perversamente. Porque no parecía honesto, y no lo era en efecto, que continuara Isaura viviendo a mi lado: tenía que volver a mi soledad de hongo, de individuo sin familia y sin amigos, de leproso a quien la sociedad excluía y desterraba. Esto por lo que rezaba conmigo; que en cuanto a Isaura, el problema se presentaba más difícil: ¿dónde se refugiaba?, ¿a la vera de quién se guarecía? Tampoco ella tenía familia. Los Maltán

de aquí y de allá apenas mantenían con ella tibia relación. Y lo peor era que Isaura estaba encinta.

Cuando la pesadumbre de una desgracia es tanta que parece va a aplastar al mísero sobre quien se desploma, se cierran los ojos y se espera, se espera, se espera... a ver si, pasado el golpe, aun se conserva la vida. Eso hice yo. No quise pensar más en lo que sucedería, y me contraje al cuidado de mi enfermo con olvido absoluto de mí mismo. Yo tampoco salí ya al jardín, y me arrinconé y entristecí como Arturo, tanto que Isaura se condolía de mí y se afligía por los dos. Como teníamos tan escasas amistades, ellos por su egoísmo amoroso y yo por mi carácter, pocos consuelos de fuera nos llegaban, y los días, las noches sobre todo, eran para nosotros intolerables, tan largas que en nuestro sillón de enfermero creíamos que no vendría ya la luz a buscarnos.

Al fin, Isaura, como más débil, hubo de ceder a la tiranía de su estado y recogerse tempranito, quedando yo solo en vela cada noche, alguna con *Bullebulle* pero las más, casi todas, solo, porque *Bullebulle*, torbellino en forma de hombre, no servía para el caso. No me acuerdo de aquellas veladas sin estremecerme. Eran en este salón, en este mismo salón. Arturo no quería pasar la noche en su alcoba y le traíamos aquí, le arropábamos y le sentábamos junto a la chimenea. Todos se marchaban y quedaba yo para cuidarle. El tan pronto tenía calor como frío, deseaba estar acostado como de pie, tenía sed o manifestaba otro capricho semejante, y yo le quitaba las mantas, volvía a ponérselas, le ayudaba

a sentarse o a levantarse y a pasear de arriba para abajo y de abajo para arriba, le preparaba la poción o el alimento, andando de puntillas porque no se despertaran los demás.

No dormía un minuto, espiando con ansiedad si se movía, si tosía, si quería algo, así fuera lo más extravagante y raro, lo más imposible, para buscárselo y ofrecérselo, todo menos la salud, que no podía proporcionarle. Quiso un sillón de ruedas, y fui a la ciudad por el sillón y se lo traje; quiso una piel para los pies y una capa de estas españolas, y antes de las veinticuatro horas tenía la capa y la piel, habiendo en cuenta que estos y otros caprichos era preciso salir a buscarlos montado en carricoche por aquellos lodazales, que hacían el viaje pesado y difícil. Otras veces eran golosinas que había que prepararle a media noche, el candiel con huevo y canela, por ejemplo, que ninguna criada hacía a su gusto y que yo fabricaba tan a satisfacción suya que no lo tomaba de otra mano, diciéndome entre accesos de tos que era maravilla cómo lo hacía todo tan bien. ¡Qué don privilegiado el mío! La bondad era el numen que me inspiraba en acciones, sentimientos y palabras.

¡Triste numen, digo yo! Lo cierto es que esclavitud mayor que la mía en aquella ocasión, no la ha padecido padre verdadero, tan grande como la que su niñez y su adolescencia me impusieron, y aún peor. La vez del médico que salí a buscar escapado, en medio de una deshecha tormenta nocturna, me recuerda mis siniestras andanzas del 71: ¡qué remojón! ¡qué fatigas y qué soberano catarro! Fuimos

dos en el toser recio y sin descanso, y no por eso abandoné mi puesto de vigilancia y sacrificio.

Las noches sucedían a los días y los días a las noches, siempre igual. Trataba yo que Isaura estuviera lo menos posible al lado de su marido, porque avanzado su estado interesante, las impresiones que recibiera podían serle funestas, sobre todo si la sorprendía el súbito apagamiento de aquella lámpara tan consumida ya, a cuyo efecto me valía de mil pretextos que reclamaban mi presencia continua en la quinta; pero si de noche lo conseguía fácilmente, de día no era posible alejarla, ni el mismo Arturo se prestaba dócil a esta separación.

Una tarde de los primeros días de mayo le habíamos sentado, a pedido suyo, delante de la ventana del jardín, y envuelto en su capa, de cuyo rojo embozo se destacaba el afilado perfil color de cera, miraba el remolinear de las hojas bajo el cielo gris, que una faja morada, con tonalidades de lila y de jacinto, adornaba como magnífica orla en el horizonte. Hablábamosle nosotros por distraerle y él callaba, atento a la danza de las hojas, que no giraban más, sin duda, que el enjambre de sus pensamientos, y entretanto de los húmedos arriates se alzaban las sombras y envolvían en sus tules los árboles desnudos, y allá arriba los tonos de lila y de jacinto se trocaban en violeta, mientras graciosos copos de nubecillas corrían perseguidos por la noche.

— Tengo frío — dijo Arturo.

Isaura trajo otra manta y se la echó a los pies. El continuó mirando bailar las hojas y correr las nubes, hasta que el cielo se puso negro del todo, como si de golpe se hubieran cerrado sus puertas soberbias. Entonces, Arturo entornó los ojos y murmuró:

— Voy a dormir.

No respiramos, temerosos de despertarle. Entró *Bullebulle* con luz, haciendo el ruido que su apodo exige, y con gestos le regañamos, le mandamos que se marchara. Con voz muy queda convinimos Isaura y yo en no despertar al enfermo hasta las nueve, hora de tomar el candiel. Eran las siete, faltaban dos horas: pues esas dos horas las pasamos sin movernos, sentados a un lado y otro del sillón de ruedas, tan absolutamente quietos como dos figuras de piedra. Un pájaro, a quien sin duda sorprendió la noche andando de merodeo, aleteó contra el cristal buscando su nido, y la angustia de que pudiera despertarle unió nuestras miradas; el pálido perfil surgía del rojo embozo, como cabeza de santo que sufrió el martirio de la decolación, y aparecía profundamente inmóvil. Nos mirábamos, satisfechos de aquel descanso bienhechor, y nos decíamos con el ademán:

— ¡Cuidado!, no despertarle.

Así transcurrieron las dos horas, sin que ni Arturo ni nosotros nos moviéramos. Cuando dieron las nueve, Isaura, con mucho tiento, se levantó y fue a llamar a la sirvienta; yo no quise menearme, juzgando que cuanto más durmiera él mayor sería el provecho, porque precisamente tan buen

sueño sobrevenía después de continuos y tenaces insomnios. Pero no sé si fue sospecha o qué idea fue la que me impulsó a tocarle... ¡ay!, me quedé tan frío como él estaba... No puedo expresar lo que pasó por mí al contacto glacial de su mano, al llamarle y que no me oía, al moverle y ver que la cabeza y el cuerpo se desplomaban. Isaura volvía, acercábanse sus pasos más cada vez y su voz alegre:

— ¿Se despertó ya? ¡Qué sueño! Arturo, despiértate, hombre.

Apareció en la sala y se dirigía hacia nosotros jovialmente. ¿Cómo la detuve yo? ¿Cómo no leyó en mi cara la terrible verdad? ¿Qué fuerza sobrehumana levantó mi brazo, puso en mis labios un dedo y dio sonido a mi lengua para articular palabras en súplica de que se alejara y le dejara dormir aún? ¿Qué fuerza, digo, me permitió inclinarme sobre el cuerpo y fingir que le preguntaba y tocarle de modo que el débil movimiento de la cabeza tradujese su deseo de seguir durmiendo y de que la engañada joven se retirara también a descansar?

No acierto a decirlo. Isaura se retiró, y cuando cerró la puerta, el comediante no pudo resistir más y caí a los pies del muerto sollozando dolorosamente. Pero el drama no había acabado: empezaba apenas. Era preciso mantener a Isaura en el engaño; todo, lo mismo el hecho que sus consecuencias, debía ignorarlo por el peligro serio que corría. Los sucesos que iban a desarrollarse en la quinta con motivo de la muerte de Arturo era preciso que

pasaran inadvertidos para ella. ¿Cómo? Necesitaba un auxiliar, un colaborador...

Bullebulle lo ha negado siempre y ha jurado sobre la cruz de sus dedos que aquello de que yo le acuso no fue mala obra suya, y cuando se conozca la gravedad de mi acusación se comprenderá, por qué se defiende con tanto calor y hasta deja caer lágrimas gordas como garbanzos. Pero yo sé lo que me digo y no le absuelvo: ¡no le absolveré nunca!

Vamos al caso. Así que me hube compuesto un poco por la consoladora reflexión, llamé a *Bullebulle*, me incomunicué con él a fin de que los primeros ímpetus de su azogado carácter no trascendieran fuera, y mañosamente le dije:

— Esto sucede... Hay que hacer esto... Cuidado con lo otro...

Como se dispara una carga de pólvora a la que se acerca la lumbre, todos los nervios de *Bullebulle* se pusieron en conmoción: chilló, lloró e hizo todos los extremos imaginables y que representan el dolor y la desesperación, teniéndole yo que calmar y consolar y hasta llorar con él, mientras le ordenaba el silencio y la prudencia más absolutos, lo más difícil de conseguir de *Bullebulle*. Alcancé, al cabo, que guardara relativo silencio, por lo menos, que prudencia ya veremos si la tuvo, y seguros de que Isaura estaba recogida en su alcoba, mal que mal cargamos con el querido cadáver y lo acostamos en mi propio lecho como un Cristo de marfil.

No quiero aburrir con detalles fúnebres. Si la muerte entra en mi relato más de la cuenta es porque ¿quién convierte los ojos al pasado que no lo vea sembrado de cruces? Suprimiré, pues, mucho que decir pudiera acerca del horrible trance de aquella noche, y contaré lo que había concertado con este pecador de *Bullebulle* para que no se enterara Isaura, y cómo se enteró y las resultas de que se enterase.

Entre las escasas relaciones nuestras figuraba cierta dama viuda, la cual dama era madre de una amiga y compañera de colegio de Isaura, excelente familia que la poca fortuna y la casualidad trajeron a vivir a Belgrano a dos pasos de nosotros. Mi plan fue sacar a Isaura de casa con engaño la siguiente mañana y llevarla a la de las vecinas, donde quedaría hasta su alumbramiento, que después, pasado el peligro, no faltaría fórmula para comunicarle la desgracia, y para que allí se quedara sin protesta tampoco. Lo principal era que saliese de casa antes de que lo que ocurría llegara a su conocimiento. Me parece que este plan no era cosa del otro jueves, y para concebirlo no necesité exprimir el poco meollo que Dios me ha dado. Pero yo propuse y *Bullebulle* dispuso.

Seguramente, la noticia de la desgracia, cuando me dejó solo en la cámara mortuoria, la llevaba él como sierpe oculta en el pecho a la cual deseara dar suelta en seguida, y que la soltó no bien entró en la cocina no hay pizca de duda, porque yo oí el alboroto que se armaba dentro, los murmullos, los pasos que se aproximaban a mi puerta... La puerta

la había yo cerrado, pero sin pestillo, descuido de que también he de acusarme. Oía yo, pues, toda aquella batahola y temblaba de que Isaura pudiera escucharla, y al lado del lecho, como el Evangelista al pie de la Cruz, estaba abismado, la media noche sería, cuando de pronto mi puerta se abre y aparece Isaura en el hueco, más blanca que su vestido. Di yo un grito, ella dio otro y se abalanzó al muerto; quise yo impedirla y rechazarla, y ella, como loca, me empujó apartándose... Vinieron los criados y entre todos la sacamos de allí desmayada. No sé lo que pasó después. Trastornado yo, apenas si recuerdo algún detalle. Me parece que la sirvienta me previno que había de salir urgentemente en busca de un facultativo, o los gritos de Isaura fueron aviso suficiente para que yo, alevado y todo, me echara al jardín y a la calle y a tientas por aquellos lóbregos callejones, con más frío en el alma que en el cuerpo, acertara con la casa de las vecinas, las llamara, despertara y suplicara su caritativo auxilio; y luego, aquí caigo, allí me levanto, diera con la profesora, que no se me olvidará, no, se llamaba doña Romana. Para esta penosa campaña, no anduve a pie, que esto fuera imposible, sino que después de acompañar a la viuda y la hija hasta mi portón, monté en el *petizo* overo que ya me tenían ensillado, y a su grupa me traje a mi doña Romana, como galán pampeano a su prenda.

¡Qué noche! Pague Dios a aquellas santas mujeres su buena obra; que sin ellas, ¿qué fuera de Isaura y de mí, tan confundido y sin gobierno como estaba? Ellas acudieron a los menesteres del

momento con tanto celo y voluntad que excusan toda alabanza: lo que no pudieron enmendar fue la torpeza de *Bullebulle* y sus terribles consecuencias.

Repito que no quiero insistir sobre fúnebres pormenores, y así del entierro de Arturo no diré más que se llevó a cabo al día siguiente. Isaura seguía lo mismo: doña Romana esperaba la hora en que sus servicios fueran necesarios, y ya la viuda o la hija, que por cierto no reflejaba en su rostro la hermosura de su alma, y como era bizca y fea no me atrevo a dar su nombre y ambas quedarán innominadas en esta historia, que aún viven las dos, venían a buscarme cada media hora a este salón, donde paseaba cabizbajo, o a mi alcoba, donde me encerraba con mis pensamientos, y me daban noticias de la enferma. . .

— Aún no... Parece que falta mucho todavía... Lo peor es la agitación que tiene...

Yo no contestaba más que con muecas de disgusto. Y me paseaba, sufriendo todas las angustias que deben de sufrir el marido y el papá de verdad en igual trance.

Cuando las mensajeras tardaban más de lo regular, salía yo por los pasillos a buscarlas.

— ¿Qué tal? ¿Cómo sigue? ¿Será preciso llamar al médico?

En la noche del segundo día doña Romana me avisó que bueno sería que se le llamase. Ciertos síntomas que notaba en la enferma reclamaban, a

su juicio, la presencia de un profesor de mayores recursos científicos que los suyos. Doña Romana era modesta, no queda duda, pero también tenía una frescura y un modo de decir las cosas que no reparaba en que aquello de «no quiero que se me eche a mí la culpa de que se desgracie el niño o la madre», debía hacer penoso efecto en quien pasando estaba agonías tan grandes. Digo que era de noche cuando a la despreocupada señora se le ocurrió comunicarme su pedido de consulta, y no bien me lo hubo dicho que ya montaba yo otra vez sobre el *petizo* y me iba a chapotear por aquellos fangales. Le di caza al médico y me lo traje como a mi doña Romana, a la grupa, pensando amargamente que de nada me valía mi celibato para librarme de tales aventuras, cual si estuviera el hombre condenado a cumplir la ley natural a tuertas o a derechas. Padre, sin serlo, lloraba la muerte de un hijo que no era mi hijo, y esperaba la venida de otro que tampoco lo era y que antes de nacer se acogía a mi paternal protección. El recuerdo de la sátira perversa de Maltancito me quemó las orejas. Y por fatal coincidencia, esta vez era un pariente del bufoncillo quien pretendía abrigarse bajo el manto simbólico de don Perfecto. . .

El médico dijo lo mismo que doña Romana, y mientras el peligro crecía, doña Romana y el médico se atizaron dos tazas de chocolate, sin duda para hacer boca. Yo no podía tenerme en pie, de flaqueza y de angustia, y me metí en mi alcoba; que la honestidad, por mí siempre respetada, no permitía que estuviera en la que era teatro del suceso, y

allí supliqué a la señorita bizca me llevara todas las noticias posibles. Nadie dormía en la casa; nadie durmió aquella noche.

Rompían los gallos a cantar, cuando mi mensajera llamó a la puerta. «¿Qué hay?, ¿ya? — ¡Por fin!, ¡un niño, un hermoso niño!» En medio de mi duelo, esta nota de alegría me refrescó el alma. Pero muy pronto vino doña Romana con la rebaja.

— El doctor teme la fiebre puerperal. Yo lo mismo. Su estado de agitación se agrava... Me parece que de la fiebre no escapa.

Y detrás de doña Romana apareció el médico. Malo, malo. La agitación, esa agitación... También, ¿a qué cristiano se le ocurre darla de sopetón la noticia de la muerte de su marido?

— No ha sido un cristiano, doctor — contesté yo sin saber ya lo que me decía, — ha sido *Bullebulle*.

Y me senté, mirando atónito a aquellas personas que se complacían en torturarme. ¿No bastaba con el desmoronamiento de mi hogar artificial, que todavía se consideraban probables desgracias mayores?

Pero doña Romana y el médico no se equivocaron: la fiebre se declaró, y fue lo mismo que si se declara un incendio en la casa. Todos andábamos con las manos en la cabeza: había que atender a la enferma, había que atender al niño, que como no entendía de razones berreaba pidiendo teta, y a mí acudían todos para que todo

lo remediara, providencia doméstica y omnipotente. En vano pretendía yo demostrar que estaba tan atortolado como ellos y en aquel momento ignoraba cuál fuera mi mano derecha: tenía que ceder y procurar lo que se me pedía, yendo y viniendo como un dominguillo; que por tratarse de la vida de Isaura y su hijo, no paraba y me desesperaba mi impotencia.

La más negra fue encontrar quien amamantara a este gandul de Arturito. Reventé casi al infeliz *petizo* trotando por estos andurriales belgranenses; y al fin, de la ciudad conseguí traer, a la grupa también, a una vascongada muy rollizota que me le puso como una manteca en tres días.

Y a todo esto la fiebre se comía a Isaura, como fiera que monda un hueso. Según el parecer de mis dos facultativos, se iba la pobrecita por la posta. Tan grande aflicción sufría yo, que llegué a cobrar rencor a *Bullebulle* juzgando su imprudencia como crimen alevoso. Desde que cayó enferma extremé mis miramientos hasta el punto de no querer entrar en su alcoba, y me contentaba con enviarla recados cariñosos cuando sabía que estaba más despejada; pero una tarde ella me mandó a llamar, y entré y me dolió sobre toda ponderación el verla tan consumida y cambiada, aquella Isaura de los días alegres. Me pidió la mano, se la di y me abrasó con su fuego; algo deseaba decirme y me lo decía con la presión, con los ojos relucientes, con el suspirar de su pecho anheloso, y yo, que la comprendía muy bien, la tranquilicé, asegurándola, como muchos años antes había asegurado a Laurentina, que de la vida, de la educación, del porvenir de su hijo me encargaba yo

bajo juramento. Los dos lloramos: ella, de gratitud; yo, de pena.

¡Raro y caprichoso azar, que en condiciones idénticas me ligaba a un nuevo ser y el nido que yo creía destrozado reconstruía para que en él le abrigara y protegiera, como a su padre!

Isaura murió por la noche. Supe que había muerto por las carreras, gritos y lamentos de la servidumbre, oleaje de dolor que chocó contra mi puerta. Escondí la cabeza y me tapé los oídos.

Pero alguien me tocaba y vi delante de mí el afligido grupo de mujeres, a doña Romana con el niño en brazos, presentándome como el legado de la madre muerta y recuerdo de mi promesa sagrada. Le cogí, admirado de que pesara menos que una pluma, y con cuidado de no estrujarle, besé su carita colorada, como aquel día la de su padre allá en el chiribitil de Vargas.

Entonces reía abajo la perversidad de Salustiano y se retorció de gusto. Ahora lloraban la excelente doña Romana, la viuda y la hija, y así, entre lágrimas de buenos corazones, se realizaba el acto misericordioso de apadrinar a mi nuevo ahijado.

Sin embargo, a mí me parecía escuchar la carcajada sarcástica de Maltancito y su sangrienta ironía: «¡Soy Vicente de Paúl!»

VIII

Caúsame rubor el confesar que al año escaso de estos tristes sucesos caía yo enredado de nuevo en las mallas de mi primero y único amor, o sea prendido en las gracias, aún frescas y atractivas, de Delfina Daver. No piensen mal los que tal sepan, que en seguida voy a explicar cómo fue, antes que se me atribuyan adulterinas intenciones de que no soy capaz y me horrorizan. ¡Bendito sea Dios! ¿Cómo creer que tan espantoso pecado pudiera colarse en mi alma y perderla?

Sabido es que yo no veía a Delfina desde mucho antes de casarse, y que mi rompimiento con mi tío Tejera, en cuya casa éramos ambos visita diaria, opuso nuevo y mayor inconveniente a la oportunidad de vernos; en suma, que hacía la mar de años que no sabía yo de ella más que lo que el rumor público, en lo poco que mi vida retirada y mi ninguna curiosidad podían recoger, murmuraba y censuraba. Cuando la muerte de mi hermana Clara y de mi tía Sandalia, cambié con ella tarjeta de pésame, pues ella también sufrió entonces la pérdida de su padre, siendo ella la iniciadora de esta demostración amistosa, y ahí acabó la tímida reconciliación y de ahí no hubiera pasado si la boda de Arturo con Isaura, una parienta de su marido, y la doble desgracia que la siguió no hubiera renovado el inofensivo tarjeteo. Algún tiempo después, una mañana, al volver de una esquina de la ciudad, nos tropezamos... Veinte años de vivir en la misma ciudad sin vernos parece mentira, y es

verdad, simplemente. Como si uno y otro, al darnos la espalda, hubiéramos echado a andar siempre adelante y por camino fijo, por ser redonda la tierra llegó un día en que nos encontramos frente a frente, y frente a frente quedamos examinando en silencio, con cortedad y sorpresa, los cambios visibles de viaje tan dilatado... No he de asegurar que Delfina era la misma de casa de Tejera, mordiendo desdeñosa la borla de su abanico, o la gentil y pérfida amazona de los Olivos; ¡ay!, ¡qué había de ser!; pero se asemejaba a aquélla lo que el pimpollo a la rosa abierta, y me pareció más hermosa, más mujer, si con aumento de carnes y de años, que sin error de cuenta pasaban de los treinta y siete y un piquillo, con mayores hechizos también, aunque éstos no fueran de la índole candorosa que entonces me seducían. No era la misma y lo era, en el aire, en no sé qué, que aun con los ojos cerrados me la habría dado a conocer mi corazón.

— ¡Delfina!

Llevaba vestido y sombrero negros y encerraba sus manos en rico manguito de nutria, sin que asegure fuera luto riguroso o de alivio el suyo, o simplemente capricho de coquetería, porque no entiendo de trapos, ni conozco las pragmáticas del duelo en la indumentaria femenina. Creí cumplir descubriéndome ante ella y siguiendo de largo, acaso con la esperanza de que no me reconociera, que las que no aman no tienen memoria; pero ella me llamó sacando del manguito y exponiéndola al

frío para ofrecérmela su mano, enguantada de negro también.

— ¡Ríquez!

Y nos detuvimos, como digo, sin hablar, con curiosidad ambos, yo con emoción profundísima. La mañana era gris, y el aire de junio congelaba su respiración esmaltando de gotitas cristalinas el velo sutil que la cubría a medias la cara. Me miraba sonriendo, como si el encontronazo la fuera agradable y no tuviese escrúpulo en mostrarlo.

— Ya ve usted que le he reconocido — me dijo con aquella voz armoniosa suya que nada había variado; — pasaba usted y me dije: ¡es mi juventud que pasa, mis ilusiones de otros días! Está usted, Ríquez, tal cual, y no es maravilla que le haya reconocido. En cambio, yo, hecha una vieja, ¿verdad?

Encarrilada sabiamente por terreno tan fácil la conversación, en pocos minutos la cordialidad reinó absoluta, y apoyados en la varilla de bronce del escaparate delante del cual nos hallábamos, ella enjugando las gotitas del velo, que a ratos parecían lágrimas, y yo mirando la exposición de juguetes de la tienda, cuando me daba miedo mirarla a ella, charlamos por los codos, entre el estrujamiento de la acera.

Nos contamos nuestras respectivas historias ligeramente, por medio de preguntas y respuestas breves y sin comentarios, que reservábamos para

más tarde, sin duda, en el recóndito programa que esta frase suya permitía lícitamente forjar:

— Soy viuda. Maltán murió hace algunos meses.

Frase que pronunció enronqueciendo la voz y cargando las cejas con enfado. Yo la di el pésame torpemente, excusándome de que mi retraimiento belgranense me impidiera conocer cuanto pasaba en el mundo, pues se daba el caso que no leía periódicos en un mes; pero Delfina, como si el tema la desagradara, me habló de su madre, la pobre misia Candela, paralítica ya de mucho tiempo y muda de resultas de una apoplejía, y halló manera de reír y de punzarme ligeramente con afectuosa ironía cuando supo lo del nuevo rorro que criaba yo en casa y el cómo y el por qué de tan singular prohijamiento.

— Pero, ¿acabará usted de criar chicos, Ríquez? ¡Qué hombre! Es usted la inclusa andando.

Me reí yo también, porque, a la verdad, dignos de risa eran los lances en que mi estrella me ponía, y, como otras veces, me avergoncé de mis buenas acciones que así daban lugar a la burla y seguramente a malignos pensamientos. Como no podíamos parar, estrellados contra el escaparte a cada palabra, Delfina se despidió recabándome la promesa de que había de ir a visitarla, promesa que yo la otorgué sin embozo y con más agrado que el que deseara demostrar.

— Porque supongo que no me guardará usted rencor... ¿Quién se acuerda de tonterías?

Dijo, y se marchó, convencida de que si yo me acordaba de *aquello*, rencor ninguno podía guardarla.

Tal origen tuvo, bien sencillo y nada rebuscado, ni dramático por cierto, mi tardía reconciliación con Delfina. Y es curioso comprobar cómo mi antigua pasión, antediluviana de puro vieja, cristalizada en el fondo de mi alma cual momia que se conserva al través de los siglos, revivía al simple conjuro de su voz y la sentía yo, camino de Belgrano, calentarme el pecho y animar mi fantasía lo mismo que en aquellos tiempos de la tertulia de Tejera, ¡ay, tan apartados!

El no entender de psicología ni de nada que con la ciencia filosófica tenga tocamiento, no será óbice para que yo exprese mi parecer en este punto, que aun los rústicos saben decir lo que sienten; y lo que yo sentía, después de mi entrevista con Delfina, era como una resurrección de todo mi ser, que encerrado en obscura catacumba pasó aquellos cuatro lustros que ella fue de Maltán, y no habiendo amado, ni gozado, ni vivido, en suma, paralizada la preciosa maquinaria, rompía a andar de nuevo al calor de su mirada, ahora que Maltán había muerto y ella era libre. Alegre el alma, veía azul el cielo gris y hojas y flores donde la escarcha prendía su encaje, en las ramas secas... Yo era el mismo de antaño, a pesar de sufrimientos, de penas y de canas; en poco estaba que me creyera a caballo recosiendo en el camino de los Olivos todas mis ilusiones perdidas y frescas aún, por milagro.

A esta repentina llamarada de una pasión que ignoraba yo latente, pues siéndome vedado pensar en ella, sólo la recordaba para dolerme de su desvío y de mi mala suerte, sucedió una confusión y un amilanamiento impoderables, en que dudas, sospechas, razones de interés, temores y suspicacias se mezclaron con riesgo para mi cabeza de perderla. A pesar de la promesa otorgada, hice ánimo de no visitarla, pensando que si ella, como yo, no había cambiado, la viuda encantadora, lo mismo que la niña del abanico y del minué, encontraría a don Perfecto ridículo, y esta idea, más que ningún otro argumento, me obligó a esconder en la concha de Belgrano mis cuernecitos de caracol, que ya empezaba a sacar fuera tímidamente, y oculto transcurrió más de un mes y transcurrieron largos meses... ¿A qué visitarla?, me decía, ¿con qué objeto? Relación simplemente amistosa no puede existir donde el amor fue causa de guerra y destierro. Ni soy yo un carcamal, ni ella una estantigua todavía para que, o ella, arrepentida y castigada y mejor aconsejada por los desengaños, o yo, con mi eterna ambición de cariño compartido, hastiado de mi soledad, caigamos en la tentación peligrosa de renovar aquellas escaramuzas en que, ella de talle corto y yo de levita azul, malgastábamos nuestro brío juvenil. No somos viejos, pero como si lo fuéramos: más que los años, el pasado nos envejece. Y suponiendo que ella y yo volviéramos a las andadas, ¿me conviene a mí mudar de estado ahora que no soy ya un pollo?, y ella, ella, en su vida de mal casada, durante este largo apartamiento,

habrá o no habrá cambiado d© carácter, de... ¡Ay!,
¡qué falta me hace mi tía Sandalia!

Qué sé yo cuántas reflexiones por el estilo, y otras que no apunto porque invadían el terreno de lo que ni a los que pasamos por buenos nos es dado evitar, pues el pensamiento humano es mariposa y es mosca que ya sobre las flores o ya sobre la inmundicia se reposa alternativamente. . . digo que toda suerte de reflexiones me hacía yo para destruir mi intención y desvirtuar mi promesa de visitar a la viuda de aquel Maltán afortunadísimo, arrojado del mundo tan presto y tan callandito; y que lo conseguí es prueba que dejé pasar muchos meses.

Pero, repentinamente, un día salí de mi cueva con la firme intención de ver a Delfina. Estaba triste, no sé, la insipidez de mi vida me pesaba más aquel día, gris como el del encuentro casual, y fui y me planté en el caserón del Retiro, cuyos umbrales no pisaba desde... ¡Ya había llovido, ya! El sí que no había cambiado y era la misma casa-cuartel con las paredes desconchadas, el patio frondoso, las magnolias y los naranjos asomando sus empinadas ramas por la azotea, y jazmines y glicinas sirviendo de espléndido cortinaje en puertas y ventanas exteriores. Creo que era el mismo el perro que junto al aljibe dormitaba, medio ciego ya y aplanado por la vejez, o por lo menos parecía el mismo y era sin duda descendiente de aquel que contestaba con sus ladridos a los golpes del llamador, vigorosamente zarandeado por mi mano de veinte años... Mis sueños de entonces, como

aparecidos que rodean al profanador del cementerio, me asaltaron y envolvieron en sus frías gasas:

— ¿Quién eres? ¿Qué buscas? ¿Qué quiere el señor Ríquez?

— ¿El señor Ríquez? — dijo entre las enredaderas una voz celestial; — que pase, que pase.

Y vi la figura de aquella mujer extraña escurrirse y desaparecer, como la personificación de la más cruel de mis ilusiones, mientras el criado me conducía a la sala y con una reverencia me señalaba un sillón de damasco...

Contrariado estaba yo de verme allí y mi timidez me espoleaba porque huyera; no me senté, que el pensar en la encerrona me hacía dar vueltas, como si acabaran de enjaularme, y en una de estas vueltas se levantó un tapiz y reapareció Delfina. ¿Acertaré a pintar lo hermosa que estaba con aquella bata de encajes y el aire desahogado y cortesano con que vino hacia mí? Basta con que lo diga y no lo ensaye. Este aire ya me había chocado la primera vez, y era que como la conocí de niña, sus modales y sus ideas de mujer forzosamente habían de extrañarme; pero, de todos modos, a mí se me antojaba excesivo en una dama, juzgándola acaso con mi criterio de oso indomesticable. Nos sentamos, y cuando yo me aprestaba a defenderme de sus cargos por mi tardanza, ella, más lista y discreta que yo, me agradeció el favor de mi visita y puso todo su empeño en hacerme ésta tan grata que me quedaran ganas de repetirla.

No recuerdo bien lo que hablamos en un principio. De su marido, ni una palabra. De nuestros antiguos escarceos tampoco, naturalmente; pero aludió a ellos, sin duda, cuando en un arranque y a propósito de no sé qué frase mía, dijo sentidamente:

— ¿Qué sabe lo que se pesca la mujer a los diez y ocho años, Ríquez? Impresiones y consejos mueven su voluntad, que es veleta que gira inconscientemente. Ni sabemos lo que sentimos, ni sabemos lo que deseamos y menos, ¡ay!, mucho menos lo que nos conviene. Y precisamente en este instante psicológico en que nuestro ser moral se halla, por decirlo así, en embrión, se nos presenta y se nos fuerza a resolver el problema más obscuro y difícil de la vida... Pues, créalo usted: lo resolvemos al buen tuntún, cerrando los ojos. Así sale después. Y no puede ser de otra manera. En aquel tiempo, yo ignoraba a qué lado caía el corazón...

Siguió por este tenor espontaneándose poco a poco, y sin dar nombres propios ni puntualizar hechos, se llamó muy desgraciada y lamentó que la experiencia sea la letra a que el refrán se refiere que entra con sangre. Para un hombre de mundo, viuda que se aflige y llora es mujer que pide ser consolada; yo nunca he sido hombre de mundo, y guardé silencio ante aquellas muestras que tomé por arrepentimiento sincero y en cierto modo como satisfacción de sus rigores de antaño. Advirtió ella, sin duda, lo vidrioso del tema y lo abandonó para hablarme de nuestra malograda Isaura y de su madre.

— No la conocerá usted, Ríquez. Dándole una prueba de confianza, voy a hacerle pasar: no la dejo ver más que de los parientes y de muy pocos amigos, de los leales... Usted fue mi amigo y volverá a serlo... Venga usted.

Salimos del salón, que a mí me había parecido, ¡oh fisgador malévolo que constantemente llevamos dentro!, algo marchito y con olor de avería o hacienda tronada, y pasamos a un gabinetito en que un bulto blanco, hecho un lío sobre una dormilona de modo que no se distinguía forma apreciable, dejaba escapar algo así como gruñidos perrunos, de lo que se infería que era un bulto que vivía y se quejaba. Delfina puso en orden aquello, tal como se hace con los muñecos articulados, y vi entonces que era una persona de cara flácida, ojos muertos y greñas plateadas, vestida con el hábito de la Merced, el que, según todos saben, es blanco y lleva en el escapulario un corazón, creo, o algo parecido de lana o seda encamada; este punto rojo en la blancura que la envolvía semejava sangrienta herida por donde escapó el alma de misia Candela, que era ella la idiota; que si Delfina no lo dice, jamás lo creyera.

— Lleva tres años de estar así — añadió contristada, — y en ella sólo alienta la vida animal: come bien, duerme bien, pero no anda, ni habla, y de pensar no sé yo que piense más que en pedir de comer. A mí me conoce por instinto, pues a nadie más conoce... ¡Mamá, mamá!, este es el señor Ríquez, que al fin se ha acordado de nosotros y viene

a vernos; ¿te acuerdas del señor Ríquez?, el sobrino de Tejera, mamá. . .

La infeliz parálitica me miraba con indiferencia, lo mismo que si delante la hubieran puesto un palo o mueble u objeto de los comunes. Ya, ya se necesitaba esfuerzo de memoria para recordar al señor Ríquez, el sobrino de Tejera, que conoció de joven y de quien se permitía burlar dentro de su esponjado miriñaque. Dio nuevos gruñidos, y Delfina me dejó solo para traerla su papilla, que había que darla en la boca.

El corto rato que permanecí junto a aquel triste ser en ruinas fue suficiente para que se me ocurrieran desconsoladores pensamientos, y uno de ellos el de que mi viejo amor debía de hallarse como la señora de Daver se me representaba, y tratar de galvanizarle era empresa atrevida, de mucho riesgo y de dudoso éxito.

Volvió Delfina y la ayudé en su faena, que fue ponerle a la madre una servilleta a modo de babero, sostener su cabeza que le bailaba sobre los hombros, e introducir la cuchara en la boca, todo lo cual nos costó bastante fatiga y sin que pudiéramos evitar que la mitad del alimento lo escupiese fuera. Satisfecha, al cabo, se quedó dormida, y entretanto recogía Delfina los enseres y limpiaba tal cual chorretada de sopa, se excusaba conmigo del espectáculo nada grato que me ofrecía.

— Crea usted — interrumpí yo — que la compadezco de veras.

Eso, mi compasión era lo que ella quería despertar. ¡Conocía tan bien a don Perfecto! Sabe Dios cuántas veces pensó en él en los días tristes de su castigada existencia, y cuánto diera por tropezarle como en la mañana gris que la casualidad la sirvió maravillosamente, tardía, pero segura y en la ocasión más apurada. ¡Y cuánto por poder escribirme hubiera dado también, sin faltar a lo que las conveniencias no permiten que se falte!

Como lo hizo de allí a dos días, no completos, y por propio que me trajo la carta con mucha urgencia. Yo, que, en verdad, me había enfriado mucho con lo que vi y sospeché en mi primera visita, recibí desagradable sorpresa ante su llamamiento para consultarme asuntos «que sólo a un amigo fiel se confían y cuya solución únicamente es capaz de conseguir un tan perfecto caballero». Esto de *perfecto* me olió a mí como intencionada alusión al mote con que se me ha ridiculizado siempre y que en su pluma marcaba la convicción de que el redentor, el altruista que creo que se dice ahora, no dejaría de acudir a remediar los entuertos de la que amó románticamente bajo las cornucopias de Tejera, y en cierto modo podía pasar por su pariente; que si para éstos, los de calidad menesterosa, buena es la triple negación de Pedro, cuando de ricos o poderosos se trata todos los medios de estrechar el lazo de familia se tienen por excelentes y necesarios.

Digo, pues, que hube de rendirme a la exigencia de Delfina, sin llegar a discutir conmigo mismo que bien pudiera excusarme; porque quien, como yo, frescas aún las calabazas y sabedor de su

malaventura, sentía lástima de ella y hermosos deseos de ponerla término, ahora que la sabía más desgraciada todavía y que ella me imploraba, ¿cómo había de negarla mi protección, fuera o no fuera eficaz? Al contrario, mis instintos de bondad se alborotaron con el reclamo y fui allí sin saber a lo que iba, algo escamado en el fondo, pero decidido a probarla de qué clase de madera don Perfecto estaba hecho. Me recibió esta vez en un saloncito que debió de ser lujoso y mostraba sólo los restos del despacho de Maltán de Pablos, cuyo retrato al pastel, digno, por la facha del original, de formar pareja con cualquiera de los bufones célebres, colgaba solitario en la pared entre las oscuras señales que marcó la luz sobre el papel rojo y denunciaban la ausencia de otros cuadros que devoró la necesidad o la usura. Delfina se colocó muy cerca de mí, puso un codo sobre la mesa, desnudando la cascada de encajes de la manga su brazo, que ofreció a mi admiración; peinado el ondulado cabello a la griega y despidiendo toda ella ese perfume afrodisíaco a que trasciende la hermosura mercante, pensé que para tan temprano duelo y asunto tan grave era mucha la gana de acicalarse.

¡Perdóneme Dios estas ideas a que daba lugar mi observación inconsciente! Peor, mucho peor me supo luego la conocida frase con que empezó:

— ¡Ay! ¡Qué pensará usted de mí!

Como lo que yo pensaba no había de decírselo, protesté de que me creyera capaz de juzgarla mal, y ella, pasando la bonita mano por los ojos, suspiró:

— Ya sé. Le conozco bien, Ríquez, aunque tarde y con daño. Por eso le he rogado que viniera... ¡Y usted ha venido! Gracias, Ríquez, muchas gracias.

Esperé en silencio. De nuevo la bonita mano acarició los ojos, los encajes cubrieron y desnudaron el brazo, el pañuelo arrastró la nube de polvos de arroz que blanqueaba la hermosa cara afligida.

— Pues mire usted, Ríquez...

Tímidamente al principio, se animó por grados, y con dolor, con energía, con indignación me refirió lo que había sido su matrimonio con Maltancito: un infierno, desde el día primero hasta el último. Casada a ciegas, en parte por culpa de su edad insubstancial y principalmente por los consejos, empeños, reconvenciones, amenazas y diario batallar de misia Candela, que dijérase sufría el castigo de su impremeditación, amarrada, amordazada e idiotizada por cruel enfermedad, testigo inmóvil e impotente, no logró un minuto de paz en la compañía de aquel hombre vicioso cuya gracia, tan reída, fue la de contrariarla y torturarla siempre y de todas maneras... En fin, suprimiendo detalles, que no hubo avenencia y a los ocho días se odiaban como enemigos mortales. Para Maltán, que contaba la calle por suya y el bolsillo del suegro por propio, el remedio no estaba en Roma; pero para ella no existieron consuelo ni respiro mayores que las largas ausencias del marido, a quien por mantenerle alejado don Isaías estimulaba su saludable manía viajera. Acomodados a este *modus vivendi*, lo pasaron

medianamente hasta el 71, fecha de la muerte de don Isaías. . .

Todo esto era viejo para mí y confieso que lo escuché distraído. Atendía más al gracioso manejo de sus manos, de sus ojos y de sus labios, que entre todos realizaban, en diabólica armonía, el juego de coquetería más peligroso que se ha visto.

Muerto don Isaías, como cuando se quita el puntal a una pared ruinosa, se derrumbó la casa entera sobre las dos infelices mujeres, que ignoraban tuviera los cimientos tan resentidos. Del susto, misia Candela se murió a medias; y entretanto, ella tuvo que hacer frente, sola y sin consejo, a la catástrofe y defenderse de la rapacidad de Maltán, que acudió desde los antípodas a escarbar entre los escombros y llevarse lo que pudiera, ya que no los escombros mismos. Se llevó, en efecto, lo que pudo y lo que quiso, prometiendo no volver más y morirse fuera, lo cual había cumplido, mientras para ella, que no entendió jamás de letras ni de números, se abrió la campaña de intereses, para la cual no disponía de otras armas que su debilidad y su ignorancia, ¡Ah!, se defendió a la desesperada, arrojando por la ventana alhajas, cuadros, muebles y cuanto de valor había, y no arrojó las fincas porque la hipoteca en unas y la falta de la firma del marido y cien embrollos en otras se lo impedían; firmó también pagarés y fue engañada, expoliada, desconocida y hasta ultrajada por los amigos más antiguos, como Tejera, por ejemplo, que en su viudez y como síntoma repugnante de su senilidad, puso precio a su protección; viéndose obligada a tasar los alimentos,

a disminuir la servidumbre, a suprimir modista y costurera, y a vender, ¡oh irrisión!, hasta los humildes frutos de una quinta que la quedaba libre...

Delfina rompió a llorar, o al menos lo aparentó maravillosamente, y yo no supe qué hacer ni cómo consolarla. Son, para mí, las lágrimas el argumento más contundente, y no habiendo manera de consignar si son fingidas o sinceras, como se sabe del diamante si es legítimo o falso, mi entereza no resistió al espectáculo de aquellas gotitas cristalinas que esmaltaron el sedoso cerco de sus pestañas. No se desprendió la primera, y ya estaba yo más tierno que la jalea, dispuesto a darla cuanto me pidiese.

Pero ella no me pidió cosa alguna. Continuó gimiendo, entre los retazos de su relación aflictiva... Su lucha con los acreedores, ¿cómo pintarla? ¿Cómo pintar la ansiedad, el terror con que veía aproximarse la fecha de cada vencimiento? La espantosa danza de los números no la dejaba dormir, ni el desesperado alarde de buscar recursos, de buscarlos siempre, arriba, abajo, a la derecha y a la izquierda, cavando en el pozo de su insolvencia, cavando, cavando, y así cuanto más cavaba, más hondo se hacía y amenazaba tragarla. Para librarse de un judío de aquellos, había de reconocerse esclava de otro y al cambiar de acreedor cambiaba de tirano. Si a uno satisfacía, chillaban los otros; si a cada uno quería entregar una parte mínima, como fieras cuya voracidad se pretende engañar con pedacitos de carne y al olor de ésta se irritan, enseñando los colmillos y las zarpas, todos se disponían a estrecharla y ahogarla. Débil mujer, ¡no

tenía defensa, no tenía un amigo que la aconsejara siquiera!

— Delfina — exclamé yo realmente compadecido, — aquí está el amigo que usted necesita, ¿En qué puedo yo serla útil?

— ¡Oh! Gracias, Ríquez — contestó, espaciando las palabras como si sollozara. — ¡Gracias! Admiro su nobleza y su gran corazón. Porque, herido de mi torpe mano en su amor propio, quien menos se hallaba obligado era usted... ¡Gracias! Usted me aconsejará; usted, con su precioso talento de administrador que le ha permitido conservar y redondear su fortuna. . . ¡todo se sabe, Ríquez, todo se sabe!... con ese talento envidiable pondrá orden en mi desbarajuste y hasta, estoy segura, hará el milagro de poner a flote mi casa naufragada. Yo no le pido a usted más que examine mis cuentas y me dé sus consejos. Le obedeceré a ciegas. Mándeme usted, Ríquez...

Ya no lloraba y me turbó su mirada profunda, medio trastornado por el tufillo ese que he dicho. La pregunté si deseaba que examináramos las cuentas en seguida, y me contestó que sí, levantándose para buscarlas y volviendo con varios paquetes que desparramó sobre la mesa, comenzando el arqueo con la minuciosidad que exigía operación tan dificultosa como la limpieza de los establos fabulosos.

Pero yo estaba mareado y no hicimos cosa de provecho aquel día. Quedamos en que iría al siguiente, apreciando en una media docena de

sesiones las que se necesitaban para explorar bien en todos sus escondrijos la montaña de papel; y con esto nos despedimos, ella contenta y yo preocupado. Cuando salí, entraba en el patio el después famoso portugués don Raimundo de Meló Portas, que cursaba entonces los primeros grados de su brillante carrera de usurero, y ya no dudé del estado agónico en que económicamente Delfina se encontraba.

Esto aumentó el lastimoso sentimiento de piedad que la entrevista me había despertado. Declaro que ninguna mezcla, del género de la que en el primer encuentro tiñó de rosa mis tristes horizontes y me tuvo encerrado en mi retiro, bastardeaba este sentimiento, puramente humanitario, a pesar del perfume que pegado llevaba a las narices. La mezcla y la bastardía vinieron después, aunque mi flaqueza no llegó a tanto que no supiera dirigir mis intenciones por el camino del deber y del honor. Pero al principio de aquellas sesiones memorables, no me animaba otra idea que la de realizar la tramposa exploración en el menor tiempo posible y con el éxito mayor para los intereses de la que había puesto su suerte en mis manos. Hasta me impulsaba la abnegación de arrojarme de cabeza en el pozo que ella tan bien me había descrito, con tal de salvar a quien amé ardientemente, y si me arrojé o no, ya se verá cuando llegue a su punto y lugar este relato que me cuesta bastante coordinar, unas veces por mi inexperiencia literaria y otras por mi falta de memoria.

Las cuales sesiones comenzaban a las doce y concluían a las tres, total tres horas diarias

que pasábamos lado a lado desenredando aquella madeja que, como tejida por la usura en complicidad con el despilfarro, tenía nudos superiores al de Gordio famoso y harían pasar a éste por inocente juego de niño. Delfina se presentaba siempre con vario y estudiado atavío: ya de bata negra con cabos blancos, ya de bata blanca con cabos negros, ya, también, de bata negra y blanca con cabos de raso color de lila o de violeta; el peinado, unas veces a la griega, otras de cortinillas, otras caído sobre la frente en flequillo, o estirado hacia arriba con patillitas, y en verdad semejante alarde de coquetería me parecía reñido con su estado y su rompimiento de relaciones modietiles. Eso sí, tan guapísima de una manera como de otra, y trascendiendo al mismo diabólico perfume.

El que yo observara estos detalles no entorpecía la revisión de cuentas. Reclinada sobre la mesa, entreverando sus blancas manos con las mías en el intrincado papeleo, me daba informes, citaba fechas, descifraba nombres y ayudaba al balance de cifras con eficacia admirable. Cuanto más adelantábamos en nuestra exploración, más claras aparecían las grietas de la casa de Daver y más patente la ruina de la derrumbada fortuna. A cada descubrimiento de éstos, ella se afligía:

— ¿Ve usted, Ríquez? ¿No se lo decía yo?

No es que escasearan recursos para rellenar, solidificar y reconstruir lo malparado; sino que todo se estrellaba en la falta de la partida de defunción de Maltán de Pablos: mientras la situación de

viudez de Delfina no estuviese legalizada, nada podíamos intentar en remedio del mal. Se lo dije con franqueza, y ella me contestó, con alguna vaguedad y cierto airecillo de disgusto que yo atribuí al ingrato recuerdo del marido, que Maltán había muerto allá por Australia, en un lugar que llaman Melbourne.

— Pues se escribirá a nuestra autoridad consular, si es que la tenemos — insinué yo, — o si no a la justicia del país o a quien corresponda.

Ella callaba, y apunto la observación de que cada vez que de este lado proyectaba la luz de mi linterna se desasosegaba y contrariaba mucho. Pero como el caso era urgente y tan indispensable como urgente, escribí a Melbourne, y por cierto que ésta es la hora que aun espero la contestación.

Entretanto, las sesiones se alargaban más cada día, y terminadas las seis primeras, se multiplicaron al punto de no poderlas ya contar. Y era que el trabajo se complicaba a medida que avanzábamos y hubo día que no examinamos más que una cuenta... También Delfina (¿a qué ocultar la verdad?) me interrumpía muchas veces, como los chicos a quienes aburre la pesada lección del maestro, para contarme sus cosas, sus quejas de abandonada, sus lamentos de felicidad fracasada: ponía los desnudos brazos, que la cascada de encajes descubría hasta el codo, sobre el montón de manoseados papeles, juntaba ambas manos en actitud de orar y en el dorso recostaba la cabeza, mirándome de través, medio cerrados los ojos. Y como las notas lejanas de un órgano en el silencio nocturno, su voz armoniosa me

embelesaba recordando los tiempos que no vuelven, los sueños que se desvanecieron, los errores que no tienen enmienda, todo lo que fue y debió ser de otro modo tan distinto, tan distinto. ¡Cuánta tristeza evitada, cuánto dolor suprimido, la vida entera que un sí y un no entenebrecieron transformada y embellecida! ¡Para que luego se achaque a la suerte, a la Providencia, al fatalismo, a todo menos a nosotros mismos!

— ¿Verdad, Ríquez? — añadía suspirando.
— Usted y yo equivocamos el camino: ¡bien desgraciaditos somos!, porque cuando pienso en su soledad de solterón... ¡ay!, ¡yo sola ni en la gloria quiero estar!

Callaba, sin dejar de mirarme, y el silencio destruía el encanto, recobrando yo en seguida la seriedad. Advertía el peligro y me sumergía entre los papeles.

— ¿Le parece a usted que prosigamos?

— Prosigamos — repetía ella con un suspiro más fuerte.

Una vez nos sorprendió la noche en un aparte de estos románticos, y no fue la escasez de luz, sino los formidables gruñidos de misia Candela pidiendo de comer, en la pieza vecina, lo que nos despabiló. Poco a poco sentía yo que me aficionaba más a su deliciosa compañía y esperaba la hora de la cita con impaciencia juvenil, abandonando mi asiento de fiscal más tarde, cada vez más tarde... Ella me recibía entre las enredaderas, y el primer saludo

era galante porfía sobre si la sentaban mejor las cortinillas que las patillitas o el moño bajo a la griega.

— Está usted hoy más hermosa que ayer, con esas patillitas encrespadas sobre las orejas.

— Ríquez, Ríquez — decía ella, — que es usted demasiado formal para echar requiebros y en su boca no van bien más que cosas graves. Puesto que a usted tanto le chocan estos pelos, les condeno a ser tusados, y mañana me verá usted de vieja pelona. ¡Ea, a nuestras cuentas! Como a todo esto corrían los días, y ciertos vencimientos, entre los pagarés ya estudiados y anotados en la lista fúnebre que llevábamos, se aproximaban fatalmente, era necesario bajar al pozo susodicho y registrar si contenía algo de provecho para responder a obligaciones tan perentorias. Bajé y sudé y no saqué otra cosa que el convencimiento de que Delfina estaba más pobre que una araña, a pesar de poseer aún algunas propiedades de valor: pues como estas propiedades, unas por causa de hipoteca o de pactos leoninos, y todas por falta de la partida a que me he referido, no podían ser enajenadas, la situación resultaba apuradísima y sin salida. La única salida era la ejecución judicial, es decir, el escándalo, la catástrofe. Comprendiéndolo así, Delfina, aterrada, me interrogaba con el gesto de quien todo lo espera de un salvador y de este salvador el milagro imprescindible y obligatorio.

Yo estaba tan afligido y aterrado como ella. Los pagarés eran cuatro, a vencer en el mismo mes de agosto con espacio de días que no daban respiro...

Fondos para rescatarlos, ¿quién los prestaba? No había un solo agujero donde meter la mano. Cuantos medios se nos ocurrían, la reflexión los deshacía en seguida como polvo, Y Delfina me despedía cada tarde diciéndome: — Piénselo bien, Ríquez: aún nos queda tiempo para pensar, para buscar. Y encontraremos, ¡Gracias que su consejo no me abandona!

Yo pensaba, pensaba, y aunque la mente es la piedra filosofal con que el oro se fabrica, de la mía, aun estrujándola, no salía una miserable idea que en oro pudiera trocarse. Y lo peor era que mi antigua pasión, en complicidad con mis bondadosos sentimientos, me arrastraba al sacrificio por Delfina, a quien no debía dejar caer en el abismo de la ruina y la deshonra.

He dicho ya lo económico que he sido siempre, y cómo, por singular condición que no he heredado ciertamente, mi corta renta se multiplicaba y crecía sin más trabajo que apartar de ella los dos parásitos que la devoran: el vicio y el agio. No había, pues, de faltarme, como en otras ocasiones difíciles, aquella de Laurentina, por ejemplo, mi poco o mi mucho puesto de lado, y esta vez lo tenía en depósito en el que fue Banco de la Provincia, unos veinte mil pesos de la antigua moneda, más o menos, que esperaban un buen momento para convertirse en cédulas o en lo que me pareciera lucrativo y conveniente.

Agotados los medios de recobrar los pagarés, no vacilé en retirar los veinte mil pesos para salvar a Delfina. Siendo uno de cinco, otro de nueve, otro

de tres, y otro de dos, tenía lo suficiente y aun sobraba: la obra que llevaba a cabo, sin pensamiento ni esperanza de trueque en sentido alguno, ¡lo juro!, ni de cobro en ningún plazo, con el más absoluto desinterés de que el hombre puede hacer gala, me llenaba de alegría, que en mí el ejercicio del bien fue siempre el gozo mayor del mundo.

Cuando Delfina vio lo que yo la entregaba y supo su procedencia, se negó en redondo a aceptarlo. ¡Ah! ¡No, jamás, jamás! Se enfadó, me regañó mucho, lloró y en su exaltación desenrizó el flequillo de su frente, que aquel día el peinado de tumo era de flequillo. ¡Jamás! ¿Cómo consentirlo? Antes empeñaría los muebles y las ropas, y tirando de un carrito pediría limosna con su madre baldada por las esquinas. Pero aceptar de mí, su amigo, el que noblemente se había dignado ser su consejero en momentos tan críticos y propios para que la amistad huya y se esconda, aceptar un préstamo así... ¡ah!, no, señor.

— Nada, Ríquez, que usted hasta me ofende con eso. Guárdelo y no hablemos más.

— Entonces — dije yo, — que llegue el 2 de agosto y el 9 y el 24 y el 31 y vamos a ver lo que hacemos. No sea usted quisquillosa, que aquí el ofendido soy yo con su rechazo.

— Por Dios, Ríquez, eso no, ¿ofenderle yo a usted?

En suma, que a fuerza de súplicas y de reflexiones logré que se calmara y tomase el dinero, y quedaron en su lugar el honor y el flequillo.

— Conste — terminó ella — que es a título de préstamo, a plazo de tres meses y con el interés más alto que consiente la ley.

Y con estas palabras, a las que no presté mi aquiescencia marcando un movimiento negativo de cabeza, acabó la disputa de modo que parecía yo el favorecido y ella la generosa, tan satisfecho yo de mi acción, tan hueco, cual si un imperio hubiera salvado, y no lo digo por la importancia del hecho, sino por el placer íntimo, purísimo, que me producía.

El que estos apuntes estén condenados a encierro perpetuo en mi papelera desvirtuará las críticas que puedan hacérseme y las imputaciones malignas de que escojo entre mis recuerdos lo bueno, aquello que sirva para darme lustre, y callo lo que me sea desfavorable. Porque nadie creerá que después de este rasgo mío y en circunstancias que los del oficio llamarían cínicamente providenciales, vencido el peligro inmediato y terminado el lío del trabacuentas, me retiré a mis cuarteles de Belgrano con la intención de no volver: en primer lugar, no quería aparecer como acreedor molesto, ni que por tal se me tuviera, y luego, deseaba reflexionar despacio acerca de los resultados de aquella aproximación, qué era lo que más convenía a mi tranquilidad y a la ventura de ambos.

No contaba yo con que la impaciencia de Delfina y el desarrollo de sus ocultos planes daría al traste

con mis propósitos, pues no pasaron tres días y ya recibí dos letritas apremiantes tuyas: que fuera, que por qué la olvidaba, que había de consultarme acerca de una operación de retroventa, que me convenciera que mi papel de administrador honorario me obligaba a visitarla todos los días. Dudé si iría, pero fui...

Excusado será que afirme que todo el tiempo que duraron estas sospechosas andanzas mías reinó en mi casa la confusión y estaba mi servidumbre atónita del entra y sal desordenado del hombre más metódico que ha existido. Era como si el reloj principal, el viejo reloj que regulaba la vida interior y con respetable campana recordaba solemnemente los deberes de cada cual, se hubiera descompuesto y sonara a tontas y a locas.

Bullebulle, sobre todo, andaba con las manos en la cabeza. ¿Qué ocurría para que el *niño* Juanito de Dios se marchara a la ciudad todos los días y volviera de noche y no comiera unas veces y no almorzara otras y hasta en el vestir y el acostarse y el levantarse cambiara sus costumbres y las reglas fijas y absolutas de tantos años? ¿Por qué mudanza tan rápida y extraordinaria? No se atrevía a preguntarme nada, pero me espiaba, me observaba con disimulo, me seguía por el jardín hasta el portón.

— ¿También hoy vendrá el niño tarde? ¿No comerá en casa? ¿Hasta qué hora debemos esperarle?

Sentía yo una poca de vergüenza, no sé por qué, pero la sentía, de este mal ejemplo que me parecía estaba dando quien nunca fue tachado de darlo.

El simple del mulato no se apartaba del portón, y cuando regresaba, siempre a hora irregular por causa de la distancia, sin hablar se revolvía junto a mí husmeando como lebel y elevando ya el pañuelo, ya la manga a sus narices. Preocupado yo, le hacía poco caso, en verdad; pero un día me chocó que a estos aspavientos olfativos añadiera otros realmente irrespetuosos; y era que conforme iba entregándome las prendas de vestir, bien cepilladitas y apañadas, las olía y a todas aplicaba el chato y oscuro naso como si éste fuera sello, que refrendara la obra de su limpieza y cuidado.

— ¿Qué haces? — le interpele con mi acostumbrada dulzura, que no he sabido yo nunca ser áspero, — ¿qué haces?

— Es que — contestó el mulato — desde que el *niño* Juanito anda tan ocupado y cualquiera diría que a salto de mata, trae pegado un olor muy especial, un olor que huele así como a...

— ¿A qué? — insistí yo atomatándome porque recordé el perfume favorito de Delfina.

— A demonio — dijo *Bullebulle* convencido, — pero a un demonio que no ha sido azufrado todavía, un demonio que debe ser muy hermoso y muy aristocrático.

IX

Engolosinado con la dulce compañía de Delfina, no he dicho nada aún de dos encuentros que tuve en su casa durante la temporadita a que vengo refiriéndome, y fue el primero el de un jovenzuelo a quien yo no conocía y ella me presentó y se llamaba Ángel de nombre, o más bien Angelón, pues era el más hermoso jayán que he visto en mi vida, robusto, colorado, de amarillos bucles y sin sombra de vello en la cara, el cual Angelón por tres veces llegó cuando yo salía y luego desapareció y no di con él hasta la noche en que sufrí el más horrible desengaño de que hago memoria y contaré a su tiempo. Este Angelón murió en la revolución *ordenista* que estalló algo más tarde; era, según supe después, un tronera de mucho cuidado, y la bala que le mató le hizo merecida justicia; que a veces al que la sociedad y la ley absuelven como cómplices, el destino condena como juez.

Su presencia en casa de Delfina no me causó la mínima gracia, y eso que yo, en rigor, no iba allí a fiscalizar más que las cuentas y en lo tocante a otra cosa nada me autorizaba a entremeterme. Pero como la planta de mi amor reverdecía a despecho mío, confieso que aquel bello zopenco me inspiró un sentimiento que se parecía a los celos, y no eran celos precisamente, sino desconfianza propia y desconfianza de Delfina, temor, aprensión, todo lo que me quitaba el sosiego y me guardaba bien de expresar por tenerlo a necedad y ridiculez. Delfina,

que sin duda se percató de ello, me manifestó que el Angelón era hermano de unas íntimas amigas suyas que solían enviarla con él recados de cuándo se encontrarían en tal parte o saldrían de paseo, y aunque el oficio de recadista le venía algo corto a un muchacho de veinte años que para algo más servía, me callé por discreto y no por convencido, y dejando de verle le olvidé en apariencia.

El otro encuentro fue con mi tío Tejera, una sola vez, hecho un arco, arrastrando los pies, con temblor perlático en la cabeza y las manos, pero entero de voluntad y tan agrio como en sus mejores tiempos. Aun siendo yo el ofendido, que sobre su injusticia debía agregar la crueldad del rechazo de una conciliación a que mi difunta tía Sandalia trabajó con todas las fuerzas de su corazón nobilísimo, humilde de natura me acerqué a saludarle; pero él con un respingo y un bufido me infirió nuevo agravio, marchándose como gato a quien acosa el perro.

— Déjele usted, no le haga usted caso — dijo Delfina confusa, sin pararse a explicarme qué hacía allí el personaje culpable de los feos propósitos que ella le había atribuido.

— Ya le dejo — contesté yo viéndole arrastrarse por el patio, — ¡vaya bendito de Dios!

Y no volvió, al menos en las horas de nuestra tarea, ni yo me ocupé de él ni de Angelón por la razón que he dicho, que era la más sensata de las razones.

Cuando terminó la tarea y a requerimiento de Delfina cedí al peligro de nuevas visitas, estaba

yo medianamente acaramelado para que todos los Tejeras y Angelones del mundo se me dieran un ardite. Porque es preciso notar la sabia gradación que Delfina puso en la confianza de recibirme: primero, a horas fijas como a un agente de negocios; luego, prolongando la entrevista descuidadamente; por las tardes, al anochecer, así que logró arrancarme a mis meditaciones de Belgrano, y por la noche, a las nueve, dos veces, regularmente, las semanas que siguieron.

Mi cortedad de genio empezaba a alarmarse ante el recelo de que la frecuencia de trato pudiera dañar su reputación; pero ella, con desdén, argüía que una viuda no es una monja y que precisamente la viudez es la cédula de la libertad mujeril.

Otro que don Perfecto, hubiera tomado aquello por el lado humano que merecía ser tomado. Yo, que siempre he padecido el grave error de tomar las cosas todas a lo serio y elevarme demasiado sobre el nivel del suelo, comencé a preocuparme de que podía comprometer aquella misma libertad, y si no traía honrado proyecto que realizar, debía suspender unas visitas susceptibles de murmuraciones y de escándalo. Ahora bien: este proyecto, ¿lo tenía yo formado?

Cuantas veces en la dolorosa investigación de aquellos sucesos me he detenido, reconocí que la idea de mi matrimonio con Delfina me alentó desde el primer día, con mayor entusiasmo a medida que la pobreza, la insolvencia, la ruina completa de Delfina aparecían más patentes. Rasgo digno

de don Perfecto era amparar su viudez, fortificar su debilidad, remediar su situación en todo lo que podía ser remediada, que al fin y a la postre a Delfina amé yo siempre y me lastimaba grandemente su desgracia. Viérala rica, feliz y orgullosa, y me hubiera apartado de ella, o mejor dicho, no me hubiera aproximado nuevamente a ella, pues en mi quijotismo natural de blando y bondadoso su desgracia fue el señuelo que me atrajo.

Las observaciones indiscretas que he ido anotando entibiaron y hasta enfriaron alguna vez esta idea mía generosa, pero no la mataron, porque yo la sentía revivir, como flor agostada que refresca y entona el rocío de la noche, a la luz de sus ojos verdosos y profundos y al sonido de aquella voz, de aquella voz que no acierto a comparar con cosa alguna, que era su garganta una cajita de música. Pero no la decía nada, me parecía que no debía decirla nada, mientras la seguridad de que ella pensaba lo mismo que yo no se revelara de modo claro y preciso.

Sin embargo, cuando a sus instancias y agotado el pretexto del papeleo, fui la primera noche, «porque así estaríamos libres de importunos», para la consulta de una operación de crédito en que quizá no fueran menester los documentos pedidos y bastara una firma de conocimiento, encontrándola recostada en una dormilona, a media luz, deshecho el cabello y con una bata de seda que más que cubrirla descubría sus encantos dibujando demasiado plásticamente lo que el pudor habíala encargado disimular, tomé esta actitud, o era yo romo, por demostración de su

confianza y quizá de su simpatía. Otro alcance no podía darle, ¡líbreme Dios!, que fuese indigno de mí y de ella, y la prueba está en que ingenuamente lo primero que me ocurrió fue dar luz a la lámpara y preguntar a Delfina si tenía jaqueca...

Creo que mi acción y mi pregunta la contrariaron un poco; lo cierto es que se puso displicente y al cabo de un cuarto de hora en que de todo hablamos menos del objeto que me llevó, despidióme con encargo de volver.

Esta manera de recibirme, a media luz, quedó ya como obligado juego de escenario, y por supuesto que no atreviéndome yo a nuevas manipulaciones con la lámpara, acostumbrado a acostarme con las gallinas, como decía mi tío Tejera, en la obscuridad se me cargaban los párpados de sueño. La conversación no era ni muy divertida ni muy animada, y se diría que ella lo hacía a posta adelantándose a taparme la boca cuando yo pretendía avivar el tema, o contestándome con hondos suspiros que una vez, tan doloridos se me antojaron, que caí de nuevo en la pregunta sosona de si tenía jaqueca...

— ¡Qué empeño el suyo en que he de tenerla!
— exclamó Delfina rebullendo entre sus encajes, —
¿cree usted que sólo el dolor físico arranca suspiros?

¿Qué había de creerlo yo que me he pasado la vida suspirando? Tal fue mi respuesta, y de sobra comprendí que algo me ocultaba Delfina, y ese algo era la simpatía que esperaba la ocasión de desbordarse. Lo comprendí y temblé... Más paseos

he dado por ese jardín, más noches he velado en este salón en pugna con mi inclinación y mi conveniencia, que no podría contarlos ni referir cómo de indeciso me volví resuelto, y de tímido audaz, y de triste alegre, porque la idea de que Delfina viniera, al cabo, a perfumar mi hogar iluminaba mi casa y mi alma vistiéndolas de fiestas: era mi antiguo sueño realizado, mi aspiración más ferviente y duradera.

Calló el interés, cansado de oponerme razones muy poderosas que yo no atendía; me abandonó la prudencia, a la que rechacé con agravio, y me dejé conducir por el pícaro amor que me entontecía hasta la cámara en que Delfina, sumergida entre sus encajes y la penumbra, más densa aquella noche como si el que allí me llevó hubiera amenguado la lengüeta de la lámpara en complicidad con ella, me esperaba anhelosa y suspirona. Recuerdo perfectamente que cuando me acerqué al sofá, poco menos que a tientas, ella me alargó la mano y la puso entre las mías, y como no daba muestras de querer retirarla, sino, al contrario, de confortarse con la cariñosa presión, la retuve y no llegué a besarla porque me pareció irrespetuoso y de mal tono; teniéndola, pues, de la mano y sin sentarme, como si fuera médico que ausculta a un enfermo, sin mayores preámbulos y antes de que el valor me faltara, la dije cuanto decirla quería y veinte años antes no había osado decirla más que con los ojos... Si ella estaba conforme, en seguida que viniera la respuesta de Melbourne, ¡a casarnos! ¡Qué felicidad! ¡Oh dicha, no por tardía menos placentera!

Hay comparaciones vulgares que no es posible reemplazar por frase alguna, aun la más retorcida y delicada. Un chorro de agua fría en el cogote debe ser, sin duda, cosa desagradable, y si va de improviso, peor; pues tal me supo a mi la carcajada de Delfina y su respuesta:

— ¡Por Dios, Ríquez!, ¡que sea usted siempre el mismo! ¡Que siempre haya de salir usted por el registro del matrimonio!

— Delfina — contesté yo así que me repuse algo de la sorpresa, — tratándose de usted no conozco, no, otro registro... Yo no puedo ofenderla... Soy un hombre de ley... Camino siempre por derecho...

Solté su mano confundido; pero ella con bonitas sutilezas me explicó lo que había expresado, que era, simplemente, su horror a un yugo que tan desgraciada la hizo y tanto la pesó haber contraído. La sola palabra *matrimonio* la sonaba como anuncio de nuevas penas y dolores, aun en mi boca, que era yo archivo de sinceridad, de lealtad y de todas las virtudes del caballero.

Yo no sé si se burlaba, porque a pesar de estar a prueba de repulsas y desdenes, la alabanza tras del guantazo no me supo peor que si, redondamente y con menos flores y papel dorado, me hubiera rechazado ignominiosamente. Yo no insistí; ella siguió hablando, con ternura y languidez quizá estudiada, y creo que dijo algo así como que lo pensaría, o lo discutiría consigo misma, algo que era una esperanza. Pero ya estaba yo inquieto y con deseo de marcharme: puesto que las puertas

de la legalidad se me cerraban, nada tenía que hacer allí; aquellas entrevistas nocturnas debían terminar, por sospechosas, por comprometedoras y, lo diré claro, por indecentes. Si hasta entonces había transigido con la media luz y la media noche y el medio ambiente aquel de peligroso romanticismo, era porque, como antorcha entre las tinieblas, llevaba yo bien alta mi idea cristiana; pero desde que de un soplo la apagó Delfina, sentí como si la moral me empujara por los hombros, y a tientas busqué la salida. Creo que no me despedí de ella.

A esto siguió una temporada atroz. Mi abatimiento era el resultado del hechizo de aquella mujer fatal. No pretendo negarlo, ni engañarme: su influencia en mi vida, lo mismo de lejos que de cerca, ha sido decisiva y siniestra. Sor Angélica muchas veces me tiene dicho, remedando, sin saberlo, a mi tía Sandalia:

— Pero ¡señor don Juan de Dios!, ¡si el culpable en la tragicomedia de esa señora Delfina es usted! ¿Acaso no vio usted que era una mala persona? ¿No la conoció usted, de niña, fría, egoísta, ambiciosilla y cruel? ¿No la encontró usted después, al cabo de Dios te salve, con síntomas, que saltaban a la vista y a las narices, de una corrupción a que no era ajena su familia? ¡Y usted sin percatarse en lo más mínimo! ¡A quién se le ocurrió a usted ir a ofrecer sus sentimientos cristianos! Margaritas a cerdos, señor don Juan de Dios. ¿Pretenderá usted sostener que no hay doncellas honestas, dignas de un amor puro y elevado como el que usted ha andado mostrando sin encontrar quien se lo tomará?

Sí las hay. Digo que sí las hay. Pero que recuerde Sor Angélica que, si su propia historia no miente, a ella la acaeció también poner su pensamiento en persona indigna, y vuelta de su error no quiso ya más tratos amorosos, como si no hubiera hombres honrados en el mundo. Por esto respondo yo a sor Angélica y a cuantos me motejan por ciego o por bobo, que es preciso saber bien cómo queda un corazón que estrujó el desengaño, seca esponja que sólo la hiel de las lágrimas humedece...

Quiere decir todo esto que la sombra de Delfina obscureció mi vida y fue para mí como cuentan los viajeros que es la del manzanillo. Después del mal éxito de mi segunda tentativa, me confiné en Belgrano, decidido a no ir más por el mundo. Si no tuviera al nuevo Arturo en mantillas, acaso, ya definitivamente convencido de que la felicidad no se había hecho para mí, porque no sabía encontrarla, o porque la buscaba donde no existía, me meto a fraile y canto misa en menos que un gallo, siguiendo los infantiles consejos de mi prima Paula y mis arrechuchos devotos, no tan intensos y con la trascendencia que yo deseara por flaqueza mía y desequilibrio de cualidades que ya he hecho notar y que me han tenido siempre en el aire, como muñeco que cuelga de una cuerda.

En esto, y cuando ya iba vencido un mes sin que acudiera yo a casa de Delfina, recibí un billetito suyo que decía: «Lo he pensado mejor. Venga usted a la hora de costumbre.» El poder de estas palabras en mi débil voluntad fue tan grande, que no como ruego amoroso, sino como imperativo mandato las

tomé y me dispuse a acatarlo. Con obcecación realmente inexcusable, puesto que había rebasado los cuarenta y por lo tanto no era un chiquillo a quien se engaña fácilmente, volvía a desafiar el peligro: ¿por qué?, ¿por pasión invencible?, ¿por amor propio?, ¿por desesperado aburrimiento?, ¿por la sed de cariño femenino que me ha afligido toda la vida? Porque (debo confesarlo, con repugnancia) yo veía a Delfina tal cual era, tal como la había puesto la detestada compañía de su mal marido, y esto lo veía con los ojos muy abiertos, como un hoyo en medio del camino y hacia el cual, sin embargo, dirigiera los pasos seguro de caer en él. Cierto es que al desorden de Delfina no atribuía yo mayor alcance que el de sus cuentas enredadas, sus hábitos de lujo y su coquetería extremosa, sin que de su conducta pudiera tacharse una tilde, y con esto me declaro el más panfilo de los hombres y señalo el peligro peor de mis perfecciones, que es el no pensar mal de los otros; y me parecía que de estos ligeros defectos se curaría a mi lado y que entre mis manos su triste alma extraviada soltaría toda la escoria con que las sucias de Maltán la mancharon. No sé explicar mejor aquella aberración mía, y a falta de claridad valga lo ingenuo y lo sincero de cuanto escribo.

Volví, pues, convencido de que no debía volver, y aunque con la voluntad de no hacerlo, peligrosamente inclinado a caer en la trampa visible que aquella sirena me tenía armada, como ella quisiera y a poco trabajo que se diese. ¡Ay, Dios! ¿Cómo referir los extraños sucesos de aquella noche?, ¿con qué sosiego podré ordenar mis

recuerdos, si al punto de fijar en ellos mi pensamiento empiezo a temblar y confusa neblina me ciega y desorienta?

A ver si puedo salir de mi empeño. Eran las diez y estaba la puerta entornada, de modo que no necesitaba yo llamar y alborotar al perro sujeto siempre junto al aljibe y conocido mío ya de algún tiempo; el patio era tan grande y frondoso, que el reverbero no bastaba a alumbrarlo, y esta vez el viento o la malicia (que a la fecha aún no ha sido averiguado) lo habían apagado y mantenían en la obscuridad más temerosa, dentro de la cual la emoción y el recelo propio de quien va guiado sólo de sus manos me llevaron con inciertos pasos y sensibles trompicones hasta la rajita de luz azulada que brillaba a la derecha y debía ser la estancia donde me aguardaba Delfina. No ladró el perro, y es que no estaba o me conoció por el olfato; llegué, como digo, a aquel faro, y el llegar no era cosa tan fácil, que tenía el patio más tinajas y vasijas que una tienda de cacharrero, y medianamente disgustado de entrar así donde tan honrados propósitos traía, ladrón o amante que encubre el delito, me detuve al oprimir el picaporte, con deseo más de retroceder que de avanzar. ¡Singular influjo que, a pesar de todo, me empujaba! La puerta se abrió sola y me encontré delante de Delfina...

Idéntica la preparación del escenario, la actitud de la hermosa era la misma, en el sofá, lejos del radio que abrazaba la lámpara en agonía bajo la pantalla

de seda verde. Me sonrió, me tendió la mano, me llamó ingrato:

— ¡Cómo se hace usted desear, Ríquez! ¿Así se abandona a los amigos? Venga usted, acerquese, siéntese.

Me acerqué y me senté. No sabía qué decirle, porque, en realidad, todo se lo tenía dicho, y a ella tocaba ahora explicarme su llamamiento y el cambio que lo produjo; pero no me explicó nada y todo se volvía quejarse del abandono en que se encontraba, de su soledad, de su situación desvalida.

— ¡Y usted lo sabe, Ríquez, y deja correr los meses sin venir!, ¡yo que fiaba tanto en su amistad!, ¡siempre tan puntilloso, tan difícil!

— Delfina — contesté yo, — si algo más de lo que he hecho y ofrecido hacer por usted está en mi mano, ordéneme usted, que yo obedezco.

— ¿Lo dice usted de veras, Ríquez? ¡Cuidado con empeñar en vano la palabra!

Hizo un movimiento de coquetería con el brazo y el broche del cuello de la bata se desprendió mostrándome algo que no sé si era raso, terciopelo o rosas entre nieve. Yo volví la cara avergonzado, y ella trataba de ensartar el broche rebelde sin conseguirlo, ¡Ay! Estoy por creer que no lo conseguía a posta y que era ella, y no el broche, quien se rebelaba contra la honestidad. Me miró, como pidiéndome ayuda, y me desentendí de lo que sin agravio para ella

no debía comprender, preguntándola, con ánimo de enderezar la conversación por el camino de mis intenciones, si llegó la deseada respuesta de Melbourne y si lo que *pensó mejor* se relacionaba, según tenía derecho a creerlo, con la propuesta mía.

— Eso vamos a discutirlo ahora — dijo ella; — antes déme usted un alfiler, ¿no ve cómo estoy?, ¡lo ve y se queda tan fresco!

Busqué en mi solapa el alfiler que nunca me faltaba y se lo alargué; para esto hube de levantarme y acercarme al sofá, tanto que pude averiguar, sin necesidad de lentes, la verdadera naturaleza de lo que el broche rebelde se empeñaba en descubrir, y por segunda vez volví la cara... Entonces, en el propio momento, la cortina del fondo se agitó y dio paso a una sombra del otro mundo...

Del otro mundo debía ser, porque era el mismo Maltán de Pablos quien apareció ante mi vista, con tal espanto mío que aún hoy me estremezco al recordarlo; un Maltán más viejo del que yo conocí, pero vivo, real, que avanzaba hacia mí con la boca de sapo distendida por una sonrisa perversa y cruel... Yo no me moví de donde estaba, dudando aún que fuera verdad la resurrección de aquel a quien por bien muerto y enterrado tenía hacía tiempo, y lo que mayor extrañeza me causó fue la tranquila actitud de Delfina, que no debía ver nada porque continuaba en su porfía con el broche y el alfiler, sin darse cuenta de la horrible aparición. Luego era visible sólo para mí, y si visible era sólo para mí, el Maltán presente no era vivo ni real, era un fantasma, caprichosa

alucinación de mis sentidos, o su ánima pecadora que del purgatorio salía en demanda de una oración.

Ánima o persona, el Maltán que yo veía avanzar llegó hasta mí, me tocó en el brazo y con la misma voz del payaso de otros tiempos me dijo:

— ¿Me conoces, Ríquez? Soy Maltán, Maltancito, Ricardo Maltán de Pablos. ¿Te acuerdas del lance aquel en el patio de Tejera? Pues vengo a darte el vuelto, que ya me he hecho esperar bastante. Culpa de la demora, a ti mismo, que te las has compuesto de modo que no te he tropezado más en mi camino. A pagar tocan, señor don Perfecto. ¡A solas con mi mujer, a estas horas y en mi casa!

— Pagado serás, Maltán — contesté yo articulando apenas las palabras sin atreverme a mirar al fantasma; — déjame, vete en paz, que yo te prometo mandarte decir todas las misas que te hagan falta.

— Hi, hi — replicó el condenado riendo, — ¿misitas a mí?; esas te las diré yo en seguida como no me expliques qué haces aquí y a lo que vienes.

Se acercó más y sentí en mi cara una ráfaga caliente, que o era su aliento vital o aire del infierno de donde venía. Yo retrocedí, porque tocarle no quería de miedo que se deshiciera en polvo entre mis dedos. Avanzando él y retrocediendo yo, di con mi espalda en la pared y él con mi pecho, sobre el cual apoyó sus dos manos, que para ser de fantasma pesaban demasiado.

— ¿Qué haces aquí?, ¿qué buscas? — repitió envalentonándose; — contesta, falso Perfecto, acabadísimo farsante. ¿Sabes que puedo entregarte a la justicia, por violador de domicilio, por cómplice de adulterio? ¿Sabes que tu nombre y tu reputación y tu persona dependen ahora de mí, en esta trampa en que has caído?

— Maltán, perdóname — dije perdiendo ya la noción de cuanto me pasaba, — perdóname el agravio que te hice y éste que crees que te hago aquí con mi presencia, la que no vale explicarte, porque tu mujer sabrá hacerlo mejor que yo. Para alcanzar este tu perdón, ¿qué me impones?, habla, que yo me resigno a tus órdenes.

— Acabas de ofrecirme unas misas — respondió él; — pues para estas misas necesito yo veinticinco mil pesos, ni un real menos. Entrégamelos y te suelto.

—No los tengo aquí, pero te doy palabra de enviártelos. Palabra de honor.

— Palabra de honor. Está dicho. ¿No traes nada en tu cartera?

—Sólo traigo quinientos.

— Vengan.

Apartó de mi pecho las manos para darme lugar a la acción que de manera tan perentoria exigía y yo le entregué el billete. Creí que no podría cogerle, pero fantasma y todo se apoderó de él con listeza, y a reculones, midiendo bien el terreno, sin

ruido fue hasta la cortina del fondo, la levantó, y desapareciendo por ella, me envió con su enorme boca de sapo una sonrisa y esta amenaza:

— ¡Palabra de honor!

Brevísima esta escena, me pareció que había durado un siglo. Sudaba a chorros. Me volví a Delfina y no la encontré, no estaba ya en la habitación, había salido con el misterio con que su marido había entrado, ¿cómo?, ¿cuándo?, ¿por dónde? La luz se extinguía bajo la pantalla verde de la lámpara. Me entró un terror infantil, que me hacía temblar los dedos palpando el picaporte salvador: con una vuelta bastaba para abrirlo y le di dos o varias, muchas vueltas, encerrándome a mí mismo en aquel antro del que quería huir a todo trance. No sé cómo, al fin, me vi en el patio, y derribando macetas por aquí y por allá, como embravecido toro salí al portal y a la calle.

En la acera me descubrí, para que el aire refrescara mi cabeza abrasada, y miré a las estrellas... ¿Soñaba?, ¿estaba yo loco? El portalón de la casa siniestra había quedado abierto y lo cerré de un golpe, que en el silencio resonó como un estampido. Me dirigí a la esquina en que creía haber dejado el birlocho que me traía de Belgrano, el cual no paraba a la puerta por mayor reserva y prudencia, y no di con él, ni diera en toda la noche, porque, desorientado y confuso, me equivoqué de dirección y en las callejas de la parte del río, que si ahora pocos trates tienen con la higiene, entonces no la conocían ni de vista, me perdí y entregué a todos los diablos.

Digo esto sin metáfora, pues mientras buscaba, contrariadísimo, lo que no había de hallar, tropecé con aquel Angelón ya mentado, demonio que a tales horas y en tales sitios no andaba seguramente a nada bueno. Era muy llanote este Angelón y muy simpático, y el tropezarme con él después de lo ocurrido lo tuve por suceso providencial, que había de quitarme dudas y telarañas. Si yo no soñaba, ni chiflado estaba, la resurrección de Maltancito, aquella escena de fantasmagoría y de escamoteo, arte en que fue siempre tan ducho y que sin duda no olvidó en los profundos abismos donde yo le suponía condenado, se explicaría y aclararía todo fácilmente, que ya tardaba.

Me vio Angelón como bala perdida y me dio el alto, echándome encima los brazos, pues aunque me tenía por rival y rival afortunado, siempre me trató con respeto y afecto; merodeador de cercados que guardaran faldas, al solo objeto de sus caprichos y sus vicios, no tomaba a pecho resistencias y saltaba del uno al otro sin interesarse más que en triunfar donde podía y como podía.

— Ya sé de dónde viene usted, señor Ríquez — me dijo el hermoso gandul con descaro; — ¡cita tenemos y a media noche! Perfectamente; ¡pero le advierto a usted, como buen amigo suyo que soy, que ha regresado el marido!

— ¡El marido! — exclamé yo, sin cuidarme, con la sorpresa, de disimular ni defenderme.

¡Pues, claro!, ¿no sabía yo que había marido de por medio y marido terrible? ¿En qué planeta vivía

que lo ignoraba? Contesté que sí lo sabía, ¡vaya!, y sentí que mi cabeza se abrasaba más que antes. Angelón enlazó su brazo con el mío y echamos a andar, no sé si para abajo o para arriba. Tampoco recuerdo si fui yo indiscreto y le pregunté algo o me atreví a insinuarle tal o cual cosa que con Delfina se relacionara. Lo cierto es que por aquellas callejas tristes y desiertas, se le soltó a él la lengua y a mí se me abrieron los oídos y se me achicó el corazón. Como pájaro a quien una por una se le arrancan las plumas de las alas, y a cada tirón sangra, se queja y se estremece, así me arrancó mis ilusiones, una por una, aquella noche, el Ángel de las tinieblas que me acompañaba y me dejó también sangrando y dolorido.

No me contó, en realidad, nada que extraordinario fuera para los demás, sino una historia vulgar y repugnante. De no ser Delfina parte principal y figurar yo en ella, aunque de incógnito, haciendo el bobo del sainete, me guardaría de repetirla aquí, primero por decoro, segundo por vergüenza propia y luego porque me causa pena hablar mal de aquélla a quien, a pesar de su falacia e indigna como pocas, consagro aún afecto compasivo. Pero no seré yo el que hable, sino Angelón o sea la verdad histórica en persona, de la que no cabía dudar, pues confrontados sus datos con los míos resaltaba la exactitud más rigurosa. ¡Ay!, ¡qué noche!

Y dijo Angelón... Los primeros capítulos me los sabía yo de carretilla. Añejo todo esto, decía al narrador:

— Bueno, adelante, adelante.

— Verá usted.

Y ¡zas!, me arrancó la primera pluma. En lo peor de los apuros de don Isaías y cuando el negocio del café se ponía más negro, apareció Tejera, don Gaspar de Tejera y Ríquez, un viejo verde de mucho cuidado y riquísimo... ¿Pariente mío, acaso, por lo de Ríquez?, ¿no le conocía? No, no le conocía. Pues, este Tejera, amigo de la familia de tiempo atrás, metido en la casa cada lunes y cada martes al olor de ese apetitoso cebo que se llama *esposa abandonada*, más fácil de atrapar que ningún otro, prestó dinero a don Isaías, recibió con caballeresco estoicismo todos los mandobles del marido y puso a flote a sus buenos amigos, cobrándose los intereses que son de suponer...

Mis pobres plumas caían a puñados. ¡Ay!, ¡maldito Angelón! Bueno. Lo de Tejera duró mucho tiempo; años. Don Isaías lo sabía, misia Candela lo sabía, el marido, ¿no había de saberlo si cada mes cobraba su crecido estipendio? Pero tuvo el negocio sus intermitencias y borrascas. Harta de vejeces, Delfina padeció caprichos: una vez por un Esquendo, no el cuñado conocido, sino un hermano menor; otra, muy pertinaz, por un uruguayo de rumbo, y otras, ¡vaya usted a contarlas! Berreaba, entretanto, el amante viejo, y como amenazaba con el plantón, y el plantón era la ruina y el derrumbe de aquella familia, el padre y la madre intervenían para evitarlo, y se dio el caso (en una de las retiradas más largas y que parecía definitiva) que fuera el mismo Maltán a interpelarle,

explicarle y suplicarle, con lo cual seguía el pandero como antes, a gusto de todos.

En esto reventó don Isaías. Y sea que considerase ya muy pesado el fardo, o por razón de nuevos caprichos de la dama, Tejera se retrajo y la falta de su bolsa produjo desastrosos efectos: se amontonaron las trampas, se sucedieron las riñas y no hubo tranquilidad mientras no cayó otro pez gordo en las lindas manos de Delfina... Y así hasta el día de la fecha. Cuando había quien pagara, Maltán vivía en grande al lado de su mujer, dejándole la libertad necesaria; cuando no había, Maltán se alzaba con la última limosna y emigraba lejos, no regresando hasta no estar bien ocupado puesto tan importante para la vida de esta familia ejemplar. Y tenía olfato tan fino, que dijérase le prevenían en seguida, pues su regreso nunca era en vano... Entretanto, los pipiolo de la casta de Angelón hacían la rueda para entrar a picotear, si les dejaban...

No insistiré más en tan espantoso relato. Excuso detalles en que el perverso narrador se complacía, incidentes nuevos, páginas enteras de abominable crudeza. ¿Qué he de decir de mí, si no habrá quien no lo imagine cómo quedara al enterarme de tan horribles hechos? Me ahogaba. Hablar no podía, y si el otro no me lleva colgado del brazo, doy con mi cuerpo en la acera, como un borracho. Asimismo, llegó un momento en que me fue materialmente imposible seguir adelante y busqué el apoyo de la pared, que el del joven no me bastaba, mientras, enardecido por el placer intenso de su ejercicio de quita-honras, Angelón me

estrechaba más, echándome a la cara los últimos escupitajos de su historia.

— Conque, señor Ríquez, andarse con mucho tiento, que la hembra es de las que mandan fuerza. En cuanto al marido, no sea usted tonto: en vistiéndole y dándole para sus vicios le tiene usted como la seda. Y ya que en sus manos está la llave del paraíso, acuérdesse de nosotros y déjese entornada alguna vez la puerta.

La desvergüenza me sonó como una bofetada. Yo no podía sufrirla; no podía sufrir tampoco que a mí, hombre de severos principios, por un cúmulo de apariencias fatales se me supusiera en bajos tratos con la cáfila de Maltanes rufianescos. El dolor de lo que había oído se mezcló a la indignación, al horror de que yo, don Perfecto, fuera acusado, menos aún, sospechado de concomitancias semejantes, y dije al Angelón o demonio aquél:

— Señor mío, usted se equivoca completa, absolutamente. Declaro que de cuanto usted me ha referido ignoraba hasta la primera letra. Yo creía a Delfina Daver honrada. Yo creía a Delfina Daver viuda de Maltán de Pablos. Y si usted me ha visto entrar en su casa con frecuencia y salir a horas, como esta noche, que no son regulares, no lo atribuya usted a nada pecaminoso: yo soy un hombre honesto, temeroso de Dios, esclavo de mi deber, caballero de la virtud y del honor, devoto de la moral cristiana... Si usted me ha visto, repito, en casa de quien yo por señora tenía y como señora respetaba, atribúyalo a honrados propósitos míos,

honradísimos: sepa usted que yo iba a ofrecer mi mano de esposo a la que para mí era la viuda de Maltán de Pablos y que su... franqueza de usted ha hecho rodar hasta lo más sucio del arroyo.

— ¿Esposo de la Maltán?, ¿casarse con Delfinita? ¡Hombre!, ¿está usted loco o qué?

Rompió a reír el maldito, con tanta gana, tan estrepitosamente, que el eco de sus carcajadas escandalizó la calle. He dicho que Angelón me había respetado siempre y considerado como yo lo merecía; pero apenas oyó mi ingenua declaración y se convenció de que lo que el *caballero de la virtud* decía era verdad, me tuvo por persona mema y digna de ser toreada en firme, y sin más ni más, sin parar de reír, me dio un soberano apabullo en el sombrero, recogió unas piedrecitas y me las tiró, como los pilluelos a los borrachos, diciéndome a cada una que acertaba cosas de broma, palabrejas de sentido equívoco, las que fueron subiendo de tono conforme advirtió que yo no me defendía ni me curaba de contestarle más que con una que otra razón muy comedida. Y subieron tanto, y tanto arreció en sus risotadas y en la grosera aunque inocente pedrea, que por no hacer mal uso del bastón quise dejarle, poniendo a salvo mi dignidad y mi cordura del peligro de tan malhadada ocasión; pero como era aquel barrio (no sé si continuará siéndolo) de los de turbia fama, en dos o tres casas de las vecinas, y no de recogimiento, a la escandalera de Angelón se mostraron, asomados a balcones y ventanas, hombres y mujeres, seguramente poco aprensivos, que sin averiguar lo que ocurría, por

humor de jarana, a que esta gentuza se halla siempre dispuesta, dieron en gritar al compinche de la calle:

— Ángel, Angelito, ¡duro con él y escarmentarle!

Indudablemente, no tenía Angelón intención de pasar a mayores. Sin embargo, aquellas voces y mi actitud prudente le animaron a proseguir la chanza, a la vez que, secundando el juego, de los balcones dispararon contra mí pelotas de papel y algún otro proyectil de este calibre; y como yo era solo y ellos muchos y yo tenía vergüenza y ellos ninguna, abandoné el campo a escape, corrido por la rechifla general: Angelón hacía con las manos bocina y me gritaba:

— Caballero de la virtud, moralista, tragapapas, ¡que te alivies!

Volví la esquina, como si me persiguieran mastines, y libre de la canalla, limpié y puse orden en mi traje y enderecé por el camino más corto, o mejor dicho, traté de enderezar mis pasos hacia el sitio en que mi coche me esperaba, precisamente en el lado opuesto de la plaza... ¡Ay! No me dolían a mí los desafueros recientes, que acostumbrado estaba a ser burlado cada vez que descubría mis ideas y sentimientos; dolíanme las revelaciones de Angelón, de manera tan punzante y atroz, como si en las propias entrañas llevara el hierro clavado; dolíame de mi candidez ingénita, que a peligros tan grandes, a vergüenzas tan irremediables me exponía, y a pesar de la burla soez, que disculpaban la edad y la mala educación, daba a Angelón las gracias y bendecía la hora de su encuentro y de mi extravío,

porque si no le tropiezo y al salir de la casa siniestra subo a mi coche, ¿qué fuera de mí en manos de la pareja malhechora? ¡Angelón, Angelón, gracias, yo te perdono tu falta de respeto y tus demasías conmigo y pido a Dios que te perdone tus pecados todos!

El peso de mi desengaño, pues, no me dejaba andar, y aunque divisaba ya los faroles de mi tílburí, donde el muchacho que me acompañaba debía estar más dormido que un poste, hube de hacer grande esfuerzo para alcanzarle. Confieso que iba aturdido, completamente aturdido. Me hervían dentro las ideas, los recuerdos, y en el desconcierto interior flotaba, como nube negra en cielo de tormenta, la horrible silueta de la Delfina traidora y corrompida. ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Llegué, al fin, a mi coche y me arrojé en mi asiento pesadamente, despertando al muchacho, que se asustó de aquel bulto que en silencio y de golpe le caía encima, como una maza. Yo no le hablé; recogí las riendas y el látigo y azucé al caballo sin marcarle dirección, que ya sabría él llevarme a aquella fortaleza mía donde embutido quedaría para siempre y a cubierto de nuevos golpes de la realidad implacable. El chico, amodorrado aún, me preguntó qué hora era, y yo no quise decírselo, porque debía de ser la una o las dos de la madrugada y me encendía de vergüenza que él se diera cuenta de las andanzas sospechosas de su amo.

¿Qué hora era?, la de la retirada definitiva, de la reclusión voluntaria y absoluta, de la abdicación

completa de todo sueño, del apartamiento de todo roce mundano. Como a los locos por locos se les encierra, don Perfecto por bueno debía también ser encerrado. Para que no le engañaran y burlaran, para que no sirviera a los otros, cuando no de provecho, de risa. Bien arrinconadito, sin que le diese el aire ni el polvo, no correría ya peligro alguno.

El caballo trotaba, dormía el muchacho de nuevo, y este fue el momento en que me vino a la memoria y a los labios aquella amarga oración de mi infancia, que parecerá acaso una blasfemia, y sealo o no lo sea, como queja nada más la soltaba:

— ¡Oh Satanás!, ¿por qué no me escuchaste y me hiciste malo, o por lo menos me concediste una partícula siquiera de la maldad necesaria para caminar en el mundo? ¿Ves cómo me tratan? ¿Ves cómo me han puesto?

Aquel cuadro de mi alcoba con el San Miguel a caballo sobre el diablo, se me representaba al revés, con el diablo sobre el arcángel vencido.

Pero me pasó una cosa muy singular. Que a medida que el caballo trotaba y dejando íbamos atrás la ciudad maldita, delante de mí el cielo se aclaraba poco a poco, las estrellas palidecían y el lejano horizonte, que es la imagen del porvenir, resplandecía con cambiantes de nácar; pero lo singular no era esto del amanecer, naturalmente, sino que dentro de mí, a la obscuridad y al dolor, con la luz matinal y la fresca del céfiro y los efluvios de los campos, sucedían también consoladoras claridades de esperanza, y como paloma que alegre

vuela y sin cuidados, el alma inocente de don Perfecto se elevó hasta el Señor. . .

X

Esto ocurrió el 73. De entonces acá no vi a Delfina más que en una ocasión, poco después de inaugurarse el tranvía que liga mi barrio a la ciudad y ha sido nervio de su progreso: estaba la infortunada bastante estropeada ya, cubierta de pintura y con el aire de quien se ha echado la vergüenza a la espalda; se atrevió a sonreírme, mostrándome el ancho portillo de dos dientes que la faltaban. Como el que huye de la peste, me bajé en mitad del camino; y durante largo tiempo tuve pegada a la retina aquella repelente figura de mujer, que fue mi ideal. ¿Murió? Creo que sí, que el vicio vive poco. ¿Y Maltán? Ese debe de vivir aún, porque las raíces de la maldad son tenaces, y cercenadas y todo en cualquier terreno lozanean y perduran.

Yo me había dedicado a la educación del nuevo Arturo y al cuidado de mis intereses, y paulatinamente la paz se asentaba en mi alma. Reducido el mundo para mí a las tapias de mi jardín, me interesaba muy poco lo de fuera. Así la misantropía iba apoderándose de mí y yo entregándome en manos de ella sin batalla.

El niño crecía tan guapamente, lo mismo en estatura que en perversidad. Porque no hago ningún favor a este señor ahijado mío, ni él debe ofenderse de ello, si declaro y afirmo que muchacho más malo no lo ha habido jamás, que mostrara, desde la primera edad, en grado tan eminente, los instintos

de depravación suyos; puede ser que las historias mienten algún otro ejemplar humano de la misma calaña, pero como yo no le he conocido, a mi experiencia me atengo y repito que con el Arturo Ríquez de hoy no es digno de codearse ninguno más perfectamente malo, de corazón y de sangre, como que en su abono se juntaron las debilidades y demencias de su abuela, Laurentina, y las infamias de los Maltanes, sus parientes. Cachorro de tigre le llamaba el espantado *Bullebulle* y tigre era quien mordía a su nodriza, arañaba al que pretendía acariciarle, prefería en sus juegos desplumar vivos a los pájaros y en todo y con todos despuntaba por huraño, ingrato, desagradable y odioso.

Diré en secreto que yo estaba contentísimo de que fuera así y no de modo distinto. Por razones poderosas que me parece han quedado ya expuestas, me sabía bien tener en casa aquel cachorro de tigre, a quien todos respetaban, y no a un pichón de ángel, del que abusaran todos. Bastaba ya de candideces, blanduras y mieles, que de nada sirven en la lucha mundana; el empuje salvaje, la fuerza temeraria, el desbordamiento arrollador de obstáculos son atributos más propios del hombre, y aunque a cada travesura suya, en cumplimiento de mi deber, le regañaba y hasta solía castigarle, en mi interior me admiraba y cedía casi al deseo de alabarle porque era tal y como hubiera yo querido ser. Pero con la edad sus diabluras fueron más graves. Le puse en la escuela y el primer día le partió la cabeza de una pedrada a un compañero, el segundo día le vació un ojo a otro, y así, de

escuela en escuela y de fechoría en fechoría, tuve que guardarle en casa porque en ningún lado le podían sufrir. Lo peor era que en casa difícilmente le sufríamos tampoco: su furor de devastación no respetaba planta, mueble ni títere con cabeza; al profesor de estudios le prendía rabos de papel en la levita, a *Bullebulle* y a los demás criados hacía la mar de picardías y a mí me faltaba de maneras mil.

Cuando cumplió quince años, cogió del cajón de mi despacho cincuenta pesos y escapó. Durante una semana le buscamos desesperados, encontrándole la policía en una taberna, de donde le sacó en un estado tal que no había quien le pusiera encima las manos. A los diez y seis... Y a los diez y siete. . . ¡Vaya!, por vergüenza debo callar y suspender la crónica de sus milagros, aunque éstos sean para el mundo raro compendio y muestra singular de la maldad perfecta a que llegó el conquistador de sus favores. No sea cosa, también que entre de improviso el retratado, mi sobrino, y me sorprenda ennegreciendo su fisonomía precisamente en las páginas que él cree de mi testamento.

Cúmpleme acusarme una vez más, con entera sinceridad, del escondido placer que yo sentía de ver a Arturo tan barrabás y mal inclinado. Porque en esto de los caracteres sucede, a menudo, algo extraño: lo perverso atrae; lo podrido huele bien; lo feo subyuga la vista, y la simpatía es encubridora que todo lo disimula y perdona. Así, de este Arturo que aquí he presentado y del cual parecían las gentes deber huir el contacto, se encariñaban los amigos y se enamoraban las mujeres para humillación y

perpetuo agravio de los don Perfectos de chicha y nabo, que por los senderos de la hombría de bien se empeñan en caminar. Los mismos aporreados, sus compañeros, y la turba femenina de alto y de bajo vuelo, que en la astucia del hombre disculpa la propia liviandad, le buscaban, le mimaban, le seguían y rodeábanle entusiastas. A cada caída suya vergonzosa, más se estrechaban para levantarle y más arriba le ponían en el afecto y en el óptimo concepto que le tenían. Yo comparaba mi huérfana niñez, mi juventud solitaria, oveja sarnosa de la bondad, con la insolente popularidad de este mal engendro y sacaba consecuencias que más vale dejar archivadas en este corazón que todas las manos rechazaron.

Por supuesto, que del desorden de su vida, de sus intemperancias, la víctima era yo. La piedra que había de darle a él en la cabeza, venía de rebote a pegarme en el pecho, y sus enfermedades, sus caprichos, sus locuras las pagaba yo al contado y como si fueran cuentas mías. ¡Ay! Digo cuentas y los bolsillos se me estremecen.

Tenía ya veintidós años y era abogado platónico, como muchos otros; dueño de lo suyo, lo derrochaba en francachelas, como el más desenfrenado manirroto que haya existido, tiraba lo suyo y lo ajeno, y más que tuviera y más de que alcanzara a apoderarse, por buenas o malas artes, lo despilfarrara alegremente, poseído del delirio de la prodigalidad, vesania que es la antítesis de la avaricia y más terrible y perjudicial en sus efectos, porque no es sólo el enfermo el que sufre de

ellos, sino también los allegados y cuantos blandos de entrañas se ponen a tiro de su amistad. Para este Arturo el dinero no tiene precio, no es el esclavo de la necesidad, sino del capricho, y el darle rápida circulación el placer más grande que puede experimentar; como los alquimistas, persigue de continuo el ideal de fabricar el oro, aunque para conseguirlo no acuda a la receta de enterrar hebras de sol o combinar tales y cuales metales: vende cuanto encuentra, empeña cuanto tiene, pide cuando no tiene ni encuentra, y todo, lo útil, lo rico y lo deleznable, lo convierte en pesos roñosos menos pronto que en gastarlo, de manera que si nada posee, no le falta jamás el unto que necesita su mano dadivosa, el entretenimiento de su pasión desdichada.

Pues bien: había llegado, como digo, mi alhaja a la mayor edad sin que mis esfuerzos por enderezarle dieran resultado, y eso que en ello puse toda mi voluntad y mi conciencia de cristiano, complaciérame o no de sus defectos y procacidades; y una de las tantas veces que nuestro tigre salió a merodear lejos de la jaula belgranense en que yo pretendía aprisionarle con el hilo de plata de la moral, se pasó lo menos quince días sin parecer ni damos la menor noticia de su persona. Yo, a la verdad, no me inquietaba ya gran cosa de sus escapatorias, porque a los tigres no hay quien se atreva, y estos de poblado son más temibles que los de la selva ; cuando le diera la gana de volver, frunciría un poco las cejas, trataría de enronquecer la voz y le echaría una peluca de compromiso, por cumplir y nada más.

Al cabo de los quince días, una noche, a poco de acabar de comer, *Bullebulle* me anunció la vuelta del pródigo, a quien introdujo en mi presencia inmediatamente. Fruncí las cejas, enronquecí la voz y pronuncié la primera palabra de la filípica, el «Arturo, ¿qué es esto...?» de las ocasiones solemnes.

Ordinariamente el efecto era contraproducente, porque conocía bien el muchacho la comedia y realmente a mí no me daba el naípe para echármelas de malo y de severo: en suma, que lo hacía detestablemente y todo lo que conseguía era que el culpable se riese de mí; pero aquella noche, con sorpresa grandísima, a mis primeras palabras, que eran las de rúbrica, el tigre, que ya me había parecido bastante maltratado y abatido, se echó a mis pies como cordero que entrega humilde su cuello a la cuchilla, y entre sollozos me dijo:

— Tío Juan de Dios, ¡perdóneme usted!

Y de sopetón me confesó la fechoría de que era culpable, allá te va, sin vergüenza de sí mismo ni misericordia de mí. Le oía y cada vez me entraban deseos mayores de... ¿lo diré?, de felicitarle por la gracia. . . Estaba espantado, pero espantado de admiración, de sincera, de profunda admiración... Se trataba de una tal Ginesa, famosa en las crónicas de la galantería bonaerense y que más tarde había de conducir a la muerte a otro pariente mío, el hermano de Paula Tejera. Pues con esta Ginesa se había enredado mi tigrecito y por ella cometido tantas y tantas locuras, que el relato no acabaría

nunca si aquí tomara el hilo desde el principio, bastando precisar la más gorda, la que a mis plantas le postraba no sé si arrepentido o pesaroso, y era la venta irrisoria de aquel campo del Trigal, único patrimonio suyo, que yo arranqué de manos de Clara a fuerza de fatigas y disgustos y entregué cultivadito a su padre; de aquel campo del Trigal que su padre conservó como un tesoro y en el que su padre y yo nos recreábamos ; de aquel campo del Trigal del que hacía poco habíale hecho entrega, tan hermoso, tan lozano cual si por años y años no hubiera en él germinado el trigo del pan nuestro de cada día. ¡Sí, vendido el campo del Trigal en cuatro reales para comprar muebles, alhajas y trapos a la Ginesa!

Espantado estaba, repito, de admiración. Tanta despreocupación, infamia tanta me causaron asombro. Aquella sí que era hombrada, la que jamás sería yo capaz de cometer, ¿qué digo cometer?, de intentar ni de soñar siquiera. Tomar la propia hacienda, amasada con las lágrimas y el sudor de la familia, y arrojarla alegremente por la ventana, así, en un dos por tres, tan pronto lo hago como lo digo... Capaz de esta hazaña era únicamente un hombre sin corazón, sin seso y sin dignidad, un hombre completo, en fin, como mi Arturo. Abrí los brazos. El imaginó que iba a descargarle el peso todo de mi enojo y retrocedió; pero yo le atraje, le abracé, le besé efusivamente, con lo cual él se asustó más que si le diera de bastonazos, pues no concebía, aun teniéndome por tonto en fuerza de ser bueno, que mi bondad llegara al extremo de castigarle con caricias. Sin duda me juzgó loco o mentecato, mas no porque

él de sorprendido quisiera escapar de mis brazos, yo dejaba de estrecharle, gozoso de conocer la refinada maldad de este tigre de mi familia, cuyos instintos y cuyas uñas eran garantía bastante de que sería respetado y amado en el mundo para el cual había nacido y en el cual había de vivir.

Y abrazándole, como digo, fui empujándole hacia la puerta, y ya en la puerta, le cogí las manos, se las apreté como lo hubiera hecho con las de un hombre honrado, y le despedí diciéndole:

— Arturo, hijo mío, vete y no vuelvas. Tu última acción me ha probado que eres hombre completo y como tal no es éste tu sitio. Tigre te llamé y como tigre te has mostrado, y no es costumbre, ni justo, ni conveniente, que tigres y borregos compartan el mismo redil. ¡En el mundo tienes ancho campo: al mundo, hijo, que el mundo es tuyo!

El se marchó de casa con más prisa y temor más grande que si con agrias palabras y reconvenciones airadas hubiérale despedido, y yo me quedé más triste y solo que antes. Pasé la noche sin conciliar el sueño, llorando la pérdida de aquel campo de mi padre que llegó a tanta prosperidad en mis manos conservadoras y pensando que de igual manera se malbaratarían mis bienes al día siguiente de mi muerte. Formé entonces un plan de defensa contra mi tigrecito, que aun suponiendo que en vida mía no volviera a acercarse a mí, después de enterrado tenía legítimo derecho a escarbar en mis despojos, y este plan, consultado y madurado bien, dio origen al documento que junto con éste encontrará en mi

papelera su garra impaciente y destructora. ¡Ay! ¡Sabe Dios si entonces el tío se le antoja menos perfecto que lo que pregonaba la fama y a la justicia insulta llamándola maldad! ¡Qué gusto! Siquiera una vez, y aunque sea después de muerto y no lo oiga yo, se hará un elogio de mí, se me dirá ¡malol!, lo que no he conseguido que se me diga jamás.

Arturo volvió, ¡no había de volver!, pero no vivió ya bajo mi techo; andaba a salto de mata y yo no le escatimaba mi protección cuando necesitaba de ella. Magnífico e insolente, niño mimado del amor y de la amistad, sólo acude a mí desde entonces en días de penuria, en los cuartos de hora que se nubla su estrella mundana. Y desde entonces mi vida fue más retraída y solitaria, sin que acontecimiento alguno, ni grande ni chico, diera relieve a su monotonía ni sea digno de que aquí se le tome en cuenta. Había llegado a la madurez; perdida toda ilusión, mi hogar se helaba poco a poco, y aquello tan soñado, con tanto ardor deseado y solicitado, un cariño leal, el arrimo de un corazón, echábalos de menos en las puertas ya de la vejez irremediable. He dicho que nunca tuve amigos, ni aun de joven: el porqué creo haberlo expuesto o por lo menos dejado que cada cual lo traduzca en su lengua: ¿qué había de tenerlos ahora, ni de dónde sacarlos? *Bullebulle* ha sido el único, y no me rebajo ni le exalto al llamarle amigo. No sé quién buscaba con su linterna un hombre y dio con un esclavo; yo he buscado un amigo y éste es mi criado. La moraleja es la misma.

Mientras me ayudó la salud, esta época de mi vida no fue la peor de que haga memoria: muy de

mañana me recreaba en mi jardín, marchaba algunas veces a la ciudad por mis asuntos y de noche mi buen mulato me hacía tertulia, programa ni variado ni divertido, pero excelente para persona tan metódica y de gustos tranquilos y modestos como yo.

Pronto empezó a desmejorarse mi salud, y cada año que me caía encima fue pesándome más, agobiándome y envejeciéndome, lo que no ha de tomarse a perogrullada, pues con sólo citar al viejo vicioso de mi tío Tejera, más duro y verde el condenado que apenas le rozaban los años, demostraré con ejemplo patente que no está el toque en no ser viejo, sino en no parecerlo. También, a mi entender, la rápida decadencia física debíase a la soledad en que mi alma gemía, a aquella falta absoluta de calor espiritual, de cariños y de afectos; hubieranme agasajado manos blancas, hubiera visto en mi redor gracioso revoloteo de faldas, hubiera escuchado gorjeos femeninos, y habría reverdecido milagrosamente. Pero sólo la jeta de *Bullebulle* me sonreía, sólo sus manazas torpes me cuidaban y su atropellada actividad.

Hacia el ochenta y tantos padecí unas tifoideas que me pusieron tan cerca de la muerte, que me sacramentaron y todo. Tan cerca, tan cerca, que la conocí de vista a esta amorosa amiga nuestra, constante, eterna veladora de nuestro sueño, compañera de nuestra soledad, y no me pareció horrible como la pintan los alegres y los cobardes; me pareció buena persona y servicial, que se presta a recoger lo que desecha la vida y da alivio y descanso al pobrecito cuerpo. Desde entonces la

tengo presente y es la que me acompaña siempre; ella es mi novia, ella será mi deseada esposa, y el día que Dios señale me acompañará a la tumba, vestida toda de blanco.

¡Ay! ¡Cómo me dejaron las pícaras tifoideas y cuan para poco estuve ya! Se me puso la barba gris, me quedé casi pelón y forzado a andar con tres patas, vale decir, con bastón. Y ya, perdido el equilibrio, rodé la cuesta abajo, vergonzosamente.

Siempre fui yo muy pulcro y acicalado; me gustó vestir bien, cepillarme, porque la limpieza y el buen ver no los considero pecados de vanidad: pues con los achaques, los desengaños y las enfermedades me abandoné de modo que ya no era el mismo, aunque fueran los mismos mi ropa y mi sombrero, que me cuidaba poco de cambiar. Más de una vez, *Bullebulle* ha corrido detrás de mí persiguiéndome: «Niño Juanito de Dios, una hilacha... Un lamparón, niño Juanito...» Bueno. ¿Qué le importan al mundo las motas y los lamparones de la ropa de Juan de Dios Ríquez, si no ha hecho caso de la limpieza de su alma?

Con todo esto, y como si fuera poco, me prendió el reumatismo las piernas; apenas podía salir de mi alcoba, y días y días, horriblemente tristes, pasaba en la soledad; ni el destierro de un lazarino, rechazado con asco de todas partes, puede compararse a la situación de don Perfecto, huérfano de todo trato, recluido en su rincón. Los días y las noches eran para mí iguales... Como ni la baraja ni el tabaco eran distracciones que me permitían mis

buenas costumbres, el médico se reía y me miraba con lástima, como Salustiano en la tienda de don Aquiles.

¡Pobre de mí, que había de ser siempre el hazmerreír de los demás! Y me decía que lo que a mí me mataba era la exageración de las buenas cualidades, no sé si por burlarse o sinceramente.

Menudearon los ataques de gota, y persuadido que no levantaría más cabeza, tuve una excelente inspiración y en un respiro que me concedió la enfermedad, de bastoncito y arrastrando las piernas, me fui a ver a mi prima Paula al torno de las Catalinas, sor María del Carmen de la Transfiguración, que tal era su nombre de claustro.

Por cierto que no era ésta la primera visita que la hacía. En el transcurso de tiempo que fugazmente voy recordando, había muerto el tío Tejera y ocurrido los tristes sucesos que todo el mudo conoce y encerraron en el convento a esta santa mujer, de teresiana sapiencia, de virtud admirable, honra de mi familia. Muerto el tío Tejera, reanudé yo mi buena amistad con Paulita, y en el caserón de la calle de San Martín, del que no quedan ya ni las señales, solíamos tomar mate juntos y discurrir, ella desde las nubes y yo pegadito a la tierra, acerca de las causas de nuestra desventura, y como médico especialista que con un remedio solo pretende curar todas las enfermedades, Paula insistía que todos debiéramos hacernos frailes y las mujeres monjas, y convertido así el mundo en un convento inmenso, lugar sagrado de expiación, se extinguiría la humanidad poco

a poco, abrazada a la cruz y balbuceando una oración...

No era yo tan radical; pero, inclinado al pesimismo, no la llevaba la contraria en absoluto, y puedo asegurar que mi visita era de las más gratas que recibir pudiera Paula, confesando, por mi parte, que muchos de los pretextos que invocaba para ir a la ciudad eran mentidos y todo por el mate y la conversación de quien ni era joven ni bonita, pero poseía un alma tan atractiva y adorable. Viéndola, pues, con tanta frecuencia, fui testigo forzado de los dichos sucesos, y una de mis mayores penas ha sido ver desaparecer bajo las sombras del velo monjil aquella cara de mujer en la que se reflejaban las claridades de su espíritu superior. Es cierto que ahora también la escucho, como antes, y a veces sus manos transparentes me sirven el mate exquisito; pero no la veo el rostro, donde yo deletreaba lo que la discreción quitaba a sus palabras, y me figuro que estoy ante una sombra y que su voz es de ultratumba.

A pesar de esto, no dejaba de ir al tomo de las Catalinas el malaventurado y reumático Juan de Dios para recibir de la hermana María del Carmen de la Transfiguración el coscorrónico cariñoso de costumbre:

— Si te hubieras hecho cura, otro gallo te cantara. No eras para el mundo y te empeñaste en vivir en él... Resígnate, hijo.

La entrevista de la vez a que me refiero fue muy larga y casi, casi acalorada. En el oscuro locutorio permanecí, creo, una hora por convencer

a la hermana Carmen que en la situación a que yo había llegado necesitaba, como el pan de la boca y el aire de los pulmones, de una mujer que me atendiera, no una ama de llaves mercenaria y bastota, sino educada y finita que en el helamiento de mi hogar pusiera la nota de juventud, de gracia y de armonía que echaba de menos. No la convencí. Sin duda, poco edificada con el recuerdo de su padre, y a pesar de mi buena fama, fiándose escasamente de los hombres, aunque anden en tres patas, me opuso su consejo negativo, «porque no era yo tan viejo, ni estaba tan enfermo, y el escándalo del qué dirán es peor que muchas faltas». En vano la enseñé mis piernas inválidas y gráficamente el páramo de mi casa, donde el alma parecía triste golondrina sepultada entre la nieve, y se mantuvo en sus trece, prometiéndome ocuparse, como yo la pedía, en buscarme compañera de ocasión «cuando estuviera en las últimas y ya a punto de ser amortajado».

Bueno. Ni madre, ni hermanos, ni esposa, ni ama de llaves siquiera. No quería yo desagradar a Paula, ni dar escándalo en mis últimos años, ¡Dios me librara!, y como mi carácter se ha plegado siempre al capricho ajeno, por blandura y timidez inveteradas me sometí al sacrificio; pensando que era triste cosa que lo que en otros parecía natural y pasaba inadvertido, fuese en don Perfecto espantoso crimen y motivo de infernal destierro. Ya oigo las carcajadas de los libre-costumbristas, burlándose de mis aprensiones y remilgos y hablándome por la boca perversa de mi sobrino, que no para de ofrecerme sus consejos desvergonzados:

— Mire usted que si estuviera yo en su pellejo. . .
Ande y no sea usted tonto. . .

Callen aquéllos y calle el tarambana y pillastrón de siete suelas, que la malicia es compañera del pecado y yo no voy por esos caminos, pues me parezco en esto a los borricos, que no hay palo que los mueva a entrar por senda que no gustan.

Bien comprenden los limpios de corazón lo que yo deseaba y fui a solicitar de la influencia de sor María del Carmen de la Transfiguración. Pero ésta, en su grande sabiduría, lo juzgó mal y no insistí, ni insistiera aunque tuviera la mortaja a punto.

Había llegado a la época de mi vida que mis previsiones de solterón me pintaban como un campo yermo y desolado, sin una mata ni un pájaro, sumido en mortal silencio bajo un cielo de ceniza. Y tal era como lo preveía, que tiritando me acurruqué en la alcoba a esperar que la muerte, hembra compasiva, viniera por mí cuando Dios fuese servido.

No volví a salir, no he vuelto a salir. Comenzó el paulatino desgaste de mis fuerzas, y toda la fábrica de mi cuerpo, como edificio que va a derrumbarse, poco a poco dio en mostrar las grietas, y hoy la vista, mañana el pulso, el corazón, el estómago y todo en flojear y deteriorarse, más y más, apuntala por aquí, cruje por allá, sin que el alma, testigo de la dolorosa catástrofe, recibiera el consuelo de aquella vanamente buscada en su peregrinación mundana, ni de ninguna otra conquistada en el ejercicio de sus buenas acciones. Me moría de tristeza más que de enfermedad, y en torno mío *Bullebulle* tan sólo

acompañándome, porque el médico, que no hacía migas conmigo, venía, recetaba y se marchaba, y Arturo, aburrido de mi sociedad, llegaba una vez por semana a calentarme un minuto con los rayos de su perversa juventud, que el venir a diario es táctica de última hora, sin duda porque ya huelo a difunto.

Así pasé, me parece, un par de años. La asquerosa vejez devorando iba mis tesoros vitales y preparando el terreno para que la muerte, su parienta, no tuviese mayor trabajo en llevarse su presa que la trapera en recoger de un rincón un saco de desperdicios. Me moría lentamente... Y un día, no sé cuándo, abrí los ojos y vi encima de mi cabeza unas grandes alas blancas, que me parecieron las del ángel que bajaba a buscarme.

— No se mueva usted, señor don Juan de Dios
— me dijo con dulce voz el ángel de blancas alas,
— soy la enfermera que ha recomendado a usted la madre María del Carmen de la Transfiguración...

Cualquiera imaginará que la presencia en mi casa de la recomendada de Paulita indicaba a las claras que estaba yo en las últimas. Debí de estarlo; mas todo fue penetrar este sol de caridad en mi lóbrego retiro y alegrarlo y darme nueva vida, que no parecía sino que mi Isaura inolvidable había vuelto a la tierra. ¡Qué transformación en la casa, y dentro de mí! Ella me cuidó, me alentó, me fortaleció en la resignación y puso la pluma en mis manos, ya que de otro pasatiempo no era capaz. Todo cuanto va escrito se ha compuesto bajo su patrocinio y su consejo, si bien no está ella conforme, ni puede estarlo, con muchas

de las cosas apuntadas, ni con mis reflexiones e impaciencias, dejándome, sin embargo, la libertad necesaria, porque pluma a la que se ponen trabas es como caballo con manea.

Ya sé yo que ella me tiene prevenido para el primer aviso al santo varón que recibe las espirituales confidencias de sor María del Carmen de la Transfiguración, y en verdad que la visita ha de complacerme y se me figura que ya tarda. Cuando esto ocurra, ya veremos, ya veremos (suponiendo que fuerzas no me falten) cómo se las compone la teología para destruir (por destruido lo doy desde luego) esto que sor Angélica llama las imperfecciones de don Perfecto.

Entretanto, y aprovechando el que este apéndice no ha de conocerlo sor Angélica hasta después de mi muerte, quiero indicar aquí algunas observaciones que servirán de aclaración a mi testamento, si acaso no estuviere todo lo claro que he creído ponerle.

Repito que mi sobrino Arturo Ríquez y Maltan de Pablos queda excluido de mi herencia en absoluto; mayor de edad, él sabe valerse en el mundo, y aunque valerse no supiera, sería criminal de mi parte, conociéndole, dejar en sus manos pródigas una fortuna que no tardaría veinticuatro horas en dilapidar, es decir, que lo que yo he cuidado y aumentado con tantos años de economía y de orden, se desparramaría como el agua de un cántaro. Esto no puede ser, no quiero que sea. He cumplido a Isaura la palabra, con heroica religiosidad, de amparar, de educar a su hijo y de velar por él; pero

de alimentar sus vicios no tengo yo compromiso; que si él es más feliz vicioso que yo perfecto, para nada bueno necesita el dinero que destino a los que como yo, y por causas y razones ignoradas, fueron desgraciados. Y percátese sor Angélica con tiempo del dulce veneno de sus socaliñas, pues observando vengo que la ronda y la entretiene nada más que para sonsacarle la voluntad, porque él sabe bien cuánta confianza ella me inspira y qué alto puesto ocupa a mi lado; percátese asimismo *Bullebulle* y no caiga en la simpleza de aflojar la mosca que yo le dejo por reírle sus travesuras, como antaño, y percátense, en fin, cuantos están obligados a cumplir mi última voluntad.

El derecho que ha estudiado, aun siendo poco y malo, ha de servirle para torcerla o intentar torcerla, valiéndose de las argucias y sofismas que esta ciencia de embudo presta generosamente a los de ancha manga y lengua suelta. Percátense, digo, todos, porque él muy diestramente barajará los conceptos, destripará los párrafos, pintará de blanco lo negro y hará un lío mayor que el nudo ese que hubo que desatar con una espada. La espada de la ley, por desgracia, no le alcanzará a él, pues sabrá esquivarla y alzarse con lo que pesque, para eterno agravio mío.

Hecha esta recomendación, paso a la segunda no menos importante, y que se refiere al *Asilo de Ancianos* que en esta quinta de Belgrano, donde se han deslizado mis últimos años y gusté de relativa felicidad en compañía del primer Arturo e Isaura su mujer, mando fundar y sostener a perpetuidad con la renta de mi casa de la calle de Balcarce, la que bajo

ningún concepto será vendida jamás, como no sea por fuerza de ley, y el depósito en metálico, títulos y cédulas del Banco detalladamente expuestos en el legajo correspondiente. Lo repito: será condición indispensable, primordial, para acogerse en mi Asilo el estado de celibato; únicamente los solterones de más de sesenta años, pobres y enfermos o afligidos sólo de pobreza, los desheredados del hogar, los huérfanos de amorosa coyunda, los que no han saboreado el dulce fruto matrimonial y andan desperdigados como bola sin manija, faltos de arrimo compasivo, tendrán derecho a ingresar, previa la certificación de nacionalidad y demás requisitos que la Junta nombrada habrá de cumplir y yo indico por menudo también en el dicho legajo.

Aquí encontrarán mis colegas desgraciados lo que en vano buscaron, el calor que la vejez necesita, distribuido por mano de las santas mujeres hermanas en religión de sor Angélica, a las que hago entrega de toda mi fortuna para el uso piadoso mencionado. Ellas solas, con exclusión de toda otra congregación, podrán regentar mi Asilo, que aunque seguro estoy que de ellas no es privilegio el celo cristiano y la misericordia, sor Angélica, espejo y antorcha de la comunidad, es para mí garantía especialísima, porque ella amó también y amó en vano.

Queda entendido que *Bullebulle* será el mayordomo mayor vitalicio o sea el jefe de la servidumbre, con doble salario del que ahora gana. Hágasela un uniforme apropiado, semejante al de los negros de los Ministerios, para que dé tono al establecimiento; que no es ridícula faramalla, antes

indicio de que a la higiene se la trata dignamente, el mostrar buen exterior. Item más: que no se le permita tocar vasos, ni copas, ni platos, ni objeto alguno de cristal o porcelana, nada, en suma, que quebradizo sea, porque hará más tiestos que un cacharrero y las rentas del Asilo no bastarán para pagar los vidrios rotos.

Adelante. Que no se realicen en este edificio más obras que las necesarias, echar abajo tal cual tabique, estucarlo por dentro y blanquearlo por fuera. La capilla ha de ser en este salón, bien apañadito para tan sagrado objeto, con altar de talla muy dorado... Dejo a sor Angélica la elección de patrono, que en efigie de mármol, sin trapos ni cintajos, ocupará el sitio principal; pero me permitiré indicar un deseo: el de que la imagen de San Vicente de Paúl figure de algún modo, ya en cuadro o estatua, porque tengo para este santo predilección particular; excuso las razones.

Quiero también que el San Miguel de mi alcoba de niño ocupe lugar preferente. Excuso asimismo las razones.

Y ahora venga acá sor Angélica y entérese bien de éstas que voy a darle y que rezan con mi entierro. Prohibo terminantemente que mi cuerpo sea vestido y calzado como si fuera de paseo o de visitas; tengo esta costumbre por ridícula e irreverente, y así mando a todos y ruego a sor Angélica que se me envuelva en una sencilla sábana, el clásico sudario, y se me guarde en caja de pino, no de caoba u otra madera rica que denote presunción y

afán de diferenciarse de los demás muertos, como si todos no olieran lo mismo y fueran iguales en la huesa. No han de ponérseme flores, que éstas deben ser destinadas para el adorno del altar y ofrecidas únicamente a la Divinidad, ni se me acompañará al cementerio con largo cortejo de desocupados, comprometidos y distraídos. Como el mundo nunca hizo caso de mí, no me engaña la ilusión de que tomara nota de mi muerte si no mediara la fundación instituida en mi testamento; pero, conocido éste en el punto y hora de mi postrer suspiro, probablemente se me querrá pagar con lo que menos cueste, un paseo en el coche de San Francisco, en celebración de mis virtudes, y yo desde luego les absuelvo de la deuda y les invito a celebrar a otro, que no hay muerto malo. Si alguien quiere acompañarme, que éste sea *Bullebulle* por especial favor honrosamente ganado, y que me acompañe también mi sobrino, si es que le resta voluntad después de conocer la mía.

Sigo. No quiero funeral pomposo ni mediano, ni de clase alguna: primero, porque la ostentación me ha desagradado siempre, y segundo, porque esos cantos litúrgicos a tanto la nota me parece que no llegan a oídos de Dios; y más que estas voces de alquiler, la oración sincera de sor Angélica, de sor María del Carmen de la Transfiguración, de mis asilados y de las buenas almas me será de provecho y consuelo. Una misita rezada y basta, y una misita análoga en cada uno de mis aniversarios.

Quiero que mi cuerpo repose al pie del altar de mi Asilo, como el del héroe de la Reconquista, egregio antepasado de los Tejera, en las Catalinas. Y no por

vanidad, ni prurito de emulación, que sería ridícula, sino porque así estaré presente entre los que mi corazón ha escogido.

¿Me ha entendido bien, sor Angélica? ¿Me prometa cumplir cuanto aquí pido? No es mucho, me parece, y todo ello es bien fácil. Creo que nada se me queda por recordar. Creo que no... Tenga, pues, sor Angélica esta pluma pecadora que, burla burlando, ha recorrido tanto espacio de tiempo, una vida entera, sin tropezar en un remordimiento. Ya es faena la suya, y debe estar más cansadita y mareada que rueda de molino.

Tiritando junto a esta ventana escarchada de frío comenzó su trabajo, y hoy por los mismos cristales veo cabecear los duraznos en flor y engalanarse mi pelado jardín. La primavera ha sucedido al invierno; así espero que después de este largo invierno de mi alma, la primavera de la bienaventuranza florecerá eternamente. Si no, si lo dudara un momento, ¡qué horrible agonía! Y yo no siento más que el deseo de reposo, cuando el sueño dulcemente va cerrando los párpados. Nada me agita; nada temo. Puedo dormir en paz. Antes, que vayan por el santo varón de las Catalinas. Presiento que no despertaré ya de este sueño y no quiero marcharme de este mundo como mi primer Arturo.

El enjambre de recuerdos que he removido, como abejas perseguidas, me zumba todavía... ¡Qué bullicio! ¿No me dejarán dormir?

¿O es, acaso, ese ruido el de la ciudad inmensa, mi soberbia ciudad porteña, que me despide con

su voz de gigante? ¡Ay! Yo que la he conocido tan aldeana, tan encogida, aquella de los tiempos en que mi padre, jinete en su caballo, chapaleaba en sus lodazales y era la pajuela antorcha del progreso: yo que la he conocido así y la he visto reconstruirse piedra por piedra y crecer pulgada por pulgada, ¿no he de admirarla? El que yo no haya hablado más que de mí mismo no importa desdén por ella ni por mi patria, que en el transcurso de tiempo recordado en tantos hechos, gloriosos unos, tristes otros, dignos todos de meditación, ha sido parte principal. Un pueblo no es un individuo. Y lo que de mí sé contar, me considero incapaz de contarlo calzando los puntos de historiador. A tanto no me comprometí, y a mi primera declaración me atengo de no referir sino aquellos sucesos en que estuve mezclado.

Tenga, repito, esta pluma pecadora sor Angélica... Mas déjeme estampar este último pensamiento: que a pesar de cuanto he dicho y he sufrido, huélgome de ser don Perfecto, y si volviera a nacer, quisiera ser don Perfecto otra vez, víctima de todos, engañado y desdeñado por todos, porque es mucha cosa llegar al límite de la vida y reclinar la cabeza tranquilamente sobre el regazo de la madre común, viendo sonreír a la primavera en el jardín y en la conciencia las flores de la bienaventuranza...

FIN